

LAWRENCE DE ARABIA

LA CORONA DE ARENA

de

José María Álvarez

Índice

7	A bordo del "Rajputana"
18	Bombay, 9 de Enero de 1929
27	10 de Enero
37	11 de Enero
52	En el mar de Arabia, 12 de Enero
63	14 de Enero mar Arábigo
77	15 de Enero en el mar de Arabia
83	18 de Enero Golfo de Aldeá
92	En el mar Rojo, frente a Wejh, 19 de Enero
94	Nota final de los editores
97	Apéndice
102	Bibliografía

En recuerdo de mi madre, María del Carmen Alonso-Hinojal, que una tarde de 1954 me regaló REBELIÓN EN EL DESIERTO, y para María Luisa y Emilio García Gómez, por tantos años de amistad y por su luminosa memoria de Arabia y Siria y los testimonios que me proporcionaron del rey Abdullah y del exquisito Nayi al Asul que, secretario del Jerife Hussein durante la Rebelión y embajador después, ciertas historias “secretas” conocía, muchas de las cuales aún no deben ser publicadas.

Las memorias de Thomas Edward Lawrence –más conocido por Lawrence de Arabia- que aquí se publican fueron escritas en Enero de 1929, durante su traslado vigilado en el Rajputana, donde hizo la travesía Bombay-Peymouth. Por las fechas del manuscrito se redactó durante los días en que el Rajputana permaneció fondeado en el primero de dichos puertos, en navegación por el mar Árabe y por el Mar Rojo, a la altura de Wejh: son tres libretas del destacamento de la RAF de Miranshah, un cuaderno de cuentas de cocina del Rajputana y algunas hojas sueltas. El manuscrito fue regalado por T.E. Lawrence al famoso cronista militar Liddell Hart, quien a su vez lo donó al Museo Británico.

Reflejan acontecimientos ya conocidos por la Historia, pero añaden aspectos insuficientemente explicados de la vida íntima de Lawrence, alguno de ellos voluntariamente silenciado tanto por él en LAS SIETE COLUMNAS DE LA SABIDURIA, REBELIÓN EN EL DESIERTO y EL TROQUEL, como por la documentación de la época. Ratifican (y nada lleva a pensar que hay falsedad en ello) su no intervención en la crisis política que condicionó su expulsión de la India –días en que escribe este libro- y también instruye sobre aspectos “oscuros” de la rebelión árabe y las consecuencias del Tratado Sykes-Picot. Algunos aspectos contradictorios de la narración de Lawrence con respecto a informes de los archivos nacionales de Gran Bretaña y el secreto Arab Bulletin, así como otros advertidos en su propia correspondencia o sobre testimonios de personas relacionadas con momentos importantes de su vida, aparecen recogidos en el Apéndice.

En cuanto a su valoración de la Rebelión es, natural que Lawrence –entre otras razones, porque ésa es la parte de la guerra que nos cuenta y en la que desempeñó papel fundamental- exagere la importancia de la aportación árabe en la victoria final contra los turcos. En realidad el peso decisivo de la campaña corresponde a las tropas británicas, angloindias y australianas y a la extraordinaria capacidad militar del general Allenby¹. Aunque, sin duda alguna, esa victoria no hubiera alcanzado las mismas dimensiones ni en el plazo en que se obtuvo sin ese “ala derecha” de que habla el relato, y que con cuanto pueda adjudicarse al Jerife Hussein y al Emir Feysal, es en gran medida obra de Lawrence y del misterioso poder que llegó a ejercer sobre las tribus del desierto.

¹ Y hasta como epopeya: ¿quién olvidará la carga de la Infantería Montada australiana en Beersheva el 21 de octubre de 1917?

O THOU, ARABIAN BIRD!

-WILLIAN SHAKESPEARE-

Esos cortos instantes de voluntad única y acción plena, esos momentos en que el destino parece rasgarse súbitamente y ofrecer un flanco desnudo a la ávida y tensa voluntad, ese relámpago de posibilidad para la acción que se persigue, sólo se pone al alcance de los espíritus más altos en ingenio y talento, aquellos tocados vertiginosamente por la luz del Creador, que enceguece la Historia con el paso de héroes semejantes.

EDUARDO CHAMORRO

Parecía lo que era: uno de los grandes príncipes de la Naturaleza.

WISTON CHURCHILL

Una espada que guerreó en el desierto

JORGE LUIS BORGES

Venturosos quienes hacen cosas dignas de escribirse.

PLINIO



A bordo del Rajputana. Bombay, 8 de Enero de 1929

He besado al destino en la boca. He hecho gritar de placer a esa vieja puta, la Vida. He visto cómo poco a poco iba secándose en mi alma la sangre. Y he tocado lo que hay después: la absoluta invulnerabilidad de los que pueden hablar de tú a tú con la aniquilación.

Podría volarme la cabeza en este instante. Tengo en una mano mi revólver, y en la otra la polla. Puedo hacerme una paja o saltarme los sesos. O matar las pulgas a tiros. Qué más da. El calor es insoportable. El camarote apesta. Es el maldito olor del desinfectante y el maldito olor que espesa el aire, la peste de la India. Las gotas de sudor resbalan por mi rostro, me ciegan, las noto cuello abajo, por el pecho, por el vientre. La vida es una broma estúpida, pero la muerte también. No soy hijo de ningún Dios, y ya soy sólo desesperación. Bombay es repugnante. He pasado estos últimos días traduciendo a Homero. He dejado que me posea ese vértigo luminoso de hierros sangrientos, de polvo y sol de fuego², que arrasase cada segundo de mis días; suicidarme en esa exaltación vicaria. Pero ya no puedo, estoy demasiado «más allá», palpo el otro lado.

Han dispuesto un piquete al pie de la pasarela para que los periodistas no suban al barco. También hay vigilancia en la puerta del camarote. Qué imbecilidad. Sólo me permiten salir a cubierta un rato por la noche, supongo que para que no me pudra. Pero el puerto huele peor que el camarote. Qué tierra tan disparatada la India. Vine soñando con perderme, que nadie se acordaría de mí, que podría matar mi memoria. Pero es inútil. Me persigue la fama de alguien que ya ha muerto en mí. Sólo una cosa me une al que fui, a los que he sido: todos amamos a Homero.

Si al menos hubiera podido seguir en Miranshah³ El clima del Waziristán era fresco y agradable, nadie me molestaba, y en los atardeceres mi alma se aplacaba contemplando en la lejanía las azuladas montañas de Afganistán. A veces algún viajero de las caravanas de Samarkanda entretenía mis noches con relatos fantásticos. Era un ir desprendiéndome suavemente de todo, desatando nudo tras nudo cuanto me uniera a algo. Las heridas de mi alma aplacaban su escozor. No tenía que hablar con nadie. Por fin fuera del mundo. Y la única dicha en la que ya creo, la lectura, embriagándome con la inteligencia de otros, la morfina de la inteligencia, que me hacía olvidar, aunque fuese por algunas horas, la conversión en mierda de lo que alguna vez fue vida en mí. He releído mucho, todos mis historiadores griegos y romanos, Schopenhauer, Virgilio, Melville, Jane Austen, Gibbon, Proust, las *Memorias* de Saint-Simon, Stendhal, Baudelaire..., ese relato que me hizo llegar su autor, un austríaco, por mediación de nuestra embajada, sobre la «educación sentimental» del cadete Törlees⁴; ah, cómo he disfrutado allí con Kipling, en su salsa. Y qué placer dejar que el tedio fuera destruyéndome, lentamente, como el que saborea un gozo animal. Todos los días, antes de cenar, como un rito, contemplaba el crepúsculo tras las Suleyman, belleza inefable, ajena y sobreviviente a la abyección de mi vida y tan inexplicable como ella, y por la

² Parece aludir más a la ILIADA que a la ODISEA, cuando es esta la que estaba traduciendo.

³ Su último destino, antes del obligado regreso a Inglaterra (durante el que está escrito el presente memorial). Era un puesto destacado de la RAF, en Waziristán, a quince kilómetros de la frontera afgana. Al destacamento inglés, de veintiséis hombres, se añadían setecientos “irregulares” de la India. Lawrence se ocupó allí en la oficina y como pagador. Era un destino de dos meses, pero él había conseguido prolongarlo.

⁴ Las tribulaciones del joven Törlees, de Robert Musil.

noche casi podía tocar las estrellas con la mano en un cielo limpio.

Me han robado hasta ese último paraíso. Debo: volver a Inglaterra. Debo cumplir el papel miserable que este momento de la Historia asigna a los encargados de «entretener» el sueño de las masas. No me va. Si me dejaran ser sereno... Vivir sólo de noche, cuando esas masas duermen. Sí. Sereno de un banco. Podría escribir durante toda la noche, oír música. O emocionarme con mi inquebrantable salud, ese placer, como decía Montaigne, sólido, carnoso, suave. Y leer, leer. Pero no creo que pueda. Debo ser hasta la muerte ese Lawrence de Arabia que tanto les fascina. La fama me seguirá como me ha seguido hasta la India. Ha bastado que el Emir Amanullah sea derrocado por su hermano Inayatullah Khan y éste a su vez por el bandido Bacha-i-Saquaa, para que inmediatamente todo el mundo imagine que yo estaba metido en conspiración y me devuelvan a Inglaterra⁵. Hasta *Amany Afghan*, el periódico oficial de Kabul, ha asegurado tener pruebas de que yo era el «cerebro» de la operación.

Cuánta imbecilidad.

Qué me importa la India, y qué me importa ya nada. El mundo no tiene ninguna solución, y si hay alguna, no solución, sino «remedio», que retrase la hecatombe, es tan brutal que no quiero tomar parte en ello. Todo son presagios de la catástrofe, y lo peor, de una catástrofe barata. La vieja sabiduría que había establecido los pilares del mundo, está siendo arrasada por el poder abestiado de esas masas a las que me niego a servir. Lo que sujetaba las posibilidades de la sociedad, su anhelo de absoluto, las espuelas de la gloria, la autoridad del honor, la desigualdad y el predominio de los mejores... todo aquello sin lo cual no hay vida posible: Arabia, en su estruendosa derrota, en el salvajismo de sus comportamientos, al menos era ese anhelo, esa gloria y esa jerarquía del saber y del coraje. Pero Europa, enferma, inane, rematada, ha perdido el rumbo y los que pretenden devolverle el orden, hijos de esa misma masa, no organizarán sino el poder más pervertido. No deseo vivir en esa sociedad ni darles la ocasión de usar mi nombre. Es doloroso vivir en una soledad tan atroz como la mía. Este profundo rechazo, esta absoluta falta de acuerdo con mi tiempo, que a veces me hace escuchar el eleteo de la locura, me ha producido un estado de total desasimiento. ¿Qué me queda? Ningún lugar es ya el mío ni amo a nadie, y cuanto pienso, en vez de convertirse en claridad de la vida, es una herida en la conciencia. Como hay medicamentos que producen la insensibilidad de la carne, este cortar todos los hilos ha convertido mi mente en un cadáver. Puedo quedarme horas mirando un punto fijo, sin desear nada, yerto, como una piedra.

Por encima de todo lo que me ha importado en mi vida, más que leer, más que correr en motocicleta, más que el relámpago de plenitud de la rebelión árabe -qué era en el fondo todo, sino el caldo de cultivo de un personaje, allí donde pudiera realizar una gesta digna de ser recordada, digna de «contarse»-, estaba escribir. Me habría cortado las piernas por una página inmortal. Lo hubiera dado todo por esa página. Y bien, ayer, mientras desde la barandilla del barco contemplaba Bombay aplastado por la noche, de pronto la vi. Sí, estaba ahí. Era mía. Y me di cuenta de que ya no me importaba, de que podía «no escribirla».

Aquí, desnudo, sudando, envuelto por el aire estancado de este camarote, miro mi cuerpo, y no lo entiendo, como ya no entiendo nada. Sudo. Ésa es la realidad. Ese sabor en los labios y ese escozor en los ojos. Y el hedor de mis sobacos. Hace un rato, dormitaba y una rata trepó hasta la mesa. Debí de parecerle muerto. Se quedó quieta, mirándome. Le recité unos versos del canto V de la *Odisea*: «¡Haber tenido una tumba y renombre en Acaya! »

Ah, sí. Es lo mismo que cantaba mi amado Mutanabbi: Haber perdido mi edad y

⁵ No hay documentación alguna que permita relacionarlo verosímilmente con esas -ni otras- actividades políticas.

mi vida... ¡Ojalá ésta hubiera sucedido en otro pueblo diferente, de los ya extinguidos! En esos pueblos que latían con la juventud del tiempo.

¿Por qué se ha cansado tanto Europa? ¿Por qué está tan vieja? ¿Dónde está el vigor que nos llevó a dominar y civilizar el mundo? La decisión de Cortés, esa espada que si era muerte también era Aristóteles, y la catedral de Chartres, y la Ley. El huracán de Shakespeare, la entereza del sueño de Marco Polo, de Napoleón, de Rembrandt, la imperecedera alegría de Mozart... Todo ha desembocado en una sociedad estrecha, con una sumisión a las reglamentaciones que terminará por asfixiarla, intimidados los mejores y desafortunados los mediocres, seguros no sólo de su victoria sino de que el mundo miserable y rastrero al que tan bien se acomodan, es el único mundo posible.

No. Si vivir es eso, ya no deseo vivir.

«Es difícil reflejarte», me decía Eric Kennington⁶ cuando estaba posando para el busto. No sé ya quién soy, ni para qué he hecho cuanto he hecho.

Qué no daría... No, no daría nada. Iba a decir por sentir, aunque fuera un instante, el latir de la vida como me estremecía en mis años de Oxford, aquella capacidad de emocionarme, de notar mis sentidos tensos como el olfato de un lobo. Creo que sólo he vuelto a gozar esa «libertad inocente» cuando me alisté en la RAF y volé en aquellos Bristol de Cranwell. Sí, los años de mi adolescencia, cuando recorría Francia en bicicleta⁷; el placer de aquellas largas jornadas, el cansancio mismo que era como una comunión de mi carne con los paisajes que iba descubriendo. Eran quemaduras en los ojos: Ruán en la lejanía, el castillo de Gaillard destacándose sobre Les Andelys, las torres orgullosas de la catedral de Beauvois. Mi cuerpo respondía nervudo, elástico, feliz de obedecerme, lleno de energía que crecía con cada esfuerzo. Ah, aquel primer viaje, con mi amigo Beeson, entre Saint-Maló y Fougères, retándonos con las bicicletas, y luego, por la noche, leyendo juntos en voz alta a Ruskin. Soñando con escribir así algún día.

¿Habría sido igual mi vida sin el asombro que despertó en mi imaginación la visión de aquellas fortalezas medievales, el espíritu en carne viva de las Cruzadas? Todos aquellos viajes, también en bicicleta, con mi padre, y alguno en solitario... Gisors y Anjou, la Bretaña hasta el monte Saint-Michel, esa modélica fortaleza de Carcassonne, las esculturas de la catedral de Vézelay; sí, yo toqué esas piedras, allí donde san Bernardo había predicado la Segunda Cruzada. Aquel Verano en Arles, mientras recorro deslumbrado el claustro románico de Saint Trophime. ¡Y aquel momento, en Le Baux, aquella niebla que al disiparse puso ante mis ojos, por primera vez, el Mediterráneo; ese Mediterráneo con el que tanto había soñado en Oxford, esa luz alumbrando las cuevas de la muerte, por donde todo lo que yo amaba había venido! Avancé hacia las aguas y entré en ellas. Fue mi verdadero bautismo. Estaba tocando, hundiendo mi carne en su destino.

(---)

Respiraba libertad. La libertad para mí no es la posibilidad de hacer lo que quiera, ni siquiera las libertades políticas, sino no tener que mostrar otra cosa que mi desprecio por la mediocridad.

Cuando vi la catedral de Chartres sentí una emoción comparable a la que sentí ante el mar. Era la misma fuerza que el mar, pero erigida, decidida por nosotros. Recuerdo que la vi envuelta en lluvia. Había subido la cuesta y de pronto apareció. Esos

⁶ Eric Kennington. Pintor y escultor y hombre muy relacionado con Lawrence durante la segunda mitad de su vida. Se le debe el bronce del Memorial de la catedral de San Pablo dedicado a Lawrence, así como la efigie yacente que hay en la iglesia de San Martín en Wareham, diversos bustos y la medalla memorial que la Sociedad Lawrence de Arabia concede regularmente (la última, en 1987, a Sandy Gall por su labor en Afganistán). Hizo también retratos -óleos, acuarelas y lápiz- de Alí Ibn Hussein, Auda abu Tayi, Ronald Storrs, un miembro de la guardia de «degolladores» de Lawrence, y del propio Lawrence.

⁷ Véase el Apéndice.

enormes pórticos cavernosos sobre los que se alzaba la perfección de una belleza viril, indeclinable. Lloré de alegría. Besé su pórtico. Como había besado en Cluny las ruinas del crucero sur, y la torre de César en Provins. La dimensión de la grandeza del hombre está en los símbolos con que somos capaces de expresar, de representar nuestra adoración del Misterio. Chartres era la cima de esa adoración medieval, esa Edad Media que nunca he podido dejar de venerar.

El placer y la fantasía que fecundaban esos viajes eran como el gozo musculoso de mis lecturas. Nunca he vuelto a leer como entonces. Las palabras no eran sólo el consuelo y la sugestión de hoy, sino trallazos de dicha, fuerza vital, asombro y locura. Tumbado boca abajo en mi cama o bajo un árbol de nuestra casa de Polstead Road, cómo me hechizaban los mundos fabulosos de Verne, de Salgari, de Rider Haggard, *Lord Jim*, Stendhal, la vida de Schlieman -¡ésa era la vida que yo soñaba!-, la *Arabia desierta* de Doughty, Stevenson, Wilde, Shakespeare, y todos aquellos libros sobre las Cruzadas, y los *Comentarios* de César, y Tucídides, y Macaulay, y la obra -esto fue acaso un poco después, del mariscal de Sajonia, Foch, Clausewitz -una sed misteriosa me hacía empaparme de estrategia (aunque acaso sea LA TACTICA DE LA CABALLERÍA EN EL SIGLO XIII de Delpech, lo que más me ha hecho reflexionar)-, Tennyson, Plutarco, ¡ah Plutarco!, el *Heptamerón* de la dulce Margarita de Angulema. Leí dos o tres veces seguidas la traducción que había hecho Budge, del sirio, de la *Historia de Alejandro Magno* del pseudo Calístenes, y las *Historias de los antiguos reyes de Inglaterra* de Geoffrey de Monmouth, la *Vida de Carlomagno* de Eginardo, la *Historia anónima de la Primera Cruzada* de Bernardo de Claraval... Yo era como una esponja hinchándome de anhelos.⁸

Quizá cuando llegue la hora de mi psicostasia y Anubis me conduzca ante Osiris, el apasionamiento de esos años, el fragor en el alma de aquellas lecturas y mi exultación, pesen más que la diosa Maat, y Toth, el Escriba Divino, salvará esa alegría.

¿Pero queda algo en mí de esa alegría? ¿Soy capaz siquiera de reconocerla? Ahora es como si pasara la yema de mi dedo por su cicatriz. Cuando estaba en El Cairo, aunque habían pasado algunos años y muchos acontecimientos, aún podía revivir con facilidad ese temblor de la dicha, aún estaba fresca y era como si quisiera tomarme de nuevo. Ya no. Hace mucho que la alegría no puede vivir en mí. Es como si estuviera anestesiado.

¿Qué me ha convertido en esto? Creo que he estado dotado de una sensibilidad mágica, y que sólo mientras a mi alrededor bullía la lumbre de la vitalidad, el ruido y la furia de la verdad, feroz como un orgasmo, de las conductas recias y limpias, incluso de una violencia que no era sino expresión de la pura energía vital, podía desarrollar mi talento. Quizá por eso me ha resultado siempre tan difícil acomodarme a vivir entre «europeos», porque la sociedad que hemos logrado es excesivamente lisa, codificada, ruin, anodina, fofa, carente de grandes gestos, imposibilitadora de esos grandes gestos. Y a mí, sólo los grandes gestos, sólo las hazañas de los grandes me conmueven.

Porque, de hecho, qué es la Historia sino el movimiento informe y acaso sin un sentido último, de enormes muchedumbres que como las manadas de búfalos que cambian bruscamente la dirección de su espantada, sólo aciertan a tomar rumbos propicios si alguien con el suficiente temple, la necesaria inteligencia y las condiciones apropiadas de conciencia y lucidez, marca los caminos que pueden convertir en memorable lo que de por sí no hubiera sido sino un bestial convivir de horda. Los movimientos históricos son como esos terremotos que modifican salvajemente la estructura de la tierra, y todo lo que podemos hacer es acomodarnos de nuevo a otro

⁸ Véase el Apéndice

paisaje. Pero acomodarnos a nuevas costumbres, a nuevas leyes, como a ropas diferentes, no quiere decir que el que se acomoda no deba establecer la nueva vida desde unos principios de orden, libertad y moral que son los únicos que desde el inicio de los tiempos nos han permitido existir. Y esa dirección jamás puede nacer de la suma informe del parecer de la multitud. Se encarna o no en alguien de cualidades superiores. Desde siempre. Una época y el horizonte de sus sueños están en la cabeza de un hombre. Un hombre al que los demás siguen atrapados por la fuerza de su destino. El mundo es lo que soñaron Alejandro y César, Asoka o Moisés, Napoleón, Carlomagno, Hernán Cortés, Justiniano... El mundo es el sueño de Grecia y de su fecundación del cristianismo. Es lo que soñaron los sabios egipcios, y Aristóteles, y Dante, y Goethe, y Shakespeare, y Rembrandt y Velázquez, Stendhal o Melville. Los que levantaron ciudades, imperios, leyes, arte, mundos. Ellos sí representaban la vitalidad de una sociedad que sólo así era verdaderamente libre -y más de un regicidio lo atestiguan-, soberana y gloriosa, no como es desde que se dejó arrastrar por los indignos espejismos de la representación partidista rindiendo en las manos sucias de los Estados lo que sólo a ella le pertenecía.

Qué inmensa mierda de mundo ha sobrevivido desde que la Revolución francesa consagró el fin de la Libertad y la humillación de toda grandeza ante ese caldo agrio y despreciable de la igualdad democrática. Y nunca en la Historia, disidente alguno ha tenido que pagar precios tan altos de extrañamiento y venganza, como quienes no hemos aceptado los ucases de ese rebaño igualitario.

(---)

Por eso amaba Arabia. No por la fiebre que ha sacudido a veces a alguno de nosotros, la locura del Desierto, la obnubilación por lo exótico. Yo amaba aquella tierra y a sus gentes por lo que tenían de reino no rozado por la mediocridad uniformadora de Occidente. Si había una ley, se respetaba porque se respetaba a quien la dictaba o a quien con ella juzgaba. Si había un jefe, lo era porque su inteligencia y su espada y su honor eran superiores al tuyo, y lo había probado. No había otra escritura que la palabra y se vivía y se moría por cosas que merecen la cabeza de un hombre -los suyos y su pundonor y su libertad-. Yo he visto matar a un hombre por beber, con sed, de un pozo, y al mismo haritz⁹ que lo había matado, tirar después el agua no bebida en la arena del desierto. Porque ese pozo era la garantía de supervivencia de su tribu, y aceptar que alguien pudiera violar la prohibición de su uso por otras tribus habría significado abrir las puertas de un horror mil veces mayor que la muerte de aquel pobre beduino. Como he visto la imperecedera grandeza de Talhal¹⁰ cargando contra la misma muerte, delante de Tafas, para unir su suerte a la de los suyos que habían sido exterminados allí por los turcos. En aquella tierra los hombres podían morir por una camella o por unas monedas de oro, y nunca habrían entendido la idea de morir o matar por palabras, a menos que éstas les hicieran ver un sueño de gloria.

Yo busqué allí mi parte de ese sueño. Y fue como una droga que se fue apoderando, cada vez más, de mi alma. Allí me sentía vivir y sentía orgullo de ser un hombre. Sabía qué era yo.

Pero lo he olvidado.

¿Quién es más yo? ¿El arqueólogo entusiasmado por los restos hititas? ¿El que

⁹ Véase el Apéndice

¹⁰ Talhal fue el protagonista de un gesto de supremo valor, cuya narración detallada se encuentra en la página 152 y siguientes.

miraba extasiado ese rostro, suave como su amistad, de Janet Laurie?¹¹ ¿El que tembló ante la belleza de Dahum?¹² ¿El hombre que soñó que bastaba, aunque fuese imposible, con la pasión arrasada de una Arabia donde los hombres no tenían otro código que el honor y la gloria? ¿El que sintió un misterioso placer al disparar contra un pobre marroquí en una hondonada perdida de Uadi Qitan?¹³ ¿El que entró en Damasco como un rey antiguo? ¿El que en Tafas tocó el fondo del horror?¹⁴ ¿El que hoy se pudre aborreciendo su memoria en un sucio camarote? ¿El niño cuyos ojos se abrasaban ante las hazañas de los cruzados? ¿El hombre que suicidaba sus noches en las páginas de *Las siete columnas de la sabiduría*? ¿El que habría dado toda su vida por haber escrito aunque fuese parte de *Macbeth*? ¿El héroe de opereta de Lowell Thomas?¹⁵ ¿Ese que irradió algo tan fuerte como para que los árabes se unieran y murieran por él? ¿El imbécil que creyendo cumplir su destino lo único que hacía era la cama de la miserable coyunda de Francia e Inglaterra? ¿El que se medía con reyes o el que se ha drogado con la insensibilidad en las más sucias tareas, bajo otro nombre?

Hay uno al que siento cerca: aquel niño que leía boca abajo en su cama las resplandecientes aventuras de Nemo y de Ahab y que hoy, ya por fin un zombi, pero aún con una especie de grieta en el alma abierta a la Poesía, se conmueve con los versos de Homero.

Pero hay otro. Otro por el que siento una vidriosa mixtura de amor y comprensión, y de respeto: este que hoy tiene en una mano su revólver y en la otra este pedazo de carne caliente, y que sabe que da igual volarse la cabeza o apretar ese pedazo de carne con su mano y moverla hasta sentir un latigazo en las tripas de placer y de desesperación.

Quizá sabía ya todo esto aquel día lejano en que sentí que en Arabia, entregando mi suerte a esa tierra salvaje y a la batalla que allí se iba a librar, se hallaba mi destino, la única posibilidad de crear un yo que no sintiera vergüenza de vivir.

Arabia fue eso. Cada cosa en su sitio. Y todas limpias. Vivir, amar y matar por cosas tangibles: la lealtad, el oro, la amistad. El coraje era la medida de los hombres. El orden social era tan exacto como las estrellas en el cielo. Yo llevé a la muerte a muchos hombres porque creían en mí. Les había prometido un sueño. Mejor no haber salido nunca de El Cairo, de aquel despacho lleno de planos. Porque yo fui consciente de la imposibilidad de ese sueño: si al principio aún podía creer que la Rebelión triunfaría, desde luego después de Aqaba ya tuve pruebas de la imposibilidad de ese sueño. Pero llegó a hacerse tan carne mía. Sentía de tal forma que esa guerra era mi única posibilidad de cumplir un gran destino, de revivir una gesta como las que me deslumbraban en los libros. Aunque no tuviera otro final que la derrota. Da igual. Habría pisado las brasas del Infierno. Era el único sitio del mundo donde tenía la posibilidad de medirme con el único oponente digno de lo que pensaba que era yo: lo Desconocido. Lo que habría o no en mí. Latir con la vida.

¿Qué fuerzas habría en mi alma? ¿Qué sentiría en la primera carga sobre el enemigo? ¿Cómo era ese miedo? ¿Y cómo era esa embriaguez de redaños? ¿Cómo era el filo de la violencia? Resbalar por esa hora de furia y sangre. Haberme probado.

¹¹ Janet Laurie. Eran de la misma edad. Se conocieron cuando Lawrence vivía en Langley Lodge -a los seis o siete años- y luego continuaron una muy entrañable relación en Oxford. Era una hermosa joven, de belleza algo ambigua. No cabe duda que Lawrence sintió por ella un sentimiento amoroso. Por confesión de la propia Janet Laurie sabemos que en 1910 Lawrence le pidió que se casara con él. Pero Janet Laurie estaba enamorada del hermano de Lawrence, Will, y por aquel sólo sentía una gran amistad. Muchos años más tarde -como recogen estas páginas-, Lawrence, en una situación económicamente delicada de Janet, le legó casi toda su fortuna.

¹² Dahum; su verdadero nombre era Ahmed. Lawrence lo conoció en Karkemish, como se verá, y mantuvieron una apasionada relación amistosa, y acaso más compleja.

¹³ Terrible experiencia que se relata más adelante.

¹⁴ En la batalla de Tafas, poco antes de la toma de Damasco, Lawrence «se sació de sangre».

¹⁵ Periodista y conferenciante norteamericano responsable en gran medida de la «popularidad» de Lawrence.

¿Cómo me enfrentaría a la muerte, si me tocaba?

Pero también había algo más. Y eso era lo importante. Cómo me comportaría era algo que, hasta cierto punto, podía predecir. Estaba preparado. He pasado mi vida preparando el gesto que debería adoptar ante cada circunstancia. No dejar sino el rostro que quiero, el que he perfilado, el que «debe» quedar. Desde niño me he esforzado en tener el suficiente dominio de mí mismo para que las emociones no perturbasen ese gesto. Si sentía miedo, sabía que lo dominaría. Sabía que yo no fallaría, ni a mi nombre ni al resto de los soldados. ¿Pero cómo sería la sequedad de la boca? ¿La fiebre en la piel? Y sobre todo, ¿qué es lo que *ahí* vería? Porque en el momento en que los hombres se miden con su propio valor, en el relámpago último de la vida o la muerte, en el momento de segar la vida de otro hombre o sufrir la mutilación propia, de adentrarse exaltado en las simas de la violencia más atroz, en carne viva, se toca un punto que linda con la locura, que toca una lava más allá de la razón y hasta del instinto. El reino de fuerzas misteriosas y salvajes, la belleza del salto de un leopardo al atrapar su presa. Eso era lo que yo quería ver: esa Belleza. El regusto de Macbeth, cuando más allá del horror, más allá de su propia destrucción, paladea con placer ese «Me he saciado».

Lo que se ve, lo que sólo puede verse como lo vio Ahab en la cima de su demencia o de su grandeza.

La política me importaba un bledo. En nuestra época sólo es o desperdicio para la gamella social o asesinatos en masa, y siempre mira corta de chamarilero. Yo sabía que ni los árabes tendrían la fuerza y la voluntad de unirse –sólo en algún momento y a la luz del botín o del beneficio de una vindicación concreta-- ni las potencias iban a dejar fuera de su control aquellas extensiones llenas de riqueza y de gran valor estratégico. Vencer a todas esas fuerzas hubiera requerido un milagro. Y hubo algún instante en que la pasión que nos arrastraba me hizo pensar que ese milagro podría producirse. Pero si políticamente no había nada que hacer, sí había mucho, como hombre, que hacer. Sentir el viento de la vida en la cara, luchar junto a guerreros cuya amistad era suficiente para dignificar una existencia, vivir como habían vivido esos grandes que me emocionaban al leer sus hazañas en los libros. El gran filo. La «estrella polar» que dice Shakespeare. Verla.

Hay dos imágenes que siempre me han acompañado. Leí una vez que un viajero fue a visitar una Reserva india de los Estados Unidos. Allí los encargados de la concentración le informaron de las ventajas de la misma: comida segura para los «protegidos», cuidados médicos, etc., frente al azar inhumano de la antigua vida de los indios. El viajero empezó a recorrer la reserva y se encontró con un anciano muy triste, y le preguntó por qué todas aquellas ventajas que acababan de comunicarle no le agradaban. Y el anciano -después le dijeron que era un viejo guerrero- le respondió: «Pero no hay gloria.»

Todo consiste en saber cuánto puede vivir una sociedad sin posibilidades de gloria.

La otra imagen está en una página del inolvidable Stevenson, en *La isla del tesoro*. Cuando el fantástico capitán muere en la posada «Almirant Benwod», Jim Hawkins abre su cofre y de él sale una bocanada de olor a brea, tabaco... y unas caracolas. Esas caracolas habían cruzado todos los mares en aquel cofre y ahora le inoculaban al jovencito Hawkins todo el esplendor del sueño.

La gloria del viejo guerrero indio y el tacto de esas caracolas y el olor del cofre resumen el anhelo de todo hombre libre, de quienes, como decía Montaigne, tienen los ojos más grandes que el vientre y más curiosidad que poder.

Hacía poco que yo había regresado de Kut el Amarna, cuando, en el amanecer aún frío (cuántos de esos amaneceres conocería después) del 5 de Junio de 1916, desde la

tumba de Hanza, en las afueras de Medina, Feysal y Alí, hijos del Jerife de La Meca, Hussein, convocaron a las tribus a rebelión contra los turcos. El siguiente amanecer vería el ataque, descontrolado pero espléndido, a las fortificaciones turcas que defendían la Ciudad Santa. Hussein en persona capitaneó a los suyos en La Meca. Muchos cadáveres cubrirían sus calles. El fuego de la artillería turca arrasó hasta el palacio del Jerife y el paño sagrado que cubre la Kaaba, y tampoco Feysal y Alí tuvieron más éxito en Medina. Pero fue la señal del alzamiento de las tribus. Y tres meses más tarde, Hussein ya era señor de todo el territorio desde Jiddah y Taif hasta Yanbu.

El ansia -como respirar, como el legendario recordar de los placenteros jardines de Córdoba- de los árabes contra la Sublime Puerta, había empezado, lógicamente, en la zona menos beduina, en Siria, a finales de los años veinte, cuando algunos ilustrados educados en Occidente formaron en París el Comité Nacional Árabe. No creo que al principio se plantearan la idea de «una nación», pero sí una unidad de pueblos que dependería de una especie de califato que ellos ubicaban en Damasco. El movimiento había tenido su alma en la publicación en 1905 del manifiesto de Negib Azury, *El despertar de la nación árabe*; rápidamente aquellos ilustrados lo tomaron como bandera y prepararon un programa que hicieron llegar a los gobiernos de Inglaterra y Francia. Desde luego, tanto a Gran Bretaña como a Francia, y sin duda a Rusia, les interesaba esa corriente nacionalista para oponerla a Turquía, liquidar su vasto y resquebrajado imperio y ocupar ellos su lugar; el petróleo de Mossul era un faro que iluminaba a nuestros financieros. La revuelta de 1908 de los «jóvenes turcos» contra Abdul Hamid, intentando modernizar Turquía, aquel Hombre Enfermo de Europa, había representado para todas las naciones sometidas una centralización aún mayor, y resultaron más intransigentes que el sultán para las pretensiones árabes, hasta para las más moderadas. Hubo algunas sublevaciones en Palestina, en Siria y en el Yemen, que pronto fueron abatidas con dureza, y sobre todo a partir de que Turquía entrara en la guerra, la represión de las minorías étnicas fue en aumento; más de dos millones de armenios fueron asesinados, y la misma suerte corrieron kurdos, maronitas y hasta algunos árabes.

Kitchener¹⁶ vio pronto con toda claridad que ese ansia de libertad era una fuerza que se podía usar a favor de Inglaterra, ya que ofrecía la posibilidad de atacar a Alemania por todos los flancos. Kitchener estaba informado sobre Arabia y Mesopotamia y era consciente del inmenso poder y prestigio del Jerife Hussein sobre el atomizado universo de las tribus. Hussein, por su parte, conocía muy bien a los turcos; no en vano había pasado veinte años en Constantinopla sometido al Sultán, y sólo se le había consentido regresar a La Meca cuando en 1911 creyeron que así podía contentarse a los árabes, si bien tuvieron buen cuidado en mantener como rehenes a sus hijos, Feysal, Alí y Abdullah.

Debieron ser años muy amargos para estos príncipes. Alguna vez Feysal me contó cómo durante su estancia en Damasco, adonde lo habían mandado bajo la «tutela» del sanguinario Yemal Bajá éste lo humillaba obligándole a presenciar las ejecuciones de los sirios comprometidos con la ya palpable rebelión. No podían tocarlo, puesto que hasta en la pirámide del poder turco, Feysal era un miembro destacadísimo; pero sí vejado con aquellos sacrificios, pensando que su presencia mermaría la autoridad que pudiera tener entre los insurrectos.

¹⁶ Horacio Herbert Kitchener (1850-1916). Después de una brillante carrera de armas --entre otros empleos, como Gobernador General (*Sirdar*) de Sudán occidental- en 1892 tomó la jefatura del ejército de Egipto. Aplastó la sublevación del Mahdis por lo que se le elevó a barón Kitchener de Kharthum; más tarde participó victoriosamente en la guerra contra los bóers y después fue nombrado Comandante en Jefe de la India. En 1909 fue nombrado Mariscal, Comandante en Jefe y Alto Comisario del Mediterráneo. En 1914 volvió a Inglaterra para ocuparse en tareas de Estado

Cuando Inglaterra consideró la conveniencia de apoyar la rebelión, Kitchener -que sobre algunos puntos consultó a mi departamento, y a mí en concreto- meditó mucho acerca de a quién elegir como cabeza de ese alzamiento. Se consideró el talante de Ibn Seud, Emir del Nedj, pero era un fanático wahabita. Yo sometí a su consideración las ventajas de apostar por Hussein: Gran Jerife de La Meca, descendía del Profeta y además era extraordinariamente astuto. No me cabe duda de que durante algún tiempo Hussein estuvo jugando con dos barajas, ya que los turcos también le presionaban para que entrase en la contienda a su lado. Pero creo que desde el principio vio más ganancia en colaborar con Gran Bretaña, sobre todo después de que su hijo Abdullah, al que había conseguido sacar de Constantinopla, se entrevistase en secreto con Kitchener y con Ronald Storrs¹⁷ en El Cairo y planteara -y entendiese que Gran Bretaña era proclive a sus demandas- las exigencias de Hussein de la jefatura de un Estado árabe que abarcase toda la península, Siria, Palestina y Mesopotamia, y la entrega inmediata de armamento. Aunque jamás me ha engañado la mendacidad del ejercicio de la política ni su inmensa capacidad de traición, creo que en esa ocasión Abdullah imaginó más de lo que verdaderamente se le ofreció; o acaso (Turquía aún no había entrado en la guerra, pero era inminente) Kitchener prometiera lo imposible tratando de no perder la paciente y secreta actividad de Feysal sobre la oficialidad de Mesopotamia, pero no es probable.

Cuando en Abril de 1916 los turcos, inquietos y barruntando la rebelión, decidieron organizar un ejército para someter a los árabes como fuese -tropas a las que se unieron las de Von Stotzingen-, Hussein comprendió que podía perder la mano, y adelantándose a los preparativos, antes de que los turcos fueran demasiado poderosos, se decidió por la guerra. Kitchener apoyó el levantamiento de El Higaz¹⁸ pero advirtió que la intervención -quizá conociese algunos aspectos del Tratado Sykes-Picot¹⁹ que se estaba «cociendo»- fuese controladísima, sin armamento pesado. Churchill también había defendido desde hacía tiempo la idea, y creo que a su defensa de la ayuda militar al levantamiento no era ajeno un memorándum mío sobre las ventajas de cortar en dos el Imperio turco, por Siria, para mermar sus defensas y su acceso a Suez, plan al que añadí la conveniencia de un desembarco en Alejandreta.

Es curioso lo bien que siempre me he entendido con Churchill. Creo que es uno de los hombres más notables que he conocido. Ambicioso y clarividente. Su único punto flaco es no darse cuenta, o no medir las consecuencias, de que con ciertas medidas de combate se pone en peligro la moral de la lucha. Pero es -y cuánto lo fue entonces- enérgico y decidido. Muchas veces hemos discutido sobre la evolución histórica de la guerra. Winston se alarma menos que yo ante órdenes -que van in crescendo- que yo considero perniciosas y que desde luego en lugar de solucionar los conflictos, los agravan y en ocasiones sitúan a los combatientes en posiciones sin salida. En esto es algo en lo que él coincide con la mayoría de los políticos actuales. Es como si no hubiesen meditado sobre *De jure belli ac pacis*, de Grotius, ni tuvieran noticia de Emmerich de Vattel, o de Clausewitz.

-Al enemigo hay que hacerlo papilla. Se trata de vencer -me dijo un día en Oxford-. Y todo vale.

Yo nunca he creído que todo valga. No ya por el horror que se pueda desencadenar en un instante dado, sino por las consecuencias, porque la paz después no se arma con garantías. Nunca he alimentado animadversión por la guerra. Incluso aborrezco a los pacifistas. La guerra ha acompañado al hombre siempre y siempre nos acompañará, y muchas veces causa más beneficios que dolor. Pero se trata de

¹⁷ Sir Ronald Storrs (1881-1955). Fue Secretario para Oriente en El Cairo entre 1909 y 1917. Suya fue la idea de establecer negociaciones secretas con el Jerife Hussein.

¹⁸ Véase el Apéndice.

¹⁹ Véase el Apéndice.

comprender que es un instrumento más de la articulación social. Las formas modernas de luchar, donde cada vez toman mayor fuerza las ideas de guerra sir cuartel, sin orden, sólo destrucción, hacen desaparecer violentamente la sabiduría que con tanto trabajo habíamos edificado y nos devuelve a la horda. No he dudado cuando he tenido que mandar hombres a la muerte, o a matar a otros, o cuando yo mismo he estado en peligro. No he pestañado cuando he volado un tren lleno de civiles, aunque se tratasen de niños y mujeres. Pero eran acciones de guerra. Dudaría mucho sin embargo antes de someter al enemigo a condiciones irracionales. Hay que medir la fuerza y hasta el horror con sumo cuidado, como se mueven las piezas en el ajedrez. El enemigo jamás puede sentirse como el zorro de nuestra caza. La guerra es un instrumento para la paz y, como Clausewitz dice, debe ser «posible».

Pero creo que desgraciadamente el mundo está tomando otros rumbos. La guerra se ha convertido en algo catastrófico desde la Revolución francesa. La decadencia de la aristocracia y la ferocidad ignorante de las masas en ascenso, la democracia y los inventos de la industria, todo coadyuva para que no pase mucho tiempo sin que se hagan realidades mis más negras pesadillas. La guerra contra los bóers dio lugar a decisiones que el gran Condé ni siquiera hubiera podido imaginar. ¿Hay mayor desacierto que exaltar la marcha de Sherman arrasando Georgia, cuando se trata de una bestialidad absoluta, innecesaria, cruel, propia de un temperamento criminal y no de un general capacitado? Ese «vale todo» de Winston, que hiela la sangre, ¿no corrompió junto a la intransigencia de Clemenceau, la peligrosísima estupidez de Wilson, el apoyo de tantos ciegos, la paz y el Tratado de Versalles? ¡Ese artículo 231! Y qué guerra tan atroz en Europa, qué falta de talento militar. Millones de muertos para nada, o, peor, para algo peor que la situación precedente. El Imperio Austrohúngaro era la garantía del equilibrio de todos sus territorios. Ya estamos viendo los primeros desórdenes graves, que dónde terminarán. En Rusia han triunfado los comunistas, y las noticias que llegan dan cuenta de un genocidio que haría santo a Salmanasur III, más hambrunas y epidemias terribles. Y Alemania, cuyas instituciones y cuyo ejército eran avales contra el caos, humillada, vejada más allá de lo soportable, condenada al rencor, ¿de qué será pasto? Charlotte Shaw²⁰ me dijo que la situación está pudriéndose a toda velocidad, y que los ojos del pueblo, desesperado, están empezando a mirar con complacencia -y ansias de desquite- a los nacionalistas de Hugenberg, y Hitler, y basta ver el proceder de su fuerzas de choque para imaginar qué puede suceder.

Pero volviendo a los conflictos en Arabia y Siria: Churchill no podía -Inglaterra no podía- permitir el cierre de los estrechos por parte de Turquía, que nos privaría de la carne y el trigo de Ucrania y a los rusos de recibir pertrechos y municiones; y aún menos tolerar el peligro que amenazaría al canal de Suez, vital para nosotros. Por eso, cuando comprobó que se habían concentrado, al mando de Yemal Bajá, dos cuerpos de ejército en Beersheva, a los que iban a unirse tropas del coronel Krees von Kressentein, y cuando el 3 de Febrero de 1915 Yemal atacó en Ismailía a nuestros soldados hindúes, ya no le cupo duda alguna de que había que hacer todo lo posible por liquidar a Turquía.

¡Dios, qué peste! Y otra vez la maldita rata, que me mira.

Yo quise incorporarme al ejército al estallar la guerra contra Alemania, junto a mis hermanos Frank y Will, pero me rechazaron por mi corta estatura. Hablé con Hogarth²¹ y él consiguió que me aceptaran en el Servicio Geográfico, y muy pronto me

²⁰ Esposa de Bernard Shaw. Durante los últimos años de la vida de Lawrence mantuvo con éste una estrecha relación, con tintes maternos, ayudándole de forma considerable tanto en sus publicaciones como en otros aspectos más íntimos.

²¹ David George Hogarth (1862-1927). Profesor del Magdalen College de Oxford, fue también director del Museo Ashmolean, presidente de la Royal Geographical Society y director del Arab Bureau en El Cairo. Notable arqueólogo -en Chipre, Egipto, Éfeso, Creta y Karkemish-, escritor brillante y hombre de acción, dirigió la vocación de Lawrence hacia la arqueología, primero, y luego

trasladaron a El Cairo, a Inteligencia del Estado Mayor. Aquel trabajo me gustaba y sobre todo me interesaba estar en Egipto. En Oxford había devorado el *Viaje por el Alto y el Bajo Egipto* de Denon, los veinticuatro volúmenes de la *Descripción de Egipto* de François Jomard y los doce lujosísimos tomos de *Monumentos de Egipto y Etiopía* de Lepsius. Era un mundo que me fascinaba desde niño.

Tengo un recuerdo muy agradable del tiempo que pasé allí. Una inmensa ciudad donde el comercio prosperaba y reinaba una alegría callejera generalizada, consecuencia de su recientísima incorporación al Imperio como protectorado. La vida restallaba y te transmitía un latido de pasión. El clima era agradable porque el calor no es húmedo, salvo en Mayo y Junio, cuando soplaba el terrible jamsín del desierto suroccidental, con sus nubes de polvo y arena. Y mi trabajo en el Servicio de Inteligencia me dejaba mucho tiempo libre para visitar la ciudad y leer y hacer escapadas a ciertas excavaciones. Encontré algún conocido de Siria, pero no supieron darme noticias de Dahum²². Paseaba mucho, me mezclaba con la gente, jamás me cansaba de contemplar aquel mundo abigarrado, la luz de sus rostros, respirando el olor a humanidad, estimulante, que emanaba de todos los lugares. Hacía poco que el cauce del Khalig había sido cegado y sobre él se alzaba la nueva shari Port Said; allí exhibían en cientos de tenderetes sus productos gentes que venían cada día de los campos, como los artesanos se concentraban más hacia los alrededores de la Muski. Era feliz perdiéndome por aquellos laberintos y acercándome de vez en cuando a la mezquita de EI-Azhar, fascinante, el Zawiyat-at-Umýan, lleno de ciegos que oraban fanáticos; o recorriendo el barrio copto y la mezquita de Hassan. En fin...

hacia los acontecimientos de Arabia, apoyándole en todo momento lo mismo en sus intereses universitarios, que militares o literarios.

²² Se habían separado después de la expedición al Sinaí que se relata más adelante. Jamás volvió a saber de él.

Bombay 9 de Enero

Bueno sigo con Egipto

Cuando no tenía trabajo, pasaba las tardes así, o leyendo: leí muchísimo; la *Enciclopedia Británica* era como una Biblia para mí, la abría por cualquier página y leía, leía, y todas las obras del capitán Burton, antologías de poesía inglesa, española, alemana, francesa, rusa, textos de arqueología, los historiadores de la *Augusta*, Shakespeare una vez más..Descubrí en una librería unos poemas de un griego que vivía en Alejandría, llamado Kavafis, hombre de vida, decían, obscura, pero sus poemas eran hermosos, de una intensísima lucidez. Quise conocerlo y fui tres o cuatro veces a Alejandría -me gustaba mucho sentarme a meditar a la sombra de los muro: del fuerte de Kait Bey- y lo busqué en un café que según me dijo un librero solía frecuentar y en el Ministerio de Riegos, donde trabajaba, pero no pude dar con él. Aprovechaba los días que estaba libre de servicio para correr en una motocicleta -ah, aquellas carreras entre El Cairo y Bulaq- y por la noche solía quedarme en mi habitación del Shepheard, sentado en la terracita contemplaba el Nilo y el manto de negrura que cubría la ciudad y sus minaretes que parecían de plata a la luz de la Luna.

¿Por qué he amado tanto correr en motocicleta ¿Qué sentía? Era una alegría que no he experimentado con la misma intensidad ni cuando volaba. Creo que era la soledad de la emoción. Algo que hendía la nada y que se acoplaba a mi cuerpo y yo al suyo como un solo ser, un ser orgulloso y radiante que desafiaba a la muerte internándose en un túnel de viento y luz, libre. Resbalando por el flujo de lo absoluto, amando ese paisaje del mundo que desaparecía más rápido que la vista a mis espaldas porque cada segundo podía ser el último de esa perfección. Y sólo un punto en el infinito, el gran ojo de Dios, fijo en mí. La mano que gira apretando el mando de la velocidad, cada vez más rápido, cada vez más, hasta que desaparece todo lo que no sea ese ser mágico que atraviesa el viento, que incluso deja atrás la muerte. Una exaltación de los sentidos como debieron sentir los santos. El éxtasis.

Fui muchas veces hasta las pirámides y la Esfinge. Me quedaba absorto ante ese espectáculo de inteligencia humana. No me asombraba su monumentalidad, sino su sentido. Todo tenía sentido. Lo que en las salas de los museos eran piezas muertas, aquí eran objetos vivos, y verlo me permitía estudiarlos luego en las vitrinas, como las armaduras Cruzadas de mi niñez, como los sellos de Karkemish, sin desprecio. Porque todo había servido para algo, y había servido con dignidad y con grandeza. La figurita de un prendedor para el pecho que decía: «Vive y al que yo mire, reténlo para que me ame», ahí no era el objeto muerto de una vitrina, perdido entre muchos, sino el latido apasionado de un corazón de mujer. Todo vencía a la muerte, que acaso es lo que yo quería con mi propia vida.

Un día se me rompió la motocicleta y tuve que regresar en el destartalado tranvía, el 14, que hacía el trayecto. Apretado entre la muchedumbre sentí como nunca la impenetrabilidad, el «sagrario» de ese mundo. Ya había tenido esa sensación una mañana, en la mezquita de alabastro de Mehemet Alí; una figura envuelta en andrajos extendió hacia mí su mano pidiendo limosna; era una mano destrozada -¿lepra quizá?-. Le di unas monedas, y entonces me miró. En sus ojos había la indiferencia de un Dios o

de un muerto, una mirada «más allá de la aurora y del Gajes»: los ojos de Alejandro.

Yo había leído concienzudamente los cinco espléndidos volúmenes de la *Historia de Egipto* de James Breasted y los estudios de las tumbas de Tebas de la Egypt Exploration Society. Pero un segundo de contemplación de las pirámides, bajo aquel sol de plomo, ayudaba más a entrever qué somos, y qué somos cuando somos grandes, que miles de páginas desde una lejanía que pretende ver eso como pasado. Bastaría sólo con contemplar la Esfinge. Miradla fijamente. Cuántas veces lo hice, tratando de ahondar en el sentido de su gesto. Ahora sé que era una sonrisa indulgente ante mi destino, ante la suerte de todos. Abu-el-Hol la llaman los árabes, «el Padre del Miedo».

Egipto llevaba de la mano a sus hijos a través de ese miedo.

Recuerdo una noche fascinante. Al otro lado del barrio antiguo se extendían bajo la Luna las colinas de Moqattam y la Ciudad de los Muertos. El olor de las flores embalsamaba el aire y a la luz de la Luna resplandecían los flamboyants en flor y las buganvillas. Allí, en la solemnidad de un silencio casi sólido, se extendía la Ciudad de los Muertos. Una con la ciudad de los vivos.

En aquella luz cenital cuajaba el símbolo de la única vida posible, la que se desarrolla desde una tradición, a la que pertenece y a la que modifica no menos que su futuro, y hacia un mañana donde sus gestos tendrán sentido. Sólo podemos no morir en ese hilo conductor, y las sociedades que lo rompen, no sólo tornan en incomprensibles e inútiles sus acciones, sino que anulan todo el pasado. Si alguien mañana no pudiera comprender por qué hago hoy esto o aquello, y no solamente comprenderlo como comprendemos cualquier movimiento de las cosas, sino sentirlo carne suya, estaríamos condenados a la más absoluta e intolerable soledad en el universo. Ese vacío como la locura.

Pero de repente, esa contemplación fue ajena a mí, extraña. Todo eso existía, sí, y sin duda seguía sosteniendo el vivir de muchos. Pero sentí que algo -acaso lo que en mí había de «europeo»- me desvinculaba de ese orden, me «desterraba». Podía escuchar el eco del espíritu que había concebido ese ámbito sagrado, pero como ese sexto sentido que te alerta de los instantes de peligro, algo me avisaba, casi físicamente, de que yo estaba ya apartado de la alianza, de ese río donde no morir. Sentí un vértigo triste.

Mi hermano Frank murió en combate, en Francia, un 9 de Mayo. Y Wille siguió, poco después, achicharrado en su avión. Yo los quería. Pero su muerte no me afectó -aunque fuera mucho el dolor- demasiado. Habían caído con valor en una lucha a la que libremente habían decidido entregarse. Mejor eso que la decrepitud o la enfermedad.

Continué mis trabajos en el Servicio y poco a poco fui integrándome en el pequeño grupo que con Ronald Storrs estaba concentrando la información sobre Arabia. Storrs era secretario del Alto Comisario en Egipto y hombre muy inteligente; él y Clayton²³ fueron los responsables de que el Alto Mando se preocupara por la Rebelión, y a ellos les debo haber participado, y lo que luego fuí, como también alguna escapada de aquel mundo «oficial», cuando me mandaron a Grecia²⁴ -la misión era de cinco o seis días, pero me «permitieron» dos semanas- y al desierto libio, donde los revolucionarios de Senussis y los nómadas, pagados por Alemania, se preparaban para atacarnos por el Oeste.

Ah, Grecia. Fueron días espléndidos que no han perdido en mi memoria ni un ápice de su encanto. Primero es, después de una noche tormentosa en un carguero miserable, el cielo azulísimo, casi negro, de Santorini. Luego, Serifos, recortando la blancura de sus casas sobre un planeta destrozado y volcánico y una mar luminosa,

²³ Gilbert Clayton (1875-1929). Era director del Military Intelligence en El Cairo. Participaría después con Lawrence en el desarrollo de la guerra tanto en Arabia como en Oriente Medio.

²⁴ Algunos biógrafos sitúan este viaje en Diciembre de 1910.

resplandeciente como lomos de sardinas. Atracamos en El Pireo y me instalé en una pensión en la colina del Lycabitos desde donde veía toda la ciudad y sobre ella la Acrópolis y el Partenón.

Siempre había amado Grecia su arte, su «libertad», la sensación de «salud» que irradiaba. Pensé en el arco que iba desde aquellas tobas blanquecinas donde cincelaron sus primeras estatuas al orden radiante que contemplaba allí, esas ruinas orgullosas. La distancia no era tan grande; desde el principio habían fundido el sentido de lo maravilloso con su propia existencia diaria. Creo que los griegos miraban el mundo como nosotros hoy, ante un escenario, *Macbeth*, *Hamlet*, no nos preguntamos si son posibles esas hermanas fatídicas o el fantasma del rey. Ese mármol era carne, lo será para siempre. Ni aquellos para quienes un día ya sea incomprensible se atreverán a olvidarlo.

Una noche, poco después de Aqaba, conversaba con Auda abu Tayi²⁵-habíamos estado escuchando a un recitador de mu'allaqat²⁶ y le dije:

-Es admirable. Palabras que nacieron hace mil cuatrocientos años están frescas como aquel día. Es el privilegio sagrado de la poesía.

-¿Modificarías el amanecer? -me contestó-. Alá lo hizo perfecto. Podemos transformar con cuidado nuestras costumbres, y nuestras ropas y nuestros enemigos, pero eso que has oído está inspirado por Alá y como el fresco de la noche o el agua de los pozos, o lo que sientes gozando de una mujer, si Alá quiere que esté bien contado, se añade al mundo como un oasis, sin edad, sin tiempo, para que todos los hombres lo disfruten, tan perfecto que ninguno sentirá la necesidad de decirlo de otra manera.

Cuando, dos años antes de esa noche, yo contemplaba el Partenón, sentí esa misma sensación. Una vez se añadió al mundo ese equilibrio perfecto, esa plenitud de la alegría, de la inteligencia, del talento artístico, y aun tan destruido por el tiempo y los acontecimientos como yo lo contemplaba, ahí estaba, cimero, dispensando orden y compasión por nuestra suerte. ¿Qué camino habría sido el del Arte en Europa sin esa constante veta grecizante? Sin esa grandeza a la medida del hombre, de lo mejor de los hombres. Esa grandeza me estremeció entonces y aún hoy, cuando ya soy despojos de la muerte, todavía me emociona en su recuerdo. Llevaba razón Auda: el arte conseguido no precisa variaciones. Es eso que sobrevive a su creación, a las significaciones del mundo al que ésta estuvo vinculada. He olvidado páginas de la laboriosidad del bueno de Robinson, pero no el instante en que ve -no ese deslumbramiento- sobre la arena de su playa, aquella huella de un pie.

Las formas de producir la emoción artística cambian según el acontecer de los hombres, su sensibilidad, sus costumbres, las metas de su sociedad. Pero la permanencia de su frescura avivando nuestra emoción se debe siempre a razones que sólo al arte pertenecen. No es que el Arte no tenga que ver con la vida. Es un pedazo de vida, y precisamente por ello tiene todo el derecho a su vida propia como cualquier otro ser bajo el sol o la Luna. Lo que sucede es que el Arte elabora su discurso a partir de un territorio que no es la vida, sino lo que ella es ya en un ámbito donde su memoria está mixturada con una sabiduría, una luz que sólo al Arte corresponde, donde toda referencia está bañada por un encantamiento que no es lo que suele llamarse «la realidad», sino el Arte, que transfigura toda evocación revistiéndola de significaciones estéticas. No es a la vida, sino a ese dominio del Arte al que habían invocado los seres excelentes que habían construido el Partenón. Y a él también me acogía yo en mi contemplación.

²⁵ Jefe hoveitah. Legendario guerrero que tuvo un papel importantísimo tanto en la guerra contra los turcos como en la amistad de Lawrence.

²⁶ Poemas árabes preislámicos

Estuve cuatro días en Atenas y los pasé casi por completo admirando la Acrópolis, contemplando sus piedras sagradas. Por la noche disfrutaba en alguna taberna de esas comidas frugales de los griegos tan mías. Alquilé una motocicleta y fui a Nauplia, que me impresionó con la serenidad intensísima de su paisaje, y después visité Delfos. Delfos «permanecía» sobre el mundo. Sin duda era un lugar sagrado. Mirando una piedra tirada en el camino, se me ocurrió un poema -el único poema que he escrito²⁷, pues empecé otro sobre Feyssal, pero no pude acabarlo-; éste:

*La misma fuerza misteriosa
ha configurado la Historia
que la superficie de esa piedra
está junto a tus pies.
Esta veta son las campañas de Alejandro,
esta tonalidad la belleza del tigre,
esa faja Roma o
Federico el Grande,
contempla los cadáveres del Ganges,
esa es la peste y eso es el desierto.
No fue piedra y no será piedra.
Tómala en tu mano. Quema
de sol. Lisa. Una piedra.
Caída de un templo, o arrancada
por un labriego, un animal, o por la lluvia. Lisa. Gastada. Una
piedra. Ésa. O aquella.
Es diferente. Pudo también ser otra
la Historia.
Sobre tu cabeza el sol de Homero y de Vivaldi;
brilló en Austerlitz y verá un planeta muerto. Tu sombra
va moviéndose en torno
de tu cuerpo, fundiéndose
con raíces, polvo, escarabajos, hormigas.
Por esa sacra vía pasó Apolo coronado.
En esa roca la Sibila pronunciaba
su narración del mundo.
Vendrán los cristianos y olvidarán
esa gloria con su extraña
noción de la otra vida. Pero tú
que miras a la altura de tus ojos
a los Dioses, es aquí donde hallas
tu medida, donde comprendes tus
límites, mas también tu poder, y tu destino, que los dioses
no han de tocar.
Mira el paso del sol sobre los secos campos.
Siente el aire caliente. Mira
los pájaros que a lo lejos cruzan
ante el vértigo de luz de las Fedriadas azules.
El silencio de los barrancos abrasados.*

²⁷ Hay un tercer poema, que no cita acaso por considerado sólo dedicatoria de *Las siete columnas de la sabiduría*. Es el que ofrece al misterioso» A. S., sobre cuya identidad se han escrito muchísimas páginas. Parece que se trata del joven Dahum (su verdadero nombre era Admed).

*Las quebradas de olivares hacia Anfisa.
Las sagradas aguas de Itea. .
Mira.
Ahí se alzó el templo.
Pudo no haberse alzado. Pudo
no existir
Grecia. No es menos extraña
que tú; no más que esa piedra
que toca tu mano.
Pero existió. Y tú ahora. Y tus ojos contemplan
lo que la más alta sabiduría imaginó
para que vivir fuera posible.
Un instante de gloria
en el discurso de la humanidad.
Y como todo hecho grandioso,
como todo gran hombre,
inexplicable, sin que jamás podamos comprender
por qué sucedió ni hacia dónde miraba.*

Regresé a Atenas, y decidí viajar durante la semana larga que me quedaba, hacia el Norte. Pero se presentó la oportunidad de hacer una escapada a Siracusa. Sicilia siempre me había atraído y especialmente esa viejísima ciudad. Me instalé en un hotel que me recomendaron en un bar del puerto, un lugar muy curioso llamado Villa Politi, que desde una pequeña altura dominaba Ortigia y el mar, casi donde se había desarrollado la batalla que costó la vida del gran Lámaco. Lucía un aire muy decadente y, decían, era de una dama nórdica que se había enamorado de un siciliano. Estaba muy cerca del mar y podía bajar a bañarme entre unos farallones. Allí sucedió algo que, y aún así lo siento a veces, no parece sino una alucinación. Pero sucedió.

El segundo día de mi estancia, después de haber dado por la mañana un paseo por la ciudad vieja, las murallas y la fuente de Aretusa, bajé a bañarme. Luego me tumbé un rato al sol. Estaba meditando bajo esa lumbre, cuando de pronto escuché un chapoteo en la orilla. Abrí los ojos, y ante mí, emergiendo de aquellas aguas azulísimas, había una criatura de extraordinaria belleza, desnuda, deslumbrante de sol y mar. Me sonreía. Entre sus labios brillaban diente-cillos. La mirada era honda, animal y al mismo tiempo dulcísima. La contemplé durante largo rato y ella parecía complacerse en esa contemplación. El cielo incandescente la nimbaba de un aura sobrenatural. Después, se lanzó de nuevo al agua, y desapareció nadando.

Al día siguiente, fui a visitar la catedral, que la realidad es, intacto, el templo de Minerva al que se ha sobrepuesto una fachada barroca. Y en cuanto regresé al hotel, volví a la orilla del mar. Y otra vez sucedió el milagro. Me había quedado adormecido, cuando unas risas me avivaron. Abrí los ojos y de nuevo allí estaba aquella fabulosa muchacha. Pero ahora junto a ella había un adolescente bellísimo. Jugaban en el mar como delfines. En un momento, vi cómo se abrazaban y permanecían unidos largo rato, acariciándose con una luminosidad salvaje. Estoy seguro de que estaban jodiendo. Ella me miraba, y lo hacía con ojos exaltados. Vi su boca abrirse en un jadeo fantástico y escuché sus suspiros, de placer. Me di cuenta de que me estaban ofreciendo, como un sacrificio a qué Dios, aquella alegría, aquella plenitud de los sentidos. Quise decirles algo, pero ella hizo un gesto de contención con su mano, como apartándose. Después se alejaron nadando.

Al día siguiente, después de una noche sin dormir, excitado por esa experiencia,

volví a la playa. El sol batía sobre las piedras. El mar era de un azul claro entreverado de cintas verdosas. No quise cerrar los ojos, ni adormecerme. Permanecí vigilante, exaltado, como un poseído. Contemplaba la superficie de las aguas. La esperaba. No la vi venir. De pronto emergió junto a una roca. Bella como ningún otro día. Salió del mar y vino despacio hasta donde yo estaba. Sentí su respiración. Su calor. El agua que chorreaba por su cuerpo hizo un charco a sus pies.

Contemplé su cuerpo. Era un milagro. Sus pechos más de mujer que de los quince años que podía tener aquella criatura, el vello de sus axilas, los muslos robustos entre los que resplandecía su pubis cubierto de pelo abundante y negro y resplandeciente. Sus ojos verdes me abrasaban. Su boca sonreía y una vez más esos dientecillos brillaban al sol. Era una fuerza animal, salvaje, avasalladora y letal.

Iba más allá de la razón. Era algo metafísico, en sí mismo, que se regocijaba en su existencia milagrosa y que ofrecía, que me ofrecía, bajo aquel sol de Dioses, el orgullo de su existencia. Algo más allá del origen y que es el eje del Universo. Sí, algo salvaje anidaba en esa carne. Como si palpitase en la fuerza ciega que hizo el mundo, aquella primera luz hendiendo las tinieblas. Un trallazo de dicha que no venía ni de la imaginación ni de la carne. Yo la miraba como narcotizado. Tendí mis manos hacia ella. Sólo toqué aire encendido.

Pero como si la fuerza de mi gesto hubiera sido una mano que la rozase, sonrió. Se relamió. El cielo parecía incandescente. Y fue como si el aire fuese tela, y en ella su belleza dejara su exudación de oro.

Me di cuenta de que dos lágrimas resbalaban por mis mejillas. Me arrodillé ante ella, hundí mi rostro en su vientre, estreché su cuerpo, y como a un Dios, la adoré. No pronunciamos ni una palabra. Por un instante noté su mano que acariciaba mi cabeza. Luego se apartó y desapareció en las aguas.

Ya no volvió.

El viaje de regreso a El Cairo lo pasé sin salir del camarote, anonadado. En los ratos que podía concentrarme en algo que no fuera el recuerdo de aquella aparición, me sumí en la lectura de un libro que me había regalado Hogarth unos años antes, en Oxford, de Yamamoto Tsunetomo -un libro que he releído muchas veces-: *Hagakure*. Qué mío era ese código del honor samurai. Ahora trato de infundírselo a los piojos.

Mi primera acción importante en la guerra se debió a la derrota del general Townsend. Townsend había batido a los turcos en Kut el Amarna, pero confiado en esa victoria se adentró demasiado, y en Ctesifón fue frenado por tropas de Anatolia y tuvo que retirarse de nuevo a Kut, donde lo sitiaron Kallil Bajá y el viejo mariscal Van der Goltz. Durante todo el Invierno de 1915-1916, diez mil soldados anglo-indios resistieron el sitio, sin que el Cuerpo Expedicionario de Mesopotamia pudiera liberarlos. El Alto Estado Mayor pensó en mí, que conocía muy bien la zona y hablaba la lengua. Me enviaron junto al capitán Hebert para que negociase con los turcos que cercaban Kut. Tuve conversaciones con Kallil, llegué a ofrecerle dos millones de libras, pero sólo aceptó intercambiar nuestros heridos por prisioneros. No logramos nada y el 29 de Abril Townsend tuvo que rendirse. Al regresar a El Cairo presenté un informe a sir Archibald Murray, que acababa de hacerse cargo del mando del Ejército de Egipto; en él critiqué la organización de nuestras tropas y propuse tácticas para luchar en aquella zona y, sobre todo fórmulas que agilizaran el movimiento de nuestros soldados. Había que crear una especie de unidad de combate -y me alegró mucho que Liddel Hart como he comprobado después, hubiese llegado a las mismas conclusiones en *Los diez mandamientos...*- donde a la movilidad de la infantería se uniera todo tipo de armamento posible; me interesaba además una idea que había aprendido del mariscal de Sajania: desgastar, mejor que aniquilar, y otra del gran Alejandro: la batalla de Arbelas,

ese ataque hacia el ala izquierda del inmenso ejército de Daría, y la rapidez del cambio de dirección cuando hubo desconcertado el centro. En Arbelas, Alejandro no contaba con más de siete mil jinetes y cuarenta mil hombres a pie frente a los cerca de setecientos mil de Darío -un millón, si hacemos caso de Arriano- más carros de guerra y elefantes. Pero Alejandro venció por la movilidad de sus tropas.

Supongo que a sir Archibald mis ideas le entraban por un oído y le salían por el otro. Ni él ni mucho menos el jefe de la Plana Mayor, el general Lynden Bell, eran partidarios de innovaciones ni creían en las posibilidades de unas tropas tan irregulares como los árabes. Pero era como si el azar -si existe- fuera procurándome ocasiones de participar, que me acercaban al meollo de la guerra; como si una fuerza misteriosa guiara mis pasos.

Aparte de mis experiencias personales en Siria, yo había leído mucho sobre todos aquellos territorios. Desde los libros del abate Hamilton a Didier, los textos de Werthomanus, viajero italiano de principios del siglo XVI, y a Joseph Pitts, que en 1678 ya estuvo por La Meca, Medina, El Cairo, etc.; lo mismo que el apasionante relato de Alí Bey y el texto salvaje de Giovanni Finati y los *Viajes* de Buckhardt por Arabia. Había realizado operaciones, digamos, de espionaje²⁸, que aunque no constituyeran una preparación notable al menos habían sido una forma de gimnasia profesional. Y Clayton conocía muy bien esas actividades más «de inteligencia», seguramente porque se lo había comunicado el capitán Newcombe, a cuyas órdenes yo había explorado, cuando estaba en Karkemish, el desierto del Sinaí para trazar mapas de sus posibles caminos y reservas de agua. Quizá por eso, Clayton, cuando formó dentro de su servicio el Departamento Especial Árabe, hizo que me destinaran allí, junto a Hogarth. Ésa fue la causa y la palanca de mi salto hacia la Rebelión, una casualidad tejida por un destino «acariciado». El Departamento lo formábamos Ronald Storrs, George Lloyd, el abogado Mark Sykes, Hogarth, que conocía mejor que nadie el alma beduina y que por ello era el que llevaba más directamente las riendas de las negociaciones con Hussein, Cornwallis, Parker, Newcombe, Herber y Graves, y teníamos el apoyo de sir Henry McMahon, Alto Comisario en Egipto.

Y en ese departamento estaba yo cuando el Jerife Hussein proclamó la Rebelión. En el sitio preciso y en el momento justo.

La insurrección no empezó demasiado bien, aunque Hussein fuera obedecido por las tribus; los turcos y su artillería eran muy poderosos adversarios. Feysal tuvo que retirarse y la ayuda inglesa se le facilitaba con cuentagotas. Pero algo me decía que la rebelión árabe iba a ser imparable. Yanbu se convirtió en el cuartel general de Feysal y su ejército de unos siete mil guerreros, y en Yanbu decidió el coronel Wilson establecer su «embajada». Los primeros comunicados decían que el relámpago de la rebelión se apagaba después del desastre de Medina y que tampoco prosperaba mucho en el Nejef y en Kerbela. Los árabes estaban desmoralizados. A nuestra oficina llegaban cada día noticias desalentadoras, sobre todo desalentadoras para mí, que sí creía en las posibilidades de ese alzamiento.

Ah... Tengo ganas de cagar. Ahora que estaba empezando a enhebrar las cuentas de aquello, y el vientre me avisa de que sus intereses son autónomos y poco tienen que ver con los míos. Ah, el cuerpo... Es «eso» que amas o aborreces según sea o depende del momento, pero ahí, inmodificable en sus comportamientos, en su propia vida, que, aunque sea también la mía, la de lo otro que no es cuerpo impone siempre su voluntad. Es lo único que no podemos elegir, su forma y su sino. Sólo podemos elegir algo en lo que nuestra decisión lo incluye: el suicidio. Pero qué poco le importa en todo lo demás nuestro deseo y nuestras ilusiones. Ahora mismo intento dominar la violencia con que

²⁸ Véase el Apéndice.

quiere sacar de sí mismo esa mierda que ha elaborado con mis jugos. Sé que podré impedirlo durante unos minutos, pero al fin vencerá. Me obligará a sentarme en esa letrina inmundada y apestosa que comparto con los marineros²⁹ y me obligará a un gozo sensual cuando esa porquería salga de mí. Lo mismo me ha humillado con enfermedades en momentos que precisaban de toda mi atención o ha viciado instantes maravillosos -pienso en una noche en Kqrkemish con Dahum, en la entrada en Damasco, en una cena con Feysal- con un terrible dolor de muelas, rugir de tripas o la disentería.

Vuelve. Insiste. Ahora la sensación de estrujamiento se hace más intensa. Es casi como una descarga nerviosa, de adrenalina. Aprieto el culo e intento frenar el avance de la mierda. Batalla perdida, como tantas de mi vida.

Ahora vuelvo.

Sigo.

El destino me llevó de su mano cuando Ronald Storrs, que era secretario para Asuntos Orientales de la Residencia Británica, y además mi superior, fue enviado a Jiddah para que «olfatease» lo que estaba sucediendo allí en realidad, y Storrs decidió que yo lo acompañara. (Aparte de esto: qué bien tocaba el piano; adoraba a Debussy. La elegancia de Storrs me fascinaba, era un verdadero dandy. Y había leído más que yo, que ya es decir. Otro adorador de Montaigne.) Era Octubre de 1916. Mi bautismo en la rebelión de El Higaz.

Qué entusiasmo sentí la mañana que salimos al encuentro de esa cita con «lo nuevo». Como fiebre en la piel, como esa expectación de niño ante el fruto de mi primera masturbación: ¿cómo será ese placer? El desierto de arenas movedizas, las enormes dunas que resplandecían bajo un sol implacable. Todo parecía muerto. Ni plantas ni animales. Solo, como una bestia quieta, aguardando agazapada, la línea del Djebel Moqattam que se extendía en dirección a Suez. En esa luz me esperaba la «sublime meta de la reputación» que pide Píndaro.

En Suez subimos a un vapor -el *Lama*- que nos condujo a Jiddah. Durante la travesía, *Storrs* me puso algo al corriente de las intenciones de McMahon, el exquisito tacto que debía presidir cualquier negociación; debíamos ver, escuchar, pero procurar no prometer nada en concreto. La travesía fue desagradable, el viento hacía balancearse aquella pequeña embarcación entre los escollos que parecían surgir por todas partes.

Contemplando aquel mar, sobre todo durante la noche, cuando el brillo de los cielos se reflejaba en su superficie dándole una veladura de viejo marco de plata sucia, soñaba imágenes de mi futuro. Me veía a la cabeza de ejércitos de leyenda. Soñaba con las noches del desierto y con escuchar en ellas, de boca de aquellos beduinos que ya tenía tan cerca, esos largos poemas que cantaban sus hazañas y que tanto me habían impresionado en los libros. Ahora yo iba a formar parte de esas leyendas. Me veía sobre una camella, vestido con un *jaiqe* de seda blanco, ceñir el *aqal* sobre mi *quffiya* preparándome para una carga como las que habían devorado mis anhelos juveniles. Me repetía a mí mismo: Alejandro, Gustavo Adolfo, Murat, Jeb Stuart, Lawrence.

Sí. Lawrence. ¿Por qué no? Me había preparado para eso durante años. La musculatura de mi voluntad era perfecta. ¿Dónde estará ahora? Pero entonces podía prevalecer sobre el miedo, sobre el dolor, sobre la muerte. Mis pensamientos y mi

²⁹ Quizá esto sea una premeditada exageración de Lawrence. El *Rajputana* era un barco de pasajeros de cierta categoría, y cabe pensar que el camarote de Lawrence disfrutaba de cuarto de baño.

corazón ardían en ese sueño magnífico. E iba hacia una tierra donde era posible, donde esas llamas podían prender, donde podría ver un incendio que el mundo contemplaría atónito. Y a la luz de ese fuego siempre se vería mi rostro.

A veces pienso que fue una lástima que una bala o una lanza no me clavaran contra ese resplandor en el momento de Aqaba. Qué perfecto habría sido todo. Y me habría ahorrado este miserable despojo en que me he convertido.

Arribamos a Jiddah el 16 de Octubre. Jiddah parecía fosforescer bajo un sol cegador, un cielo que era como si el sol se hubiera desparramado abrasando una seda azul oscuro. Ante aquella visión recordé un verso de una *mu'allaqa* de 'Amr b. Kul!üm al-Taglibí que dice: “No perecerán nuestras gestas”. Jiddah parecía esa ensoñadora construcción en el aire que Burton veía como característica de Oriente. Desembarcamos y nos instalamos en una casa junto a ese extraño monumento que llaman la tumba de Eva. La arena cubría las calles y hasta el interior de las viviendas. El calor era sofocante. Me sorprendió que las casas fueran de hasta cinco pisos, y la belleza de sus puertas, talladas en madera de teca. Era una ciudad blanca, muy blanca. Y silenciosa. Sus calles se veían recorridas por gente más silenciosa que en el resto de los pueblos árabes que yo conocía, hombres de blancas túnicas y cráneo afeitado. Sus pies iban desnudos sobre el polvo. El calor era húmedo, el aire denso, fétido, como si el sudor cubriese el mundo. El único lugar agradable era el bazar, cubierto por una celosía que permitía una sombra.

Storrs había concertado, a través del coronel Wilson, un encuentro con el Emir Abdullah. Fue una entrevista difícil. El Emir nos solicitó armamento moderno y nos trató con un gran alarde de hospitalidad. Pero vi en él más cualidades de político que de «Jefe». Me interesó más otro hombre que acompañaba a Abdullah: Aziz Alí al-Masri, un egipcio que había mandado el ejército turco, después había participado en movimientos revolucionarios contra el Sultán, y condenado a muerte por éste habíase acogido al Emir de La Meca, donde, gracias a influencia de lord Kitchener, había sido nombrado jefe del ejército jerifiano. Claro está que tal ejército no existía, pero era «jefe de la esperanza» de un ejército de El Higaz. Comparándolo con este soldado alegre y brutal, corpulento, valeroso, lleno de vigor y deseos de luchar, la figura del Emir Abdullah, con aire delicado, un poco gordo, siempre sonriendo, corta estatura, con barbita color castaño que confería a su rostro un aspecto delicado, no parecía el jefe necesario en aquellos momentos de derrota. Pero Abdullah, sin embargo, era sagaz. Pensé que sería mejor político que guerrero, y lo que ahora precisaba eran guerreros. Para ese intento consideré mucho la aportación de los árabes de Siria y de los beduinos. Pronto entendí que el apoyo decisivo debería venir de estos últimos. Había un hombre en Jiddah, en quien confiaban sin fisuras lo mismo el Jerife que Feysal, y que había sido oficial del Estado Mayor en Bagdad: Nuri Said; estuvo presente también en nuestras conversaciones con Abdullah y aunque hablaba poco, “noté” que era una cabeza de ideas muy claras. Fue Nuri Said el que me abrió los ojos sobre las posibilidades de la Rebelión. Yo había llegado a Jiddah con la ilusión de unirme a una lucha -¡la guerra, qué magnífica oportunidad!- donde pudiera sentirme vivir, y sabía lo suficiente de árabes como para tener la seguridad de que entre ellos esa exaltación se vería cumplida. Pero fue Nuri Said quien hizo nacer en mi alma el sueño de que esa batalla podía ser más que la sublevación de El Higaz.

-No es aquí -me dijo cuando pudimos hablar los dos solos- donde puede jugarse el futuro. Piensa en el Norte, inglés. En las riquezas de Siria. Ése es el corazón de nuestro cuerpo.

Bueno... Ya está bien por hoy. Ya es de noche y mi hora de salir a cubierta, a refrescar la mierda. ¡Vamos, rata!

Bombay 10 de Enero

Esta tarde hace mucho más calor. Algunos periodistas han intentado subir al barco, pero la guardia se lo ha impedido con violencia. Esta mañana vino a verme el cónsul y por sus palabras me ha parecido entender que estaba convencido de mi «culpabilidad», de que había actuado como espía en la frontera. ¡Cuánto imbécil!

Bien... Continúo.

Desde Jiddah zarpamos en una patrullera para ir a Rabigh, donde debíamos entrevistarnos con Alí y el coronel Parker. Alí me pareció aún menos dotado que su hermano Abdullah; era timorato y padecía tuberculosis. De escasa estatura, flaco, excesivamente envejecido para su edad, su piel era muy pálida y sus ojos, inmensos, profundos, de enfermo, con un rictus amarguísimo en su boca. Me fijé en sus manos, delicadísimas. Le gustaba leer y era hombre cultivado. Amaba apasionadamente la ópera -como yo (ah, aquel día, yo tenía trece años, cuando escuché el *Adiós a la vida de Tosca* por Caruso)-, y escuchaba una y otra vez en su gramófono a Nellie Melba en unas arias de *La bohème*, a la Tetrazzini en *Addio del passato* y *Regnava nel silenzio*, y el *Visi d'arte* de Geraldine Farrar. Pasé con él horas agradables -él me hizo conocer el *Caro nome* de Selma Kurz- pero sin relación con la guerra. Pensé que tampoco era la figura del «jefe» que yo imaginaba para acaudillar aquella rebelión. Su otro hermano, Zaid, un jovencito altanero, me convenció menos todavía.

Las conversaciones que sostuvimos en Rabigh no dieron fruto alguno. Incluso en algunos momentos fueron muy tensas, pues los árabes se encastillaban en una excesiva -excesiva, no para mí, sino para Inglaterra- petición de armamento moderno y de artillería pesada, y amenazaban, muy poco diplomáticamente, con frenar el alzamiento y hasta con acordar una paz por separado con Turquía. Fueron tres días de imposibles negociaciones, bajo un calor terrible, que sólo durante las noches permitía el descanso. Yo me consolaba con una antología de poesía isabelina que llevaba en mi mochila y, una vez más, con *La tempestad*,³⁰ ese brillante en la noche. Pero pude lograr que La Meca me concediese un salvoconducto -Parker pensó que yo era la persona adecuada para ir a Jebel Subh a entrevistarme con Feysal.

La posibilidad de estar con el Emir Feysal en su campamento llenó mi corazón de alegría; había oído hablar de él y todo lo que se decía lo señalaba como hombre extraordinario. Había recibido una educación eminente -de los tres hermanos, con Abdullah y Alí, pues Zeid era hijo de otra mujer, una esclava, y estaba descartado para la sucesión, Feysal era el preferido del Jerife-, que abarcaba las armas y las letras, el dominio de lenguas, y notables conocimientos no sólo sobre su mundo sino sobre la cultura Occidental. Los años pasados en Constantinopla habían refinado su espíritu -siempre veneró la ilustración turca, lo que por cierto, según fui descubriendo, es algo muy común a todos los árabes cultivados, sobre todo en Mesopotamia-, dotándolo al mismo tiempo de una sutilísima sabiduría política. Pero eso se había desarrollado en un alma absolutamente árabe. Y con la misma soltura, contaban, y pronto yo lo descubriría,

³⁰ De William Shakespeare

vigilaba sus campamentos del desierto e impartía ley entre los suyos, que podía luchar como el mejor guerrero, que discutía con los más inteligentes argumentos sobre literatura persa, griega o francesa. Amaba apasionadamente la poesía y se hacía acompañar siempre por recitadores de viejas leyendas y contadores de cuentos.

Poder conocer a un hombre así, hacia el que además misteriosamente algo me atraía, me mantuvo exaltado los días que faltaban para mi expedición. Allí me proporcionó por acompañante y guía a un tal Tafas, hombre de aspecto abominable, pero de enorme coraje, y a otro beduino como escolta. Cabalgamos en camellas durante tres días. Fue la primera vez que vestí *jaiqe* y *zebun* y cubrí mi cabeza con la *quffiya*. Atravesamos un desierto ardiente y por las noches, bellísimo; debíamos dirigirnos primero al pozo de Masturah, donde mensajeros ya habían concertado un encuentro con el Jerife Alí ibn el Hussein, de Modhig, y su primo, el Jerife Mohsin, señores del Haritz. Ah, qué tipos. Ésos sí eran verdaderas criaturas de la guerra. Jóvenes, hermosos, altivos, decididos. Cómo encarnaban esas figuras legendarias que yo había visto en mis sueños durante tanto tiempo. Sus palabras hacían la ley y sus armas estaban al servicio de esa ley del desierto donde no había lugar para componenda alguna, sino para el orden de la verdad.

Pasamos por algunos poblados semiabandonados y llegamos a Wasta, clavada a la tierra entre torrenteras secas y un mar de guijarros blancos. Las moscas parecían entenebreecer el aire. Wasta vivía como si nada sucediera en el mundo fuera de aquel secanal insufrible. Vi esclavos negros que trabajaban junto a los pozos, en los cultivos de melones y tabaco. Hasta que llegamos, poco después, a Kharma, no pude descansar; las moscas parecían seguirnos como una plaga de langosta. En Kharma había un magnífico bosque de palmeras y fresca hierba. Descansamos un día antes de ponernos de nuevo en camino hacia Jebel Subh. En algunos momentos avanzamos por la misma ruta de las caravanas de Medina. Dejamos a un lado Birk el Sheik –unas chozas como perdidas en el tiempo- y atravesando el desfiladero de Uadi Mared alcanzamos el caserío terroso de Bir ibn Hassani. Allí me dijeron que Feysal acababa de ser derrotado en Kheif, y que se había retirado con su ejército destrozado, más allá, a las colinas de Hamra. Cuando llegamos a Hamra –un pueblo de unas cien casas, enterrado entre huertos y baluartes de tierra como una muralla- un beduino estaba aguardándonos; nos dijo que Feysal nos esperaba en Uadi Safra y que debíamos ir inmediatamente.

Uadi Safra era una sucesión escalonada de casuchas que como un velo de blancura descansara sobre una colina. Subimos hasta una casa algo más grande, que estaba en la cima, y en la puerta vi a un esclavo etíope armado hasta los dientes, que nos miró con expresión salvaje. Tafas se le acercó, le susurró algo, y el esclavo nos hizo señal de acompañarle al interior. y allí estaba Feysal.

Parecía una columna de alabastro. Aún estoy viéndolo. Vestido de seda blanca y con un velo marrón sujeto con un *aqal* rojo y negro. No reparé en otras figuras que lo acompañaban. Había algo en Feysal que irradiaba poder y fascinación. De piel clara, un circasiano puro, cabello oscuro, ojos negros, muy negros, y vivaces. Me recordó a Ricardo I en el monumento de Fontevrault. Digno, distante, su delgadez y el brillo de su mirada concentraban el mundo en él. Su mano acariciaba una gumiá que llevaba cruzada en el cinto. Sí, era «el jefe», él era el Jefe. Tuve como un relámpago la sensación absoluta de su poder. Como el amor, con la misma violencia física. Hasta su nombre indicaba su destino: «Resplandor de la espada en el instante en que corta el aire.»

Creo que nos entendimos desde ese primer momento. Sus primeras palabras fueron para preguntarme si me placía Uadi Safra. Yo le dije que estaba muy lejos de Damasco.

-Ah... Damasco... -dijo, y me miró con un brillo de melancolía en sus ojos hermosísimos-. Muy lejos, sí... muy lejos.

Después me presentó a algunos jeques que se habían unido a la rebelión, como el beduino Fayz el Ghasseyyn, Jabbar, Sami, Hassan Sharaf, un sirio que mantenía los enlaces con Damasco, Nesib el Bekri, y a su secretario, el periodista Shefik el Eyr; junto a ellos se encontraban otros jefes de tribus. Todos escuchaban las palabras de Feysal con inmenso respeto y me di cuenta de que, por encima de sus rencillas personales y hasta de sus intereses, estaban dispuestos a seguirlo en esa lucha porque Feysal había prendido en ellos un fuego de victoria. Era un espectáculo fantástico contemplar aquella reunión de jefes de hombres, aquellos rostros curtidos por las heridas de mil combates, muchos de ellos bandidos, gentes con el mismo espíritu que habían tenido nuestros piratas y corsarios, rindiendo sus armas y sus voluntades ante aquel ser bello y excelentísimo que irradiaba poder con la misma fuerza que los mares o el viento.

De pronto sentí un vértigo embriagador, una plenitud que parecía reventar mis venas. Sentí erizarse mi pelo. Se me heló el sudor. Todo lo que mi vida había sido hasta ese momento se convirtió en algo irreconocible, tan «otra cosa» como si la caída de una cuchilla de guillotina hubiera amputado sus significaciones. Y eso que ardía en mi sangre, que aceleraba mi corazón hasta el delirio, era una furia majestuosa, la determinación de un desafío orgulloso a las entrañas de la muerte. Sí, allí, sobre aquel desierto y junto a Feysal, yo levantaría mi nombre y mi suerte con tal fulgor que cegase los ojos de esa vida exangüe en que sé hundía nuestro mundo. Si el azar me había alumbrado en una sociedad sin posibilidades de grandeza, yo haría restallar ante su mediocridad una gesta que no olvidaría. Esa emoción, hoy me resulta inconcebible. Prefiero hacerme una paja, o que este camarote maldito no apestase, o que no hiciera este calor insoportable, a que mi nombre luzca en qué sé yo qué libros o en la memoria de quien sea, que además jamás entenderá qué hice, qué sucedió allí. Pero aquella tarde en Uadi Safra sí sentí el paso exultante del cortejo de ese Dios de la plenitud, que al contrario que para Marco Antonio, venía a mí y me ofrecía su música hechicera y salvaje.

En la batalla junto a esos guerreros «homéricos» clavaría mi Yo contra la atrocidad de la soledad del Universo; el desierto y su ley me librarían para siempre de un mundo que había abominado de la libertad y la gloria. Durante el tiempo que fuese, sobre aquellas arenas, un hombre tomaría en sus manos su vida para construir con todos sus pedazos una leyenda que los tiempos repetirían con envidia. Yo convertiría la muerte de mi Civilización, mi vida, que era hija suya, en Arte. Perfecto. Indiscutible. Para siempre. Mi vida sería como la página de un libro -sí, «eso» que hay en Stevenson, el huracán de Shakespeare-, como un cuadro, como una catedral. Me vi de pronto como yo había contemplado aquel día lluvioso de mi adolescencia la catedral de Chartres, ahí, más allá siquiera de la comprensión, sola y magnífica, asombrando, maravillando. Yo escribiría una vida así, que pudiera permanecer así.

Supongo que no lo he conseguido. Había algo que no tuve en cuenta aquel día en Uadi Safra. Por mucho que cuides esa página, siempre hay algunas frases que escriben otros. Ahora ya no me importa y hasta acaso siento asco por aquella actitud que, aunque pretendiera situarse del otro lado de la desolación, todavía se agarraba a emociones que hoy me parecen indignas. Todavía amaba el mundo. Ahora ya he llegado a la placidez de las bestias. Me importan el calor o la falta de agua para beber, me molestan los piojos, me relamo de gusto cuando me tumbo en la cama y dejo que mis sentidos y mi cerebro se aniquilen en la muerte del sueño. Dormir como un perro.

Durante varios días conversé mucho con Feysal. Me fascinaba su poder de encantamiento, su lucidez, su melancolía, su decisión. Estaba disgustado con el Alto

Mando de El Cairo por su retraso y mezquindad en los suministros. Me dijo que estaba pensando retirarse hacia Yanbu para unir sus tropas a la tribu de los jujeina, y preparar de nuevo el ataque a Medina. Mientras él hablaba, yo lo miraba y en mi interior una mezcla de respeto, admiración y atracción iba apoderándose de mi alma. Lo imaginaba como un antiguo califa, como aquel Abd al-Rahman fabuloso que levantó en la península Ibérica un sueño de esplendor e inteligencia. Feysal tenía ese mismo sueño de gloria. Aunque después muchas veces me he preguntado si, siendo obviamente más «realista» que yo, era consciente de que la Rebelión no podría ir más allá; si ya desde el principio sabía que no seríamos sino «el ala árabe» de los aliados, que como premio a sus servicios recibiría reinos más o menos hipotecados. Él conocía mejor que yo el alma de las tribus, su atomización secular, sus formas de vida independientes. Lo que a mí me atraía era precisamente lo mismo que hacía imposible el sueño que anidaba en el fondo de esa atracción. Pero todo eso da igual. Feysal era un gran jefe y al menos durante dos años, ese sueño fue realidad.

Una tarde, sentados al fresco de un palmeral, conversábamos mientras sus esclavos nos servían té y tortas dulces; se quedó mirando melancólicamente la lejanía, y me dijo:

-Un reino de arena.

Y tomando en su mano un puñado, lanzó al viento la tierra.

-Se va con el viento.

-Pero no vuestro sueño -le dije.

Me miró con sus ojos que abrasaban.

-Tendréis ese reino. Inglaterra será vuestra aliada.

-Alá lo quiera -dijo. Y añadió con una sutilísima ironía-: Aunque es un aliado desproporcionadamente importante.

Comprendí sus temores.

-Inglaterra no quiere Arabia -le dije.

-Tampoco quería el Sudán.

Trazamos muchos planes durante aquella estancia en Uadi Safra. Feysal quería tomar Medina. Era consciente de que mientras no la tuviera en sus manos y recibiera refuerzos, estaba aún a merced de los turcos. Quería retirarse hasta Uadi Yanbu y desde allí, con guerreros jujeinas, avanzar hacia el Este, en dirección al ferrocarril de El Higaz. Esperaba poder caer, desde allí, sobre Medina, mientras Abdullah la atacaba desde el desierto de lava y Zaid entretenía a los turcos en Bir Abbas. Este plan era en parte obra de un formidable guerrero tekrit que aconsejaba a Feysal y cuyo valor era legendario; se llamaba Maulud el Muklus, y más de una vez lo vi cargar a la cabeza de sus fieles en estampas que achican el recuerdo de Murat. Yo aconsejé a Feysal que consolidara el frente en las montañas al Oeste de Medina con el fin de salvaguardar lo mejor posible Yanbu y Rabigh, y sobre todo había que unificar el esfuerzo de guerra, unir a todas las tribus. Y atacar. Atacar.

Una noche, al terminar la reunión, me acompañó -deferencia insólita- hasta una tienda que había hecho acondicionar especialmente.

-Es para ti. Que Alá o tu Dios vele tus sueños.

Incliné ante él mi cabeza y me cuadré.

-Acéptala -me dijo- como regalo de un rey a alguien que decide su propio destino. Desde que te he visto, sé que Damasco ya no está lejos.

-Yo os daré Damasco -le contesté.

El ejército de Feysal se componía en su mayoría de beduinos bastante incapaces de someterse a orden alguno de combate, quizá con la excepción de algunos bishawi; casi todos eran hijos de tribus de las montañas. Sentían pavor del fuego artillero y de los

bombardeos de la aviación. Y había muy pocos Cuerpos de camellos. Eran unos espléndidos guerreros salvajes, pero una compañía turca bien dispuesta podía derrotarlos sin demasiados problemas. Pero tenían una potencia extraordinaria de movilidad, y ese hacer las cosas a su manera, que tan problemática hacía su incorporación a un ejército regular, los dotaba especialmente para lo que yo pensaba que iba a ser, y que debía ser, la guerra en aquellos territorios. Además, misteriosamente, más allá de su división, de sus odios tribales, de la sangre vertida, de la venganza y del afán de botín, «sentí» la posibilidad de unirlos en esa lucha, porque había dos elementos comunes, y que para ellos eran mucho más de lo que significan en nuestro mundo: el Corán, la Religión y la Poesía: la memoria popular del esplendor del califato era un núcleo de aglutinación vivísimo.

Yo contemplaba ese ejército y lo veía ya cabalgando victorioso tras su señor y las banderas de seda roja. Para eso había que sacarlo de allí, enfervorizarlo, darle armas. Lo que yo estaba viendo, en la realidad era una fuerza en estado bruto, con un fusil anticuado por familia; debían turnarse para usarlo, y aguardaban, agazapados como fieras. Pero era un hermoso espectáculo. Iban y venían por aquel campamento, descansaban tendidos como escorpiones junto a las rocas bajo un sol aniquilador. Tan jóvenes casi todos, muchos de ellos aún chiquillos, delgados, morenos, viriles. Hijos de muchas tribus, unidos por un sueño de gloria y pillaje que aplazaba sus diferencias bajo el nombre de Feysal. Atacarían como serpientes. Me acuerdo que poco antes de la toma de Wejh, el anciano Auda ibn Zuweid me dijo:

-Míralos, inglés. No es un ejército. Es un mundo que avanza.

Hablé mucho con Feysal durante aquellos días. Lo acompañé a veces en sus tareas. Mientras bebíamos té -a él le gustaba ir alternando el té amargo y el dulce- conversábamos; y no solamente sobre los temas que podían requerir un análisis urgente, sino sobre literatura, arte, poesía. Sobre todo después de cenar, Feysal se complacía escuchando el recitado de antiguas leyendas -algunas eran cuentos que yo había leído en *Las mil y una noches*- y poemas beduinos, fascinantes. Amaba los versos de Imr el Kais y de Ibn el Alí y se hacía repetir una y otra vez por su recitador a Ibn Isham y sobre todo al divino Mutanabbi. Cómo brillaban sus ojos cuando escuchaba: «Oh, me conocen la noche y el desierto y mi caballo y la lanza y la batalla...» Y ese brillo de sus ojos pasaba sobre mí como la mano de un amante, erizándome el vello, como un escalofrío de felicidad, exuberante, mágico. También conocía muy bien a nuestros clásicos, había leído a escritores de Grecia y de Roma, y los había entendido con una muy penetrante sabiduría. Un día que estábamos reflexionando sobre la *Farsalia*, me dijo:

-Pero lo más importante es lo que «adivina» César.

Feysal me hacía pensar en aquellos asombrosos guerreros de Grecia y de Roma, o en lo que debió de ser ese español fabuloso que conquistó México, Hernán Cortés. Aquella reunión de jefes, la primera noche que pasé en Uadi Safra, ¿no era el resplandor de bronce de la *Ilíada*, la sangre y la furia aquea ante las murallas de Troya? En el ataque a Medina, como si una hormiga desafiara a un elefante -y aunque acaso posteriores avenencias hubieran podido restablecer la paz-, ¿no había mucho del barrenar las naves de Cortés? En las palabras como diamantes de Feysal arengando a las tribus yo había escuchado ejemplos que había leído en César, en las historias de Alejandro, en el Corán y en Montaigne. Feysal tenía el poder de arrastrar los sueños de los árabes, de dar forma a ese sueño. Yo sería su bandera. Una bandera que él pudiera enarbolar.

El destino de un noble jefe arrastra los sueños de sus hombres. Como Alejandro o Cortés, Feysal los encarnaba. Se fundía con sus guerreros y ellos con su decisión. Yo veía en él esa cualidad que al comienzo del Libro de los Macabeos se le reconoce a

Alejandro: Y la tierra temblaba ante él. Feysal era la cristalización de las energías árabes. Su espada se templaría en ese huracán formidable que iba uniendo a las tribus y que yo ya veía extenderse sobre el desierto como una plaga de langostas.

Acordé con Feysal que se establecería una base en Yanbu para almacenar armas y pertrechos y que yo comunicaría al Estado Mayor en El Cairo sus inquietudes y necesidades. Con una guardia de catorce Jerifes de los jujeina, fui a Yanbu, donde me embarqué para Jiddah. En Yanbu pasé unos días de obligado -no había barco disponible- descanso, que aproveché para releer *La muerte de Arturo* de Mallory. Ah, cuánto he amado siempre ese libro, y cómo sonaban sus palabras, que leía en voz alta, la magia de esa gesta suspendida en una irrealidad misteriosa, allí, en Yanbu, donde todas las formas se desdibujaban por el calor. Yanbu era una ciudad extraña, como sostenida en brumas de vapor color madreperla que se perdían hacia Rudwa. No era una ciudad de belleza memorable. Daba una sensación de pétreo, como un caparazón de tortuga, blanca, sobre una llanura calcinada. Pero el aire aromado de aquel mar color de amatista y como un cerco de cielo anaranjado por efecto del sol abrasador sobre ese caparazón de blancura le daba un aspecto fantasmagórico que acordaba muy bien con Mallory y con mis pensamientos. Cuando la noche caía -esa caída violentísima de las sombras- las estrellas llenaban los cielos de un fulgor insondable. Ese minuto de muerte del día formaba en un aire donde ya las formas del paisaje iban fijándose, como un arco iris de inusitada belleza.

De Yanbu fui a Jiddah, donde embarqué en el *Eutyalus*, el buque insignia del almirante sir Rosslyn Wemyss, jefe de la flota del Mar Rojo, partidario también de la rebelión árabe. Después fui a Karthum para entrevistarme con sir Reginald Wingate, quien pronto sería Alto Comisario en Egipto, y que se inclinaba por la rebelión y la necesidad de prestarle ayuda. Wingate me dijo que tanto él como Wemyss sostendrían mis peticiones en El Cairo, sobre todo la necesidad de enviar artillería a Feysal.

Cuando por fin, a mediados de Noviembre, llegué a El Cairo, no tardé en ser recibido por el general Murray. Murray se mostró reacio a la contribución británica y planteó muchos problemas. Yo traté de convencerlo «militarmente», mediante malabarismos mentales intenté que entendiera las ventajas de que los árabes, con rápidas incursiones, esos «ghazus» mezcla de ideales y rapiña que tanto les gustaban, atacaran de flanco a los turcos, lo que aliviaría a los soldados ingleses «clavados» en el Sinaí. Me dijo Murray que existía un plan francés, encomendado a coronel Brémond, para un desembarco aliado en Jiddah. Eso me alarmó. Significaría un aumento de la influencia francesa. Hablé con el general Clayton y le expuse la situación. Clayton pareció comprenderlo mucho mejor, y se mostró favorable a mis planes. Le comuniqué que sería conveniente -pues lo único que yo quería era volver con Feysal- mantener un enlace permanente con las tropas árabes. Así logré que me destinara como consejero militar cerca del Emir³¹.

A principios de Enero de 1917, acompañado por el Jerife Abd el Kerim el Beidawi, un guerrero brutal con aspecto de abisinio, fui a buscar a Feysal que estaba en Najl Mubarak, cerca de Yanbu. Me dijo que los turcos habían conquistado Uadi Safra y que había tenido que replegarse allí. Aziz al-Mashi estaba intentando conformar una tropa regular con los beduinos. Pero me di cuenta de que se producían muchas deserciones y de que en aquel momento, entre las tropas allí acampadas y lo que pudiera quedar en Yanbu, no alcanzaban los tres mil hombres. Era absolutamente preciso vigorizar aquellos esfuerzos, apoyar con armamento el ansia de los insurrectos. Pedí a El Cairo que me enviaran ametralladoras y algunos expertos en artillería. Destinaron a

³¹ Véase el apéndice.

Vicker y a un experto en explosivos, Garand, que había inventado una mina especial para volar trenes: con ellos vinieron el teniente Álvarez, como ayudante médico, y el capitán Newcomen, antiguo conocido mío de cuando la expedición de «espionaje» al Sinaí.

Siguiendo instrucciones de Feysal, reuní un pequeño grupo de guerreros para una misión de exploración del paso de Dhifran. Debíamos averiguar si los turcos lo custodiaban. Fue mi primera participación en un hecho de guerra. No fue demasiado violento. Nos arrastramos en la oscuridad por entre las rocas, hasta descubrir los puestos más avanzados de centinela. Eran unos muchachos. Fumaban junto a una fogata. Por un instante vi sus rostros a la luz del fuego. Dos minutos después yacían degollados, sin un ruido siquiera. Comprobamos que las fuerzas que defendían el paso eran insignificantes, y regresamos al campamento.

Había visto la muerte. Ya la había visto antes, pero nunca había sentido el calor de la sangre manando. Descubrí algo terrible: no sentía nada. En el furor de la guerra, algo convertía en ajena esa violencia, casi irreal. Desnudada de cualquier excusa, no por odio, ni por amor, ni por lucro, ni por locura, sino simplemente por casualidad, porque ese cuello estaba allí, y no otro, la muerte era un hecho liso, neutro. Aquellos jóvenes turcos que veía a mis pies, con sus cuellos sajjados, manando sangre como animales en un matadero, eran muertos tan lejanos y que me afectaban tan poco como las víctimas que pudiera conocer por la prensa de un terremoto en el Pacífico o un incendio en Boston. Eran una dificultad en nuestro camino, y los apartamos como se aparta una piedra o una araña. Es una sensación que he tenido muchas veces. En ese filo sobre el que se arrastran nuestros sentidos en la exaltación, en la enajenación de la batalla, toda la costra de la civilización salta en pedazos. La cultura existe en las decisiones estratégicas y tácticas, en las órdenes, pero el combatiente deja en suspenso por un tiempo todo cuanto no sea esa voz bestial que llama desde sus entrañas, y adquiere un estado más allá de lo racional -hasta recobra la agudeza sensorial de los animales, su olfato, su oído, la viveza de sus presentimientos-, casi de gracia. Y a veces sucede algo... iba a escribir: peor. Pero ¿por qué peor? Esa experiencia nos pone ante algo que no podemos comprender, pero que nos revela «todo»; pude vivirlo en carne viva en Tafas. Cuando la batalla se convirtió ya en una orgía de destrucción. No sé cuántos turcos maté aquel día. A tiros, a cuchillo, a bayonetazos. Mis ropas, mis manos, mi cara estaban empapados de sangre, mis pies pisaban un fango de tierra y sangre, cubría mis labios, saboreaba ese gusto metálico; su olor me penetraba. Pero no me repugnaba. Me vivificaba, me espoleaba, me gustaba. Mataba con pasión, con placer, sensualmente.

Siguieron días de mucha actividad. Continuaban acudiendo al campamento beduinos de todos los territorios, aunque muchos no se quedaban; pero faltaban camellos y armas para todos. También hubo problemas de tesorería y la soldada no podía garantizarse, lo que hizo que desertaran casi todos los haarb. Pero a pesar de ello, el ejército crecía. Por la noche empezaba a ser impresionante el relumbrar de cientos de hogueras a cuya luz las enormes plantaciones de palmeras datileras se recortaban majestuosas contra la bóveda nocturna.

¿Hubiera podido imaginar yo entonces, en aquellas noches espléndidas, llenas de ilusiones y de alegría, que ese que yo era terminaría siendo este que hoy se pudre en este inmundo camarote, este que no daría un penique por la existencia del mundo? ¿Dónde está el ansia de mi corazón? ¿Dónde está el enardecimiento que me arrastraba y que hizo que los hombres me siguieran hechizados? Esa pasión que me embriagaba...

Fueron días de gran intensidad. Mientras disponíamos los planes -para Feysal y para mí todos los planes estaban en función de lo que se había convertido en nuestra meta: Damasco- y la muy problemática instrucción de los guerreros, Feysal desplegaba

su arte más sutil en atraerse a todos los jefes de las tribus, no solamente los de las zonas cercanas, sino los norteños, hoveitah, sherarat de Tebuck, y los jujeina, los emisarios de Auda abu Tayi, los wuld Alí, los billi, los ateibash, los beniatilla, los ageylish, los haritz. Recuerdo la noche fabulosa en que Feysal reunió a todos los jefes y delegados y les hizo jurar sobre el Corán que le obedecerían hasta la muerte, sin tener piedad de los turcos, y que desde ese instante empezaba entre todos ellos, de la tribu que fuesen, la paz, el aplazamiento de sus querellas, hasta conseguir la victoria y Damasco. Fue algo emocionante, bajo la Luna que iluminaba el campamento, todos aquellos guerreros, viejos y jóvenes, humillando su voluntad ante Feysal, inclinando ante esa fuerza misteriosa que parecía envolverle, lo que nadie ni nada hubiera logrado hasta entonces doblegar. De los salvajes nómadas del este, los fejr, a Nuri Shalaan o Ibn Seud, que junto a Feysal eran las máximas autoridades de aquellas extensiones de arena. Todos como un puño, detrás del que ya era Mi Señor.

Después de esa ceremonia inolvidable, Feysal me llamó a su tienda y estuvimos hasta la madrugada comiendo dátiles y bebiendo té, hasta que la humedad del alba nos obligó a retirarnos. Contemplándolo mientras me hablaba de sus sueños, tuve la sensación de que me hallaba ante alguien como aquel legendario Saif al-Dawla de Alepo que yo tanto admiraba. Feysal era tan bello y arrogante y sensual como la memoria de aquel príncipe, y como él en el tapiz de Antioquía, no precisaba más diadema que su turbante.

Al despuntar el alba, Feysal se retiró para disponer la marcha que emprenderíamos esa misma mañana. Wejh sería nuestra primera etapa. Escuché la voz del imán llamando a la plegaria desde un altozano. El sol blanqueó el desierto.

Nunca he podido olvidar esa mañana. Bajo el sol abrasador, diez mil guerreros y más de cinco mil camellos estaban situados en dos filas flanqueando un pasillo de arena por el que Feysal avanzaba majestuoso, con un *jaiqe* de seda blanco y un *zebun* con franjas de oro. A su lado Mirzuk, un ateibash contador de cuentos, declamaba historias de batallas. Inmediatamente detrás íbamos el Jerife Sharraf, primo de Feysal y Kaimmakan del Imaret y Taif, y yo. Detrás de nosotros, Alí el abanderado con la enseña de seda roja que todos esperábamos llenar de gloria y proezas. Seguían las mujeres, en sus *shuqdufs* de brillantes coloridos sobre los camellos. Los tambores resonaban. Se escuchaban, atronadores, cantos de guerra. Cantos que tenían cientos de años, acaso miles, y que ahora revivían como un huracán en aquellas gargantas fieras. Detrás, como si el paso de Feysal succionara las filas, iban agrupándose todos. «¡Que Alá nos acompañe!», repetía Feysal. El polvo espesaba el aire. Viendo aquel ejército que se encaminaba a una lucha de hombres, recordé a mi querido Mutanabbi: «Beduinos de pura sangre, que cuando relinchan los caballos casi saltan de la silla, impetuosos, llenos de brío y placer.» El sol me cegaba. El Jerife Sharraf me dijo que me untase los párpados con un brebaje de kohl. Yo me sentía deslumbrante. Feysal me había regalado un *jaiqe* de seda blanco, como el suyo, bordado en oro, y con él me había vestido para la ocasión.

Es una imagen que puedo esgrimir contra la muerte, que me permite reírme de ella y de la mierda de nuestro tiempo. Me suceda lo que me suceda, yo he vivido esa hora de gloria. He sentido ese viento que pocos pueden sentir. Qué importa ya mi vida, ahora, después de eso. He tocado la carne del Destino.

Qué dicha sentir de nuevo, aunque haya sido un instante, ese latigazo. Que la carne muerta de mi alma, aunque haya sido sólo un segundo, se haya estremecido. Pero un segundo después ya es nada. Esa imagen vigorosa, al tocarme, se hiela. No encuentra ya nada en mí que la alimente. Sí, ahí toqué el vértigo del destino. ¿Y qué? Y ahora las gotas de sudor que caen sobre este papel emborronan lo que estoy escribiendo. La

palabra viento se ha convertido en una mancha azul. «Carne» está esfumándose.

¡Bah! Sigo con lo que os estaba contando.

Wejh nos importaba mucho. Tomarlo era fundamental para la Rebelión. Sólo ese ejército que éramos avanzando por aquel desierto, hacía que se nos unieran otras tribus. Feysal quería que la conquista de Wejh tuviera un carácter «nacional», y por ello había convocado a todas las tribus. Qué espectáculo, bárbaro y espléndido. Además, Wejh debería probarle al Estado Mayor de El Cairo que éramos una fuerza verdadera con la que había que contar.

Tomamos Wejh sin demasiadas bajas, hicimos una carnicería con los turcos y saqueamos la población. Feysal instaló sus tiendas cerca del mar, junto al banco de coral, y a su alrededor levantaron sus campamentos abigarrados todas las tribus. Se celebró la victoria con un torneo de recitado de poemas beduinos y una comilona de carnero con arroz. El éxito de Wejh fue tan notorio, que pronto se presentó incluso el famosísimo Ibn Zaal, de los abu tayi, rindiendo pleitesía a Feysal. El entusiasmo desbordaba hasta nuestros sueños. Además, llegaron noticias de que los turcos se retiraban de Medina, lo que, aunque militarmente a mí no me pareciera bueno para nuestros planes, porque esas tropas, que en Medina eran inofensivas, en el Norte podían hacernos daño al fortificar la línea de Beersheva, a los árabes sí los llenó de entusiasmo. Le dije a Feysal que yo debería ir a Uadi Ais, donde estaba el Emir Abdullah, para tratar de que frenara en lo posible la retirada de los turcos. Me dijo que era un plan conveniente y puso a mis órdenes un grupo de ageylish y de marroquíes.

Fue un viaje terrible. Ya empezó mal, porque la noche anterior a la partida me sentí enfermo. Pensé en una infección -los piojos nos comían-; pero me salieron manchas blancas en la piel y temí que podía haberme contagiado de lepra, muy extendida en El Higaz. Las primeras jornadas fueron difíciles, pues el calor y el movimiento de la cabalgada aumentaban mis dolores y mi angustia. Pero lo peor sucedió a la tercera noche cuando estábamos acampados en Uadi Qitan. Me encontraba yo adormecido por la fiebre, con intensas náuseas, y me sobresaltó un disparo. Al momento entró corriendo en mi tienda uno de los ageylish, pidiéndome que me levantara y lo acompañara, que había sucedido algo terrible. Lo seguí y me encontré a todos mis guerreros, separados en dos grupos, y en el centro, el cadáver de un ageylish. Indagué y me dijeron que un marroquí llamado Hammed lo había matado por una discusión. El problema era muy grave, porque según la ley del desierto, el ojo por ojo, los ageylish reclamaban la muerte del marroquí. No había posibilidad alguna de evitarlo. Pero el problema venía de que si un ageylish ejecutaba al marroquí, los demás pedirían venganza a su vez. Un enfrentamiento de las tribus, en aquel momento, podía hacer peligrar nuestra misión. Les pregunté a los ageylish, si la muerte del marroquí sería suficiente para aplacar su represalia. Dijeron que sí. Entonces dije a los marroquíes que si su compañero era ajusticiado sin que ningún ageylish tomara parte en ello quedaba cumplida su venganza. Me dijeron que estaban conformes. Entonces cidí que sería yo quien ejecutase al desdichado.

Fue terrible. Yo ardía de fiebre. El rifle temblaba en mi mano. Por mi cabeza pasaban imágenes confusas. Me quemaban los ojos y la piel. Traté de pensar en otra cosa, olvidar lo que iba a hacer, disparar sobre aquel infeliz sin mirarlo.

Lo levanté y le dije que anduviese delante de mí, hacia una hondonada que estaba casi cubierta de matorrales. Lo hizo mientras temblaba y llorando me suplicaba que no lo matase. Esos gritos eran peor que todo. Pero me enervaron hasta el punto de infundirme más decisión. Había que acabar con ello. Me puse junto a él, acerqué el rifle a su pecho, donde supuse que estaba su corazón. De pronto comprendí que no podía,

como había pensado, apartar la mirada. De pronto sentí una extraña embriaguez, un mórbido sentimiento en el que había mezcla de satisfacción. Lo miré a los ojos. El marroquí me miró como un animal que va a ser sacrificado, estupefacto, acobardado, sin saber qué. Creo que me sonreía. Y disparé. El marroquí salió despedido hacia atrás y cayó al suelo entre temblores espantosos. Un chorro de sangre me salpicó. Intentó alzarse y avanzó su cabeza hacia mí, como pidiendo aún perdón. Volví a disparar. Dio un grito horrible, un aullido lastimoso. Disparé de nuevo. Ahora lo miraba agitarse a mis pies. Con los ojos abiertos. Pero no moría. Acerqué entonces el rifle a su cabeza y disparé tres veces. Vi saltar el cráneo despedazado y un ojo. El cuerpo quedó en extraña posición. Sentí un escalofrío de placer.

También ahora estoy a punto de desmayarme de calor y de peste. Lo dejo aquí.

11 de Enero. Mar Arabigo.

Releo lo de ayer

El camino en las siguientes jornadas estuvo sumido en el silencio. Avanzábamos sobre un campo de lava que hacía aún más espantoso el camino. Nadie cantaba. Cuando llegamos al campamento de Abdullah, apenas pude hablar con él. Le transmití la idea de frenar la retirada de los hombres de Fakhri Bajá, y me desmayé.

Estuve varios días muy enfermo. La fiebre me consumía y unido al calor de la tienda, me asfixiaba. Mis pensamientos eran un tumulto espeso como el sudor. Veía el rostro del marroquí al que había asesinado, la imagen de Feysal avanzando a la cabeza de su ejército; notaba mis manos húmedas y las veía ensangrentadas. Otras veces yo era el marroquí y alguien me disparaba. Y al mismo tiempo le daba vueltas y vueltas obsesivamente a los planes de penetración hacia el Norte de nuestras tropas. Damasco, sí, Damasco. Pero Damasco pasaba por la línea Beersheva-Ma'an, y ésta era impenetrable sin Aqaba. Y Aqaba era invulnerable desde el mar y por tierra se interponían las baterías turcas, y la garganta de cuarenta kilómetros del Uadi Itm era un matadero³².

Me encontraba ya un poco recuperado, cuando una mañana, en el corte de sol y sombra de la entrada de mi tienda, vi una serpiente. Le tiré una piedra y la serpiente, veloz como un rayo, zigzagueó y se perdió en las arenas. De pronto lo vi con toda claridad.

Esa serpiente éramos nosotros. Mi idea de que no debíamos formar un ejército de las características de los europeos, con sus movimientos lentos y pesados, o fijos en las trincheras, sino una fuerza ágil, rápida, como esa serpiente, atacando y desapareciendo, usando lo que era la naturaleza de mis guerreros: su movilidad, su adaptación al terreno. Invisibles como ella, desapareciendo en el desierto. Claro. Ésa era la solución. El desierto. Un mundo desde el que nadie esperaría vernos aparecer. Como aquella serpiente, arena como ella. Y desde esas arenas, atacar. Atacar Aqaba. Pero desde el este, desde el sol. Sí. Lo sentí, no como un razonamiento estratégico. Lo vi. Lo sentí físicamente, como al viento ardiente. Éramos el viento y éramos la serpiente. Sí. Aqaba. Desde el desierto. Y sentí como si una mano me apretara las entrañas, un vértigo de luz, como si toda mi vida confluyese en ese instante.

Vehementes imágenes pasaron ante mis ojos. El rostro de mi madre un día de mi niñez regalándome *La isla del tesoro*, un retrato -¿dónde lo había visto?- de Walter Raleigh. Vi, borroso, el pueblecito donde nací³³ nuestra casa entre árboles, una cala de la isla de Man, casi podía tocar los empapelados de nuestra casa de Polstead Road,³⁴ su ventanal enorme en aquella fachada de ladrillo rojo, los baluartes de Dinard, un viejo farol que había en Oxford delante de nuestra casa... Todo como en un caleidoscopio vertiginoso. Aqaba. El desierto. El rostro de Dahum una noche de Luna en Karkemish, sus ojos. Los gritos del marroquí en Uadi Qitan... Y otra vez Aqaba. Y la sonrisa de

³² Véase el Apéndice.

³³ Dudosa afirmación, si tenemos en cuenta que Lawrence dejó la hermosa casa familiar de Tremadoc -en el Norte de Gales- con trece meses de edad. Creemos que se refiere a la que sí fue su casa de la infancia, en Kirkcudbright, Escocia -aunque también dejaron ésta cuando él estaba a punto de cumplir tres años-. Después se instalaron en la isla de Man, en Jersey, y en 1891, en Dinard.

³⁴ El número 2, una magnífica casa. Oxford.

Janet Laurie, su pelo recogido y su hermosa boca y su mirada cálida. Vi, sí, vi páginas de Virgilio, los grabados de caballeros cruzados que cubrían las paredes de la casita del jardín que me había regalado mi padre. Me di cuenta de que estaba repitiendo mecánicamente versos de *Antonio y Cleopatra*. Sentí en mi carne cómo el mismo espíritu divino que produjo esos versos -ese ímpetu es el que habita a ciertos hombres elegidos; algo que volvería a sentir después muchas veces en la batalla: ese «sagrado instante» revelador del gran secreto, aunque sea inefable.

Es como ahora mismo, en este camarote inmundo. La luz que entra por la portilla, el juego de partículas en la luz no está sucediendo en Bombay; es el juego de la luz del sol sobre los adoquines desde Turl Street hasta la puerta del Jesus College. Veo de nuevo el rostro de mis hermanos como en la vieja fotografía: el rostro sonriente de Frank; Will está triste y «alejado», como si ya estuviera en su muerte, esa que lo aguardaba pronto.

El destino... Aquella serpiente en la arena junto a la puerta de mi tienda en Uadi Ais. El destino. Por qué misteriosos caminos nos conduce. ¿Habría estado yo esa mañana en Uadi Ais sin haber ganado aquella beca para el Jesus College? ¿Habría conocido a Feyssal sin mi pasión -como si me preparara para ello- por las Cruzadas, sin todos aquellos viajes en bicicleta por las fortificaciones de la vieja Gales y de Francia? ¿Habría sido mi vida igual sin las conversaciones con el bueno de Vyvan Richards³⁵, que estaba tan deslumbrado como yo por la historia medieval, o sin los sueños de que pobló mi niñez aquel anciano profesor particular, el doctor Jane? ¿Habría sido igual sin *Moby Dick*, sin Virgilio, sin Homero, sin Kipling, sin aquel libro sobre las excavaciones de Layard en Nínive? ¿No sería decisivo algo que parece sin importancia, la lectura de libros sobre las campañas italianas de Napoleón? Porque fue mi gran interés por la inteligencia militar del Emperador y la fascinación por la belleza, sí, la belleza, de sus planteamientos, lo que me llevó a relacionarme con Bell,³⁶ para que me ayudase en una tesis, y Bell me propuso un día que hablara con Hogarth, a quien también apasionaba la estrategia. Y fue Hogarth quien me desvió hacia sus trabajos sobre Oriente. Gracias a Hogarth pude conocer a Doughty, quien al contarme sus experiencias no hizo sino avivar el fuego de mis deseos de aventura.

Gracias a Hogarth, además, hice mi primer viaje a Siria.

Pienso en mi equipaje. Es como un símbolo de mi vida. Salí, bien lo recuerdo, con dos camisas, dos mudas, una kodac, un par de botas de repuesto, cien libras, un salvoconducto y un revólver por si fallaba el salvoconducto. Cuando cruzamos por el estrecho de Messina aún eran visibles las huellas del terremoto. Yo pasé casi toda la travesía en cubierta, mirando extasiado el mar que brillaba ante mí como una promesa de «mi gesta». Llegué a Beirut el 7 de Julio de 1909. Qué luz. Tenía sed de ver, de verlo todo. Eran las tierras con las que tanto había soñado, las que habían conocido el temblor del galope de los caballeros cruzados. Beirut era una pequeña ciudad portuaria -aunque el puerto estaba en parte inservible porque hacía algún tiempo que los italianos habían hundido un carguero de armas turco-, con un inusitado tráfico comercial, habitada mayormente por árabes, maronitas y griegos ortodoxos, pero los residentes europeos, sobre todo franceses, le daban un aire cosmopolita a cafés y zonas ocupadas por sus viviendas. No pude ver mucho, porque iba corto de tiempo, pero estudié las ruinas del palacio de Ibelin, el fantástico acueducto de Herodes el Grande y los diques que Fakhr

³⁵ Vyvan Richards confesó en cierta ocasión que su relación con Lawrence -que duraría toda su vida- estuvo siempre teñida de atracción sexual. Pero que «Lawrence no entendía eso. Carecía de libido».

³⁶ Aunque el tutor de Lawrence en la Universidad de Oxford era Reginal Lane Poole, que pertenecía al Saint John College, mantuvo una relación más estrecha con C. F. Bell, perteneciente al Museo Ashmolean, y está probado que fue éste quien orientó sus estudios hacia las tres primeras Cruzadas y le presentó al doctor Hogarth (en 1909).

el-Din había consolidado ¡con columnas de los antiguos templos!

Había algo que sí quise ver a toda costa. Había leído sobre ese lugar un día, en Oxford, y desde entonces parecía llamarme: el desfiladero de Nahrr el-Kelb, el río del Perro. Impresionante. En el paso sobre el arrecife -ese paso por el que habían cruzado todos los ejércitos desde Ramsés-, en las rocas del precipicio están escritos, habían sido inscritas por cada conquistador; los nombres de sus victorias. Sentí de pronto -qué estupidez; hoy habría meado contra esa roca- la necesidad de añadir mi nombre a esa lista. Con la punta de mi cuchillo, raspé: «Lawrence Sin Patria.» ¿Por qué grabé esas palabras? Entonces todavía creía en muchas cosas y mi corazón rebotaba entusiasmo. Y desde luego aún era un «inglés» de pies a cabeza, uno de esos ingleses fascinados por el sol y el desierto y las ruinas, con la cabeza llena de leyendas y de historia, deseoso de emular los ejemplos de esos tiempos, pero «inglés», y ahora que lo pienso, «muy inglés». Pero ese día tan lejano algo en mi sangre llevó a mi mano a escribir ese «sin patria» en que habría de convertirme mi destino. Mi victoria.

Sin descansar me puse en camino hacia Sidón -donde Jonás arribó tras su odisea con la ballena-, fui a las montañas de Galilea, allaga Huleh, hice la peregrinación de los castillos que quemaban mi imaginación, Baniash, Hermon, Safed, donde me arrodillé ante la obra de mi venerado Fulke de Anjou; pero ninguno me impresionó tanto como el Krac des Chevaliers, en Kal'al el Husn, inmenso, desafiante, orgulloso, tres días estuve contemplándolo y a la sombra de sus piedras cumplí veintiún años. Después estuve en Haifa y desde allí me encaminé ya hacia el Norte de Siria, pasando por Trípoli, que también había sido fortaleza cruzada, y tras convencer a los turcos para que me autorizasen el paso, Alepo y Antioquía. En Antioquía enfermé, nunca he sabido de qué, y se agotó mi dinero. Entonces, vía Acre, regresé a Inglaterra. El barco hizo una parada en Nápoles, que aproveché para visitar la ciudad; allí compré esa cabeza de Hipnos que siempre me ha aguardado inútilmente en Inglaterra.

En Nápoles me sentí muy a gusto. Una de esas ciudades «acordes» con mi destino, donde la vida se palpa de forma turbadora. Nápoles, como tiempo después descubriría en Siracusa, era sabia. Más allá de todo. Como si supiera e inoculara en sus hijos que la Historia es un discurso sin sentido y que lo único que cabe hacer es poder mirarse uno al espejo y no sentir asco de ese rostro. El pasado no existía, acaso porque el pasado era algo que ya existía antes de Eneas y la Sibila cumana. Vi a una gente entregada a la sensualidad, la incontinencia, la música, el arte, el aguzamiento de la inteligencia vital en los más impensables modos de ganarse la vida, y con una absoluta descreencia en gobiernos y leyes.

Aquel viaje, aquella peregrinación sobre ruinas fantasmales de ciudades que fueron Roma y que fueron el sueño de los cruzados, me sirvió para sacar matrícula de honor en Historia con mi tesis sobre *La influencia de las Cruzadas en la arquitectura medieval*, que escribí en tres días y tres noches febriles. Ese reconocimiento me avaló para conseguir una beca, y de nuevo, en Diciembre del año siguiente, me embarqué hacia Oriente. Me sentía feliz, como dice ese verso de Mutanabbi, «arreando mis dos monturas, la miseria y el arte».

De camino hacia Oriente, el barco fondeó en Istanbul. Desgraciadamente sólo dispuse de dos días, y no pude conocer esa ciudad admirable, fantástica, pero la impresión de su belleza no me ha abandonado jamás. Visité la mezquita Azul, radiante, Santa Sofía y la impresionante Suleymaniye; entregué unas horas al gozo de un hammam y -porque era algo que siempre había soñado- hice una rapidísima salida a la fortaleza de Rumeli Hisari, orgullosa sobre el Bósforo. Cerca está el cementerio, como bañado en plata, de los turcos caídos en la toma de Constantinopla.

Llegué a Alepo para Año Nuevo. Me instalé unas semanas en Djebail para

«soltarme» en el dialecto sirio del Norte, y allí me recogió Hogarth, que había sido nombrado director de las excavaciones de Karkemish por el Museo Británico. Fuimos a Deraa para tomar el ferrocarril hacia Damasco. Cuando pisé Deraa, sentí un malestar profundo, pero no era enfermedad alguna, sino como un rechazo visceral de aquellas calles. Siempre he pensado que hay fuerzas misteriosas -más, entre cielo y tierra, de las que sueña la filosofía, como dice Hamlet-, que nos alertan, un sentido animal. Lo he experimentado varias veces, en la guerra y en la paz. Cuando perdí en aquella maldita estación el original de *Las siete columnas de la sabiduría*³⁷ la noche antes no pude dormir, sacudido por un lacereante insomnio que hasta me hizo temblar. Una tarde, en El Cairo, estaba leyendo en mi habitación del Shepherd's cuando de repente me sentí helado. Días más tarde supe que en esa fecha -y yo creo que en ese momento- mi hermano Will moría en combate. Y aquel día en Deraa, con Hogarth, algo emanaba del lugar que me desasosegaba profundamente. Creo que era un aviso de lo que allí habría de sucederme³⁸. De Damasco partimos hacia Alepo y en unas mulas, muy escoltados, fuimos a Karkemish, que está a cien kilómetros al noroeste, sobre una acrópolis dolminando el río. Allí, en 1878 George Smith había descubierto unas extrañas esculturas que resultaron ser hititas. El paisaje era agradable y teníamos una casa muy acogedora, que decoramos con alfombras; había una pequeña biblioteca dipuesta en hornacinas a lo largo de los muros, donde coloqué mi Homero, mi Virgilio, mi Montaigne, mi Shakespeare, unos libros del capitán Burton (aunque detestaba su estilo, pero no su locura), Burckhardt y Nieburh, mi Tácito y mi Schopenhauer y algunos libros sobre las Cruzadas. Creo que fui feliz. Tenía la sensación de acariciar mi suerte.

Pasábamos los días entregados al trabajo en las excavaciones, bajo la dirección de Hogarth. El polvo era irrespirable y el sol, asesino; pero de vez en cuando descubríamos una pieza de insondable belleza. Misteriosa. En Karkemish había, capa tras capa, desde restos árabes a bizantinos, romanos, griegos, asirios. Acostumbré a mis pies a caminar descalzo. Yo miraba aquellas extensiones y pensaba --no, más, «los veía»- que por allí habían cruzado los Diez Mil vadeando el Éufrates camino de Cunaxa. El Invierno era muy duro, crudo, con cierzo del Tauro o del Elbruz, pero las primaveras eran espléndidas, todo parecía renacer con los más hermosos colores en una brisa espesa y casi fosforescente. En ocasiones nos visitaban otros locos, como Gerlde Bell, la gran exploradora solitaria, y lady Anne Isabella Noel Blunt, que era nieta de lord Byron, casada además con el poeta Wilfrid Scawen Blunt, quien murió luego en la guerra, y que también era una exploradora de renombre. Había algo en su porte que me ponía nervioso, aunque su conversación era agradable, sin duda interesante y ella era persona muy educada y cordial; pero un extraño brillo en su mirada me turbaba. Fue mucho más estimulante el encuentro, aunque duró pocos días, con Louis Massignon; todos los arqueólogos estábamos en deuda con él por sus investigaciones sobre emplazamientos islámicos. Massignon parecía perpetuamente sumido en una crisis espiritual profunda, con períodos de una considerable depresión, pero al mismo tiempo irradiaba energía y tenía una notable capacidad organizadora. Un día me dijo algo asombroso:

-Amigo mío, lo siento por usted. No ve a Dios en esas piedras.

De cualquier forma, tampoco sé si los hititas eran el mejor testimonio para ver a Dios. No eran Egipto. Sólo son memorables, aparte de por la técnica de los relieves, en el arte de las fortificaciones militares como si el único espíritu que sostuvo su extraño paso por la tierra fuese la pasión conquistadora y vandálica de aquel terrible Supphiluliuma I. Pero los recintos amurallados sí eran dignos de estudio. Y el murallón

³⁷ Fue en la estación de ferrocarril de Reading, a finales de 1919. Perdió el original -ocho de las once partes- y material fotográfico y documentación variá.

³⁸ La violación que sufriría en 1917. Véase el Apéndice.

de ladrillo y piedra de Karkemish era un tesoro.

Karkemish, además, y sobre todo, es la memoria imborrable de Dahum. Imagen de una amistad ardiente como dicen que es el amor y que jamás abandona mi pensamiento, ni aún hoy, cuando ya nada amo: la imagen de Dahum, el brillo de sus ojos inteligentes y sensuales, el calor de su amistad. Cuando lo conocí era un chiquillo de apenas quince años, dulce y bello. Parecía un Antinoo. La primera vez que lo vi estaba sirviendo agua a un grupo de trabajadores. El sudor que cubría su rostro y mojaba sus cabellos le proporcionaba un aire suntuoso, mórbido. Su belleza sedujo mis sentidos y mi inteligencia. No podía dejar de mirarlo. Se dio cuenta de esa emoción y vino corriendo para ofrecerme agua. Sus ojos oscuros de voluptuosa mirada, sus labios casi de mujer. Sonreía constantemente. Su piel era muy blanca y tenía unas manos preciosas³⁹. Hizo que volvieran a mi memoria esos versos de plata de Verlaine: «El más bello de todos los ángeles depravados. Sus dieciséis años, ah. Bajo su corona de flores. Con los brazos cruzados sobre ricos collares, soñaba, y su mirada tenía vivos resplandores...»

Durante todo el tiempo de mi estancia allí, no nos separamos; incluso llegamos a dormir juntos, tanta era la simpatía mutua que nos sugestionaba. Dahum era ese amigo que jamás había tenido, la absoluta complicidad en todo, y además había cierta atracción morbosa que hacía excitante cada segundo. En algún momento incluso me llegué a preguntar si no sentía por él una atracción sexual, que bien hubiera podido despertar su inmensa y ambigua belleza, pero no fue así, o si lo fue no llegó a florecer en relación carnal alguna. Era mi amigo, alguien que me hechizaba con su presencia, con su juventud, con su gracia, cuyas radiaciones avivaban la sensualidad, me excitaban, pero el fulgor de nuestra amistad estaba en la alegría común y continuada de hacer cosas juntos, hablar, reírnos, competir físicamente en largas caminatas y duras faenas. Era algo viril, supongo que como lo que debiera ser normal entre aquellos antiguos que yo tanto veneraba, Alejandro, Epaminondaas... Además le enseñé a leer y a escribir. Y él me relataba mágicas y fascinantes leyendas del desierto y las tribus; tenía una voz muy dulce y a veces, en las largas horas antes de dormimos, me recitaba poemas de la Arabia preislámica conservados por tradición oral en las tribus. Yo le recitaba poemas de la *Corona* de Meleagro que parecían hechos para él.

A finales de Agosto de 1911 la malaria me golpeó de nuevo, y regresé enfermo a Inglaterra. Pero en cuanto me recuperé, volví a Oriente. Como las excavaciones en Karkemish se habían interrumpido, entre otras razones por las obras del ferrocarril Berlín Bagdad, y los alemanes, aliados de los turcos, estaban construyendo un puente cerca, me las apañé para que me mandasen con una beca a Karf-Ammar, en Egipto, donde estaba excavando sir William Flinders Petrie. Allí aguardé hasta que se reiniciaron las excavaciones en Karkemish, donde Hogarth había sido reemplazado por Leonard Wooley, y donde me esperaba mi amado Dahum.

Aparte de algún viaje a Inglaterra, aunque muy rápido, y unas cuantas visitas a ciertas zonas de Mesopotamia, continué trabajando en Karkemish hasta el Verano de 1914⁴⁰. Dahum y yo hicimos muchos hallazgos y un viaje inolvidable a Misyaf, donde había vivido el Viejo de la Montaña. Pero el conflicto de las potencias ya resonaba en el horizonte, y la cercanía de los alemanes y la alianza turca hacía difícil nuestra continuidad. En uno de los viajes a Oxford llevé conmigo a Dahum y a otro amigo sirio,

³⁹ Era de piel muy blanca. El sobrenombre *Dahum* -de la voz *Tethum* que en la Biblia significa la obscuridad del caos anterior a la creación-, «el Oscuro de pie o más exactamente: «como la noche oscura cuando no hay Luna»-, era una broma precisamente por su blancura. Su verdadero nombre era Ahmed, y seguramente es el S. A. -Sheik Ahmed- de la dedicatoria de *Las siete columnas de la sabiduría*.

⁴⁰ Véase el Apéndice.

pero no fue una estancia agradable, pues el racismo de mis compatriotas dio lugar a algunas situaciones desafortunadas. Pocos entendían o aceptaban su presencia como uno más de nosotros. Dahum se sentía triste, y decidí regresar a Karkemish. Aprovechamos el escaso trabajo en las excavaciones para visitar Urfa, la Edesa de los cruzados, que yo ya conocía, pero que nunca me cansaba de admirar, especialmente su castillo y las cúpulas de cerámica de su mezquita. Fuimos a Antioquía. A mi juicio Antioquía es uno de esos puntos cruciales en la cultura del mundo; allí había luchado Bohemundo a finales del siglo XI y la toma de la ciudad fue la gran esperanza del Occidente cristiano. Cuando tocaba aquella tierra tocaba la tierra donde se asentó el campamento del obispo de Puy, cerca del Silpio; en las puertas de San Pablo escuchaba el clamor de las trompetas de Bohemundo. Una tarde, sentados en las ruinas de la muralla de Justiniano que emergiendo del río parecían clavarse en las montañas, le dije a Dahum:

-Herraban con oro sus corceles, como dice el verso.

-No -me dijo él-. Con fama.

Todos esos viajes iban acondicionándome física y mentalmente para la vida en el desierto. Ya podía andar descalzo sin lastimarme y sin sentir dolor. Me sentía bien bajo aquel sol. Hasta parecía estimularme. Amaba hasta la costra de sudor y polvo sobre mi piel y hasta los piojos. Adoraba la sensación de ese primer café con azúcar en la frialdad del amanecer. Ya era un árabe. O así me lo imaginaba. Europa era «lo extraño». Fuimos también a Harñan y a Rum Kalaat, pero allí recaí en mi malaria y además se me presentó una molestísima y peligrosa infección en los dientes. Me encontraba tan mal que tras unos días de reposo inútiles en Alepo, tuve que regresar a Inglaterra. Dahum no se separó de mi cabecera en todos aquellos días. Ah, la frescura de su mano en mi frente...

A principios de 1914, cuando ya la guerra pasó de «probable» a «inevitable», el Servicio de Inteligencia inglés consideró imprescindible un conocimiento exacto del Sinaí. Kitchener envió al capitán Newcombe y -seguramente porque Hogarth les habría hablado de mis aptitudes- me llamaron invitándome a acompañarle en el levantamiento de mapas. Fue mi primer contacto con el Ejército. Me contrataron para la Sección Cartográfica a las órdenes de Dawson y permitieron que Dahum me acompañase en la expedición. Durante mes y medio recorrimos el Sinaí

Corto. El capitán quiere verme: Supongo que algún otro telegrama de Londres. Más instrucciones sobre mi «comportamiento». «Usted, un soldado...»; «Es conveniente no alimentar esos rumores...»; «Ha sido lamentable que en estos momentos...» ¿Qué quieren? Que hagan conmigo lo que les plazca, pero que me dejen en paz.

No era nada. Decirme que zarparemos pasado mañana.

Sigo con esta estúpida historia.

Durante mes y medio recorrimos el Sinaí, levantando mapas y localizando pozos. Fue un viaje aburrido, porque había poco que conversar con los militares y tampoco Dahum y yo podíamos permitirnos ciertas «licencias» en nuestro trato, ante sus ojos. Pasamos muchas horas dedicados a las tareas cartográficas, y también tratando de localizar algunas ruinas bizantinas que yo sabía que existían en aquella desolación. Durante las horas de más calor -casi inmóviles a la sombra de nuestras tiendas- leía: me había llevado algunos libros y aproveché para saborear lentamente las *Memorias de ultratumba* de Chateaubriand y a mi viejo Montaigne. Recuerdo cómo me impresionó el relato de aquel soldado francés, solo en la inmensidad helada, sobreviviendo en el interior de un caballo al que había destripado para esconderse y tener calor.

Aquella colaboración con el Ejército, aun como civil, fue el comienzo de mis actividades en la Inteligencia militar. Cuánto sucedería desde ese día, sobre esas tierras desoladas, cuánta sangre. La guerra se llevaría mi pasado, como me apartó de Dahum, y como el viento del desierto borra las huellas, el viento de esos años se ha llevado todo, hasta la más recóndita gana de vivir.

Todo ese vertiginoso pasar de imágenes de mi vida confluía aquella tarde en Uadi Ais, bajo la inmensa soledad del desierto. La vida, siguiendo qué oscuro plan, me había conducido hasta ese instante en que cabalgaría a la cabeza de una rebelión inconcebible en estos tiempos, pero que era la culminación de todos mis sueños. Misteriosamente, algo me había señalado para avivar junto a Feysal esas tribus indomables y conducir las a la victoria. ¿Pero qué victoria? ¿Es preciso que el destino nos ciegue para que podamos cumplirlo en gestas de esa naturaleza? ¿O todo es mucho más sencillo? Alguien que no tenía sitio en ningún lugar, que despreciaba la mediocridad de su tiempo, las formas de vida que la democracia había desarrollado en su sociedad, y que además amaba desesperadamente aquellas tierras y el sentido de la vida de sus gentes, se encontró por casualidad en medio de la tormenta de la Rebelión árabe, con posibilidades de participar en ella, y con la amistad de alguien tan grande como Feysal, a quien servían las cualidades de ese hombre. Acaso eso fue todo. Hasta Aqaba yo todavía confiaba en que esa lucha crearía un nuevo mundo Árabe sobre el que Feysal reinaría desde Siria. Y yo junto a él. Después de Aqaba comprendí que no lo lograría. Pero seguí luchando, y aún más encarnizadamente. Lo que sucedió es que todos mis actos eran saltos sin red sobre la nada. Su sentido había desaparecido. Sólo quedaba «el ruido y la furia» que tonificaban mi alma, saber que allí, en aquel mundo y durante aquella guerra, se me concedía un destino, una posibilidad de grandeza, de tocar la carne de la leyenda, que mi tiempo ya había clausurado. En vez de suicidarme, luché; aquellos momentos de valor, de miedo, de exaltación, de gloria, de sangre y amistad, eran como el Arte, que cuando sucede nos hace olvidar el absurdo y la pobreza de la vida.

Desgraciadamente -o afortunadamente, si la lucidez sirve para algo- ya ni esos «relámpagos» tan artísticos me sirven. Ya no me los «creo». Y a veces no puedo dejar de recordar con cierta conmiseración a ese disfrazado de árabe que se estremecía de placer cada vez que aquel ejército de suicidas clamaba a su paso «¡Aurens!» «¡Aurens!» «¡Aurens!»

Qué redonda habría quedado la historia si una bala perdida de un turco, hubiera encontrado entonces mi cabeza.

Aqaba. Aqaba fue mi hora, hoy lo veo, más acaso que Damasco. Fue el punto de intersección del pasado y del futuro.

Hablé con el Emir Abdullah de mi plan para tomar Aqaba por el este. Abdullah parecía poco interesado. En realidad sus mayores preocupaciones eran el ajedrez y - ¡Dios sabe para qué!- analizar sobre complicados planos el desarrollo de la batalla del Somme. Me dijo:

-No debemos meter las tropas en el Yunque del Sol. Podemos perder muchos hombres. Está escrito que tomaremos Aqaba. La conquistaremos como es militarmente correcto. Además, son tus ingleses quienes deben tomarla. Nosotros debemos esperar a que nos la entreguen. Fruta madura.

-No tendréis sino lo que cojáis -le dije.

Pero no atendía a razones. Vi que en su campamento tenía poco que hacer. Así que en cuanto mi salud mejoró, le pedí permiso para organizar un pequeño grupo de guerreros y volar algunos puntos del tendido del ferrocarril turco. Me dijo que hiciera lo que quisiera y me ofreció al Jerife Shakir como segundo, comandando una tropa de

trescientos beduinos. En la madrugada del 2 de Marzo de 1917 puse mi primera mina en la línea de El Higaz, cerca de Aba el Naam. No conseguimos mucho, porque no contábamos sino con gelatina explosiva, y no era suficiente para volar una locomotora, pero al menos destrozamos el tendido e hicimos algunos prisioneros. Tuve la mala suerte de que me picara un escorpión; el dolor era muy fuerte y me produjo un malestar que me impedía continuar la misión. Volé otro tren -mal que bien- y volvimos al campamento. Abdullah seguía sin entender mis planes. Así que regresé de inmediato a Wejh, junto a Feysal.

Feysal sí comprendió perfectamente mis ideas. Se entusiasmó con ellas. Dijo que mientras yo emprendía la campaña de Aqaba, él cortaría la línea de El Higaz y atacaría Medina. Con los turcos incomunicados, Aqaba sería el punto de partida de la marcha hacia el Norte.

-Desde la primera vez que te vi -me dijo- sabía que tú me darías Damasco.

Una vez aprobado el plan de Aqaba, me dijo que en esa expedición me acompañaría un guerrero excepcional. Yo había oído hablar de él, pero nunca lo había visto. Durante mi ausencia había llegado al campamento de Feysal. Era Auda abu Tayi, jefe de los hoveitah. Feysal lo mandó llamar y poco después entraba en la tienda. Fue la única vez que vi a Feysal levantarse para recibir a alguien. Era su homenaje al valor de un guerrero. Auda abu Tayi era un hombre de cincuenta años, aunque igual hubiera podido adjudicarle cuarenta que sesenta, de estatura normal, muy delgado, nervudo, con ojos penetrantes y hermosos y una barba cortada al estilo hoveitah. Vestía el traje blanco de algodón de las tribus norteañas y se cubría con una *quffiya* color rojo, del Mosul. A su lado, algo detrás, estaba su hijo de once años, que ya acompañaba a su padre en las correrías. Auda era una figura legendaria del desierto. Casado veintiocho veces tenía muchísimos hijos. Había sido herido trece veces en combate y había matado por mano a setenta y cinco hombres... «sin contar turcos», solía decir riendo. Robaba a los sedentarios del desierto de Siria y su vida era la guerra y el botín. Desprendía energía, decisión. Brillaba como el sudor de su caballo. Parecía encarnar como nadie la furia de aquellos versos de Mutanabbi: «Guerreros de pelo crespo que afrontan la muerte sonriendo como si el perecer fuese su único fin. Árabe como linaje era su bandera.»

Me di cuenta de que Auda era lo que nos faltaba Porque nadie como él encarnaba esa décima parte de irracionalidad, pero de instinto, que es el misterio de las victorias. Él era esa figura salvaje y triunfal que yo había soñado leyendo sobre los cruzados despedazándose sobre aquella tierra de violencia por un afán de victoria y oro. Auda se sabía de memoria una gran cantidad de viejos poemas guerreros que cantaban esas gestas del desierto, y los recitaba junto al fuego de las hogueras muy consciente de que él sería cantado algún día, de que él formaba parte de esa épica. Cuando le expuse mis planes para tomar Aqaba, me dijo:

-Seremos como el rayo.

Y puso a todos sus hombres a disposición de su señor Feysal.

Auda abu Tayi es el hombre más extraordinario que he conocido. Sé que si estuviera ahora junto mí, en esta ratonera, me llamaría cobarde. Auda no entendía que la cabeza de un hombre pueda apagar todos sus fuegos y entregarse atado de pies y manos a la destrucción. No sabía de sueños devastados, al menos de ninguno que no sanara con su espada. Tenía mucho más claro que ninguno que yo haya conocido, para qué estamos aquí: para vivir. Y vivir era para él la libertad de no estar sujeto a más ley que la que aceptase por respetarla -pero no leyes escritas, sino la palabra de otro hombre al que acatase-. Sé que me diría: «Levántate de esa silla, maldito cobarde. Si no soportas la idea de volver a Inglaterra, sal de este barco. Si te lo impiden, mata. Si son muchos,

mata hasta que te maten a ti. Pero cae como un hombre. Que puedan recordarte.» O me diría: «Vamos juntos. Lucharé a tu lado. Vuelve conmigo a Uadi Rumm. Cabalgaremos y saquearemos pueblos, venceremos a reyes, veremos ríos de oro. Tendrás todas las mujeres que quieras. Por la noche, con el estómago lleno, escucharemos al recitador que nos embelese con sus viejas leyendas. ¡Pero levántate de ahí!»

No entendería que no puedo. Que sí conozco una forma de salir de aquí, pero que no es volver con él ni morir matando, sino usar el revólver que me espera en el cajón de esta mesa.

El 9 de Mayo de 1917 nos pusimos en marcha. Yo iba delante, junto al Jerife Nasir, a quien Feyssal había nombrado jefe de la expedición. Detrás de nosotros ondeaban las enseñas rojas de Feyssal que llenaríamos de gloria, y a mi lado cabalgaba Auda, firme, radiante, y dos sirios que eran los representantes políticos de Feyssal y una escolta de ageylish. Feyssal me había regalado una magnífica camella, obsequio a su vez del Rey Ibn Seud al Jerife Hussein, y que era la admiración de todos. La fortaleza de aquel animal me daba mucha seguridad. También me dio su gumía. No podíamos llevar mucha comida -sólo cuarenta y cinco libras de harina por hombre- ni demasiados pertrechos: gelatina explosiva para minar las vías y veinte mil libras de oro que nos había entregado Feyssal para comprar a las tribus. Yo eché en mi mochila *La chanson de Roland*, *La muerte de Arturo*, el *Oxford book of English verse*, las *Comedias* de Aristófanes y las obras de Shakespeare. El plan consistía en ir hacia el Norte atravesando el Yunque del Sol, llegar a Uadi Shirham, reclutar a las tribus hoveitah y a quienes pudiéramos, y girando después hacia el sudoeste, reagruparnos y atacar Aqaba. En un viaje de más de mil kilómetros y por desiertos terribles, pero nadie nos esperaría y podríamos vencer.

Recuerdo aquellas cabalgadas bajo un sol abrasador. Auda iba delante, mirando fijo al horizonte en silencio. El Jerife Nasir, hombre de probada valentía, acompañaba nuestro camino con sus melancólicos relatos y poemas beduinos; ah, cómo vivían en sus palabras el brillo de unos ojos ante un cofre lleno de monedas de oro, las lamentaciones de los héroes ante las cenizas del campamento de su amada... Aquel ejército de hombres atezados, magros, sucios, casi sin armas, con sus ropas tintadas con alheña, como una llamarada sobre el desierto, llenaban mi corazón de algo más allá de la alegría. Hombres de leyenda que avanzaban como por un espejismo. El aire era un horno. La tierra quemaba y empezaron a salirnos ampollas en los pies y en los brazos. También los piojos nos molestaban. Pero todo, como el inmenso viaje que teníamos por delante y los espantosos desiertos que deberíamos atravesar, eran nada ante nuestra ilusión.

Cómo resumían esa esperanza y esa decisión, las palabras que me dijo un jujeina una vez que me acerqué a él, que iba afilando pacientemente, mientras cabalgaba, su gumía:

-Para turcos. Cuellos. Cuellos. Luego, oro.

Decidimos descansar un par de días en el oasis de El Kurr, que era como una esmeralda en aquella extensión desolada. Sólo tenía un habitante, el viejo Dhaif Allah, que cuidaba el oasis como si fuera un jardín. Desde allí nos encaminamos a las gargantas del Uadi Jizil. Estábamos descansando en Uadi Jizil cuando se me acercaron dos muchachos ageylish. Eran casi adolescentes y muy hermosos, con esos ojos luminosos de los hijos del desierto. Me dijeron que querían servirme. Se llamaban Othman y Alí⁴¹!. Alí parecía una muchacha. Los acepté, sobre todo porque pensé que conmigo llevarían mejor vida que sin mi protección. Además Othman era un verdadero artista en untar con manteca a los camellos para aliviarlos de la sarna de la cara.

⁴¹ En *Las siete columnas de la sabiduría y Rebelión en el desierto* los llama Daud y Farraj.

A partir de Uadi Jizil, Auda fue el guía de la expedición. Cabalgaba a la cabeza, siempre mirando fijo hacia el horizonte, enhiesto sobre su camello, con los codos hacia fuera y las manos oscilando en el aire a la altura de los hombros. Pasamos la llanura de arena del Shegg y alcanzamos el tendido del ferrocarril. La cruzamos y nos internamos en el desierto.

Esa zona del Este donde pronto nos adentramos es el peor territorio que he conocido jamás. Aunque resultaba fascinante. Los beduinos lo llamaban el Houl, el Yunque del Sol.⁴² Un espacio inmenso sin vida alguna. No se veía ni un pájaro. Era como si hasta el polvo estuviera detenido en el aire, como un velo ante un fondo azul tenue. Se nos agrietaban los labios y la piel por el aire ardiente y los párpados se encogían. De vez en cuando pasábamos sobre zonas de barro pulido, el terrible *ghiaan*, blanco y liso como un espejo, que reflejaba la luz del sol tan intensamente que cegaba al mirarlo fijamente. Había que caminar sin mirarlo. Yo ya había aprendido las artimañas beduinas de untarme los párpados con *khol*, y eso me ayudaba a soportarlo. Pero las jornadas eran muy fatigosas. No se escuchaba ni una canción ni una palabra. Cabalgábamos en silencio absoluto, muchas horas con los ojos cerrados, enteramente envueltos por la *quffiya*. El sudor me empapaba y notaba cómo los piojos se deslizaban por la carne húmeda. La garganta se secaba tanto que no podía ni tragar saliva. El silencio era atroz; sólo se escuchaba el resonar de las pisadas de los camellos. Si abría los ojos, era como si metiera la cara en un flexo encendido. El Yunque del Sol era el centro de la desolación. Una roca de fuego. Sólo las noches eran bellísimas, serenas, frescas y cuajadas de estrellas.

Alcanzamos afortunadamente el único pozo que había, ya casi al final de aquel Infierno. Aunque el agua tenía mal sabor, nos pareció gloria pura, pero no pudimos llenar nuestros odres, porque se corrompía a poco de sacarla. Los camellos se recobraron y nosotros bebimos cuanto pudimos, dispuesto a encarar el último tramo.

-¿Sabías que esto estaba en el mundo, inglés? -me dijo Auda, sonriendo con sorna.

-Cuando lleguemos a Uadi Shirham irás mirando mi espalda -le contesté.

Auda se echó a reír:

-Estás loco, inglés. Pero Alá quiere a los locos

Cuando estábamos ya cerca de salir del Yunque del Sol, nos dimos cuenta de que faltaba un guerrero, un tal Gassim. Se había quedado atrás y perdido. Nadie quería volver a buscarlo, con ese fatalismo árabe que tomaba por sino aquella condena a muerte. Pero yo no. Recobrar a Gassim, sacarlo de las garras infernales del Yunque, volver con él, era algo que se me impuso; arrebatárselo a la muerte, como si esa victoria fuera una garantía del triunfo de nuestra voluntad, de mi voluntad, en aquella guerra. Me adentré, contra los ruegos de todos, que me daban ya también por perdido, en aquel Yunque de fuego. Fue espantoso. Pero lo encontré, lo salvé, y volví con él a nuestro campamento. Cuando ya estaba cerca tuve la alegría de ver una figura que se me acercaba sobre las arenas. Era Auda, que, imagino que no por Gassim, sino por mí, también había desafiado a la muerte y venía a buscarme.

Después del Yunque nos adentramos en el extremo Oeste del Nefud. Primero fue una raya roja en el horizonte, como un espejismo. Luego eran olas rojizas, ese desierto rojo de la Arabia central que se extendía hasta allí. Matorrales de yerta, parecidos a las viñas, bordeaban agujeros como pisadas de caballos en el barro, pero enormes: los *fuljs*, que pueden llegar a medir trescientos metros y hondonadas de casi ochenta. De pronto vi cruzar unos avestruces y pensé que era un espejismo. El sol reflejado en la arena rojiza destellaba inmensamente bello. Me acordé de Gertrudis Bell, que lo había

⁴² Se adentraron en el Yunque del Sol el 20 de mayo. El 2 de junio ya estaban en Uadi Shirham

desafiado casi en solitario.

A lo largo de interminables jornadas, cabalgando lentamente, mientras amasaba con mis dedos mendrugos y manteca -luego los espolvoreaba con un poco de azúcar, y así podía alimentarme sin detenernos- medité mucho sobre táctica y estrategia. Analizaba las ideas de Gustavo Adolfo de Suecia y su obsesión, como la mía, por la movilidad. Esa movilidad precisa una disciplina absoluta. Yo había estudiado bien su forma de conducir las retiradas, y envidiaba su facultad, como la de Wellington, para adivinar las intenciones del enemigo y «eso» que puede haber detrás de la colina. Era lo que ya había dicho Filipo de Macedonia: la movilidad, que hasta para la falange era difícil; atacar, evadir el ataque del enemigo, destruirlo y acabarlo en su huida. También admiraba -y admiro- mucho a Jeb Stuart, aquel gran caballero del Sur, y lo imaginaba al frente de esas cargas de caballería que lo han hecho inmortal. Moltke también pensaba que el movimiento es el alma de la guerra. No estaba de acuerdo en cambio con Foch, para quien la ofensiva era el caballo de batalla, y sigo creyendo que su fe era excesiva en ese movimiento, sobre todo teniendo en cuenta la potencia de fuego de las armas de hoy. El modelo de mis movimientos con mis beduinos era la acción de guerrillas de los españoles cuando la guerra contra Napoleón y la de los bóers después de Paardeberg. Era básico que las unidades fueran lo más autónomas y móviles y autosuficientes, y había que reforzarlas en lo posible con carros de combate. Me dio mucha alegría cuando años después leí el trabajo de Liddell Hart y sus tres máximas: fijar, maniobrar, explotar.

El paso del Nefud fue terrible. El desierto estropeaba nuestros fusiles Lewis; no así los dos o tres Hotchkiss que llevábamos, uno de ellos el de Auda, que resistían mejor la arena. La sarna empezó a extenderse y los piojos no nos dejaban dormir. Tuvimos también una terrible tormenta de arena. De improviso el cielo se oscureció y el viento se levantó violentamente; la arena centelleaba en el aire. El paisaje fue oscureciéndose y el sol lucía, como muy lejos, a través de esa bruma de polvo, como un farol en la niebla de Londres. Los camellos lo presintieron antes que nosotros. Se apretujaban entre ellos con la cabeza agachada. Todo quedó envuelto en una bruma amarilla donde empezaron a volar algunas ropas. Era impresionante. Nunca había visto una tormenta así, ni siquiera en otros lugares de Arabia o de Siria. De pronto se destacó entre la bruma de polvo una gacela perseguida por una hiena. Me cubrí el rostro, como todos, pero daba igual, el polvo y la arena penetraban nuestras ropas clavándonos con millones de alfileres. Estuve a punto de caer en un *hadoda*, esos hoyos de arena asesinos. Ya casi no nos quedaba agua, y la poca que había en los odres, pastosa, salobre, estaba medio corrompida.

Por fin tocamos esa tierra «más allá del desierto», Shirham y sus pozos. Uadi Shirham, en medio de una llanura rocosa, era de una blancura deslumbrante, y en un extremo, emergiendo de un bloque como sal, irreales, se alzaban las ruinas del castillo de Marid. El príncipe Nuri Shalaam, de los Rualia un anciano vigoroso, era el dueño de aquel territorio. Acampamos en Jobba, el único palmeral de aquel inmenso secadal, junto al pozo. Jobba es un fantasmagórico espacio desnudo a 150 metros bajo el nivel del Nefud, de unos cinco kilómetros de largo. Daba la impresión de un lago que se hubiera secado. La aldea estaba en el borde, con muros almenados. Todo envuelto en un aire gris púrpura como rayado de amarillo, con un paramento negro en lo alto. Era un buen lugar; todos necesitábamos unas jornadas de descanso, y allí los camellos tenían todo el nassi que precisaran.

¡Joder, hay más piojos en este camarote que había allí!

Nuri Shalaam nos dijo que los hoveitah estaban acampados muy cerca. Establecimos un campamento para algunos días con el fin de que fuese centro de

reagrupamiento de las tropas para que pudiéramos someterlas a una mínima instrucción. Le pagamos Nuri Shalaam seis mil libras de oro por permitirnos estar en sus tierras y para que cuidara de las familias de los guerreros que tomarían parte en la toma de Aqaba. Y desde luego, durante los días que estuvimos allí, la hospitalidad de los rualia fue señorial. Todos los miembros significados de la tribu se esforzaban por atendernos a cual mejor, nos invitaban a comer dos veces al día, y acabamos hartos de aquellos inmensos calderos de estaño llenos a rebosar de arroz y carnero y aquellos condenados huevos de avestruz. Nos festejaron con carreras de camellas y cacerías, y por la noche los contadores de cuentos nos distraían. Lo peor de Jobba fue la plaga de serpientes que nos afligió. Ya habíamos sufrido en otros momentos la presencia de estos reptiles malditos, pero en Jobba fue terrible, estaban por todas partes, se metían en las tiendas y atacaban a los hombres; no podíamos ir sin un palo para remover los matorrales a nuestro paso, pues las víboras y sobre todo las serpientes negras parecían poseídas de furor venenoso, y hasta por la noche, cuando dormíamos, se metían entre las tiendas. Matábamos más de treinta diarias, pero era inútil.

La última noche en Jobba sucedió algo que todavía no sé si adjudicar al terreno de la sensualidad o al de lo sagrado, o acaso sean lo mismo. No he sido nunca un hombre atraído por los placeres de la carne, al menos en lo que casi todo el mundo considera normales expansiones de su sexualidad. A veces he pensado si sería por timidez, aunque no lo creo, pero durante toda mi vida -y sobre todo en Oxford había incontables tentaciones- me mantuve apartado de cualquier relación física con nadie. Ni siquiera cuando alguien me ha atraído de forma intensísima, y sólo me ha sucedido en dos ocasiones: con la hermosa Janet Laurie, que era hija de unos vecinos nuestros en Langley Lodge, cuando yo tenía siete años, y que era de mi edad, y a la que continué viendo en Oxford, chiquilla muy atractiva, de boca jugosa y ojos hermosísimos, y con la que en alguna ocasión estuve a punto de una mayor intimidad; y con mi amado Dahum, aunque llegamos a dormir juntos y desnudos. Ni siquiera en esos dos casos se me pasó por la cabeza -o tuve acaso voluntad- de forzar ciertos límites. No me repugnaba -hoy sí- la carne; pero creía que esa definitiva verdad de los cuerpos desnudos y entregados a su satisfacción, modificaba inexorablemente, pervertía el equilibrio perfecto de una relación donde «sucédían» cosas para mí más valiosas, más perdurables, más ricas que la fugaz complacencia sensual. He sido siempre alguien que ha reducido la sexualidad a sus sueños, y éstos tampoco muy obsesivos. Ni siquiera me he masturbado con frecuencia, y cuando lo hago mis fantasías suceden con mujeres, no con hombres. La masturbación me ha bastado, y me ha evitado eso que quizá es lo que me ha resultado insoportable siempre: entregar a alguien mi soledad, lo que soy.

Pero aquella noche en Jobba sucedió algo que abrasó mis sentidos y mi mente. Habíamos cenado y después de tomar ese café tres veces hervido de los beduinos y que yo había llegado a apreciar, sobre todo cuando se perfumaba con granos de cardamomo, todos se retiraron a descansar. La noche era hermosísima, se sentía esa «influencia» de la Luna de que habla Shakespeare en *Antonio y Cleopatra*, como si de las espesas vigas que sostuvieran el orbe descendiera sobre aquel lugar el derretirse de esa «influencia».

Me tumbé boca arriba en una piedra grande, después de haber inspeccionado bien que no hubiera serpientes, y me puse a contemplar el firmamento. Era hechizante. De pronto, del lado del pozo, escuché unas risas juveniles. Escuché durante un rato, y a las risas oí añadirse suspiros. Me acerqué con cuidado, y a la luz de la Luna vi a mis dos jovencísimos criados, Alí y Othman, que, recostados y desnudos, parecían jugar con sus cuerpos con una inefable alegría.

Eran tan jóvenes y tan hermosos. Muchas veces, a lo largo del tiempo que me servían, los había contemplado con arrobos. Los cuerpos esbeltos y morenos, las piernas

largas, sus miradas mórbidas. Pero como antes decía, era una forma vaga y extraña de deseo, no exactamente sexual. Pero aquella noche en Jobba, viéndolos desnudos y acariciándose sus cuerpos, noté que una fuerte sensación ansiosa iba apoderándose de mí. La notaba en el vientre, en mi piel una intensidad caliente y avasalladora. Ellos se besaban, ajenos a mí, y se masturbaban uno al otro. Sentí una erección tan potente que casi me dolía. Me di cuenta de que mientras los miraba estaba yo acaiciándome a mí mismo. Debieron darse cuenta de que alguien los espía, y miraron hacia donde yo estaba. Al verme, se echaron a reír y, nada cohibidos, extendieron sus manos hacia mí, como llamándome a compartir con ellos el gozo de aquella hora Lunar y de plenitud.

Como atraído por una fuerza irresistible, avancé hacia ellos, que seguían riendo y llamándome, y me tumbé entre los dos. Othman y Alí empezaron a desnudarme mientras seguían con sus juegos. Sentí el calor de sus cuerpos contra el mío, la humedad de sus bocas, la dureza de su virilidad contra mi carne. Olían intensamente, una mezcla de sudor y esperma y suciedad. Uno me besaba en la boca mientras el otro me lamía todo el cuerpo, mis muslos, mi vientre, mi sexo, mi pecho.

-¿Te gusta así, mi señor? -decía Alí entre suspiros-. ¿Qué quieres que te hagamos?

Yo no podía hablar. El corazón me latía con furia, como si fuera a reventarme el pecho. Un ansia lujuriosa que al mismo tiempo era luz y plenitud y pérdida de toda razón, un éxtasis que anulaba el mundo, que abolía cuanto no fuese la fiebre de mi carne, esa embriaguez para mí desconocida hasta aquella noche, y que era como una mano de fuego que me arrancase el vientre, que me despellejase y lanzara esos despojos más allá de la vida. Ah, ¿era eso? ¿Era eso lo que pasaba? Si en aquel instante me hubieran dicho: mata. Comete la mayor infamia, o esto cesará. Todo cuanto eres, o cinco segundos de este placer; no, más que placer, es otra cosa, salvaje, sublime, animal, despiadada... Todo era menos que aquel delirio que atravesaba la desolación de la muerte y hacía comulgar a lo que yo fuese con la carne y la sangre del Universo.

Cerré los ojos y los dejé que me acariciaran a su gusto. Notaba los labios húmedos de aquellos dos muchachos restregarse por mi cuello, por mis brazos; sentí que me besaban la polla mientras unos dedos ávidos pasaban entre mis muslos y se hundían entre mis nalgas, acariciando mi ano. El calor de la boca y la suavidad de la lengua de Othman tensaron mi erección hasta casi lo insoportable. No podía resistir más. Abrí los ojos y contemplé su belleza rendida entre mis piernas, chupando cada vez más glotonamente. Me corrí en su boca. Alí se dio cuenta y me abrazó con temura. Othman succionó hasta la última gota de mis jugos, y permaneció unos momentos reclinado sobre mis muslos, sin sacarme de su boca. Mi esperma se le salía por las comisuras de los labios. Fue un placer tan intenso, que aún hoy, después de tantos años, me enerva y sólo con recordar aquel momento vuelvo a sentir una erección brutal. Estoy escribiendo y con la otra mano me estoy masturbando.

Pero aquel orgasmo no me aplacó. Era como si la furia desatada en mis entrañas fuera fósforo. Continuaba excitado, aún más que antes. Quería más, más, más. Alí y Othman se recostaron contra mí. Despedían un calor pringoso. Siguieron acariciándome -«¿Te ha gustado, mi señor?», susurraban-. Yo los acariciaba. Tomé en mi mano el miembro de Alí y lo masturbé, notaba aquella virilidad extraordinaria y caliente dura en la palma de mi mano, y luego el chorro caliente de su orgasmo sobre mis piernas. No hablábamos. Sólo nos acariciábamos entre suspiros apasionados, nos mordíamos. Sin que yo se lo pidiera, noté que Alí, suavemente, iba girándose hasta poner sus nalgas contra mi sexo. Mientras tanto, Othman besaba las axilas de Alí, su pubis, su vientre... Poco a poco Alí fue apretándose contra mí, y sus nalgas parecían abrirse suaves y húmedas a la dureza de mi polla. Sentí un deseo inexorable, avasallador, fabuloso, de derramarme en esa carne.

Abracé a Alí y besé su nuca. Alí se apretó más aún y con sus manos separó sus nalgas. Se colocó mi miembro en su ano, y apretó. Apretó, mientras gemía. Othman mientras tanto nos acariciaba a los dos. Los gemidos de Alí me excitaron más aún. Ahora era yo quien apretaba. Noté cómo mi polla iba hundiéndose en su culo. Mirándolo, sus cabellos largos, su espalda arqueada y ambigua de muchacho, la cintura y las caderas flexibles, sus nalgas levantadas hacia mí, que las hacía parecer más grandes y redondas... ¿era un muchacho, era una mujer? No era nada de eso, sino una criatura de la sexualidad, un ángel de la dicha.

Lo abracé fuertemente y besé su espalda, hundi mi cara en los rizos de su nuca, aspiré su olor penetrante, acre. Sentí la plenitud de un orgasmo que parecía arrancarme la columna vertebral y que se expandía como lava dentro de Alí. Su culo se apretó como si quisiera partirme la polla. Seguí golpeando furiosa, salvajemente, como un poseído, hasta que, exhausto, como si de pronto hubiera descendido sobre mí la más absoluta insensibilidad -por unos instantes no supe quién era ni dónde me encontraba-, me derrumbé abrazado a aquel cuerpo y mi mente se hundió en una especie de nada blanda, mucilaginoso. Debí de permanecer mucho rato así. Sólo percibía -pero era una sensación extraña, y en algún momento repulsiva- el contacto de aquellos dos animalillos que se habían quedado dormidos abrazándose.

Cuando la luz empezó a levantarse, regresé apresuradamente al campamento. Me sentí muy mal. Una mezcla viciosa de vergüenza, irrealidad, miedo. Me daba miedo «eso» que había descubierto en mí, esa excitación que, una vez permitida, desencadenada, iba más allá de mi control. No podía soportar la idea de que ahora alguien -aquellos dos pervertidos- pudiera poseer parte de mí, de mi voluntad, de mi yo.

Jamás volvió a repetirse una situación parecida. Y es cierto que tampoco Alí ni Othman -debieron percibir (aunque para sus costumbres aquella noche no fuera un gozo reprochable) mi voluntad de considerarla como no sucedida- volvieron a insinuar invitación alguna ni noté en su comportamiento licencia alguna que supusiera el menor trato íntimo conmigo. Fue como si esa noche nunca hubiera pasado. A veces sorprendía un destello de ternura en sus miradas, pero no volvieron a dar un paso en ese sentido.

Qué misteriosa, bestial, fantástica, insondable es nuestra sexualidad. Qué aberración. No es nada natural. Es el cofre de oro rodeado y defendido por serpientes. ¿Por qué, habitándonos, es la desconocida, la gran «succión» hacia el abismo de nuestro verdadero rostro? Pienso ahora, sobre todo después de mis atroces contactos -atroces, sí, pero jubilosos- con aquellas bestias del puerto⁴³, que la experiencia profunda, devastadora, de la sexualidad, no es menos intensa ni quizá de otro orden que la de la santidad. Es el mismo éxtasis de disolución en ese latigazo de dicha que nada explica, pero que nos confirma. ¿A quién, qué adora la polla cuando se pone tan dura que parece que va a reventar? ¿Y que nos anonada, fundiéndonos a esa luz inexplicable del origen, en el momento de correr? ¿Qué tocamos ahí? Cuando nos corremos de verdad. Porque hay muchos grados de sexualidad, algunos de ellos inodoros, incoloros e insípidos. Pero cuando correrse es la apoteosis de una fuerza brutal que ha aplastado todo cuanto no es ella misma... Cuando, como aquella noche con Alí, el chorro caliente de esperma estallando en sus entrañas, no era sólo un orgasmo, sino la mano de Quién, que nos estrujaba hasta hacernos un solo ser más allá de muerte.

Esa plenitud letal...

Tuve que cortar. El calor es espeso esta noche, insoportable. Pedí permiso para

⁴³ Se refiere a hechos sucedido s en 1923, de los que en su momento dan cuenta estas memorias

salir a cubierta. Pero ha sido igual. Un aire pegajoso, pestilente. Ojalá zarpemos pronto. En alta mar será mejor.

Estaba tumbado mirando el cielo cuando un marinero de los que me vigilan se me ha acercado y como quien le habla a Dios, balbuciente, me ha dicho:

-Usted es Lawrence de Arabia. Quiero que sepa señor, que usted ha sido decisivo en mi vida. Cuando yo tenía diez años usted se convirtió en mi ídolo. No he hecho en mi vida sino tratar de imitarlo. Todas sus aventuras... Y poder estar ahora, aquí, esta noche, estar viéndolo, y poder hablar con usted... ¿Puedo estrechar su mano?

Le he dado la mano y he notado cómo se estremecía.

Otro contaminado con la gran mentira. No puedo soportarlo.

Bien... Me había quedado en la noche de Jobba, fantástica noche... Etc., etc. La cambio por un poco de aire fresco.

Sigo con los memorables, imperecederas, gloriosos acontecimientos que nos han hecho a todos tan conocidos y tan históricamente respetables.

La vida en el campamento seguía su ritmo monótono. Era un centro de agrupamiento y -en teoría- instrucción, y aquellos que ni precisaban ni estiraban lo segundo y cuya vida, en cuanto se tornaba sedentaria, empezaba a molestarles, daban síntomas de nerviosismo. Auda se quejaba de aquella detención.

-No necesitamos tantos preparativos -me decía-. Esto no sirve más que para engordar y para que los hombres se ablanden. Cuántas veces he atacado yo caravanas con mi hijo pequeño y diez guerreros. El día que atacé la del propio Feyssal, que venía cargado de oro, cada uno de nosotros tocaba a veinte de ellos. Y me hice con las bolsas. Alá está con los valientes.

Y acaso llevaba razón. Porque si bien, conforme pasaban los días, se nos unían muchos soldados, no eran menos los que desertaban. Algunos venían con sus familiares; el campamento empezó a llenarse de mujeres de rostro tatuado. Se las veía en las puertas de las tiendas, estrujando con las manos el requesón de las cabras que luego, secado sobre los techos, daba ese queso durísimo que tanto les gustaba. Vovimos a tener otra invasión de serpientes (sobre todo, por las noches, huyendo del frío, venían a calentarse metiéndose bajo nuestras mantas) y los piojos eran una plaga.

-No. Es un error retrasar el ataque -repetía la y otra vez Auda-. Se llevarán el oro. Los turcos se llevarán el oro de Aqaba.

Y le daba vueltas en su cuello a un collar que llevaba del que colgaba una miniatura del Corán en una especie de cofrecillo de oro. Lo más curioso de esa miniatura es que un día que me la dejó ver, comprobé que estaba editada ¡en Glasgow! ¿Dónde se haría con ella? Nunca quiso decírmelo.

En Jobba se unió de nuevo a nosotros un gran guerrero, Alí ibn Hussein, de los haritz; tenía diecinueve años y su fama ya se extendía por Arabia. Siempre cargaba en primera línea, gritando el nombre de su tribu, y desnudo, cubierto sólo con un diminuto taparrabo.

Estoy demasiado cansado para continuar. Este calor insoportable me está produciendo dolor de cabeza, náuseas. Ya no lo resisto como entonces. Además, no es igual; éste es un calor insano, pestilente.

Hace un rato, al volverme, he visto de nuevo a la rata. Está muerta debajo de mi coy. Habrá comido veneno. Me hacía compañía.

12 de Enero. Mar Arabigo.

Lo que cada vez me resultaba más insoportable era la sensación de mentira en que veía disolverse mi vida. Llevar a buen fin aquella expedición, me obligaba a silenciar lo que yo ya sabía de las intenciones inglesas y francesas, los planes de reparto del acuerdo Sykes-Picot, y sobre todo lo que bien suponía que pretenderían -y conseguirían- :un dominio mucho más totalitario que el de Turquía. Mentirle a un hombre como Auda, al que tanto respetaba, me hizo a veces considerar la idea de abandonar mi mando. Cuando todo se hubiera consumado, ni Auda ni ningún guerrero culparían a esas lejanísimas Inglaterra y Francia, sino al que les había prometido su libertad y su independencia, a ese *Aurens* que yo era y al que ellos seguían seguros de su verdad. Ese pensamiento me atormentaba. Pero no podía hacer nada. Nada, salvo todo lo posible para que ese acuerdo resultara difícil de cumplir, todo lo posible para, al menos, no entregarnos atados de pies y manos. Mi conciencia me llevaba a traicionar a Inglaterra. Pero no tenía otro camino. Mi cabeza era el Infierno; tanto, que no pude resistir más aquella inactividad que me daba mucho más tiempo para reconcomerme la conciencia, y decidí hacer una salida «de inspección», como le dije a Auda. Estaba en ascuas, necesitaba sentir ese frío de la muerte que hace vivir. Durante dos semanas recorrí el territorio, en ocasiones «exhibiéndome» ante las mismas narices de los turcos. Era un coqueteo con la muerte. Ya lo había hecho otras veces, como cuando en Mesopotamia, en 1916, nuestras tropas eran batidas sin cesar. Pero entonces era sólo una manera de tonificarme. Ahora existía un desafío. Supongo que esperaba, que deseaba que una bala o un lancero turco me librara de mi tormento.

Fui hasta Nebk y Tadmor; llegué a contemplar en la lejanía los alminares de Damasco; me entrevisté con Alí Riza, un alto funcionario sirio de la administración turca que trabajaba en secreto para Feysal. Llegué hasta muy cerca de Aqaba. Ya había estado allí antes, con Dahum, ah, mi querido Dahum -¿dónde estaría entonces?, ¿viviría o habría muerto en aquella guerra?-, de paso hacia los desfiladeros del Norte. El conocimiento de esa región venía ahora bien para nuestros planes, como también podía aprovechar mis recuerdos de los desiertos del Zin, que ocupaban desde Aqaba al mar Muerto -la tierra que Israel había recorrido en su éxodo, el Darb el Shur- y que yo había estudiado junto a Newcombe y Woolley.

Cuando regresé a Jobba, el reclutamiento, afortunadamente, casi había acabado. El Jerife Hussein nos proporcionó a su vez algunas secciones del Cuerpo de Camelleros, El Cairo incrementó -muy poco, pues su ayuda siempre fue con cuentagotas- el abastecimiento, pero al menos destinó a nuestra campaña algunos expertos en minas, como el teniente Hornby, que serían de mucha utilidad, y también se nos unió un español extravagante, un anarquista huido de las represiones de Barcelona, llamado Javier Roca, que Dios sabe cómo habría llegado por aquellas tierras; pero era muy hábil con los explosivos y en seguida se hizo cargo de un grupo de demolición. Nuestro ejército había crecido tanto que Jobba resultaba pequeño, por lo que nos trasladamos a Bair, pero tampoco reunía condiciones, y Nasir decidió que nos estableciésemos en Jefer.

Los turcos eran conscientes ya a esas alturas de que se preparaba un ataque a

Aqaba. Pero lo único que verdaderamente hubiera sido una defensa infranqueable -los grandes cañones de sus fortificaciones- no podía variarse de emplazamiento, y así sólo podían establecer unas líneas de resistencia con infantería y algunas ametralladoras. Se atrincheraron en Abu el Lissan y aguardaron como reses del matadero.

Dividí mi ejército en dos columnas, con Auda al mando de la otra, y avanzamos durante la noche. Al amanecer nos encontramos, en Ghadir El Haj, con un destacamento avanzado; eran muy pocos, acabamos con ellos y aprovechamos para volar unos puentes y cortar las comunicaciones. Cuando llegamos ante Abu el Lissan, nuestros espías nos dijeron que la defensa se había incrementado con tropas de Ma'an (luego comprobamos que eran inservibles, porque acababan de llegar del alto Cáucaso y no estaban aclimatadas). Establecimos nuestra línea en las colinas entre Abu el Lissan y Petra, ante las que se extendían, como un milagro, las verdes y doradas llanuras de Quweira. Allí se nos unió Gaasin Abu Dumeik, con sus dhummanaiyeh, gente muy brava una de cuyas distinciones era no lavar jamás sus ropas para que la sangre seca de los enemigos probara su valor. Gaasin nos informó de que los turcos habían descuartizado entre cuatro mulas al jeque Belgawiya, de Kerak, y que también habían asesinado a muchas mujeres árabes.

-Eso dará más filo a nuestros cuchillos –dijo Auda.

La mañana que atacamos Abu el Lissan, el sol -cómo lo recuerdo- fue especialmente mortífero acaso como no lo había sentido ni en el Yunque; tanto que muchos guerreros y hasta el mismo Auda me aconsejaron retrasar el ataque. Los rifles nos quemaban en las manos y era casi imposible disparar; el suelo ardía como si pasáramos sobre brasas. No deshidratábamos. Incluso llegué a perder el conocimiento durante un rato. Pero todo eso debía ser aún peor para los turcos. De cualquier forma, era preciso acabar cuanto antes con aquella situación, salir de aquel horno.

Vi que Auda se levantó de pronto y, llamando a los suyos, montó en su camella, ordenó enarbolar la enseña negra y oro de los Abu Tayi y profiriendo un grito espeluznante, se lanzó de cabeza en una carga a todo galope contra las posiciones enemigas. Fue algo magnífico. Bellísimo. En una nube de polvo y arena que destellaba al sol, Auda y los suyos, como un solo cuerpo de un animal inconcebible, se movían como un alud colinas abajo, entre disparos, cuerpos que caían, las banderas que parecían flotar solas en el aire.

-¡Auda abu Tayi! ¡Auda abu Tayi! ¡Auda ab Tayi! -se oía retumbar sobre aquel espectáculo asombroso.

Los demás, arrastrados por su ejemplo, nos lanzamos también a la carrera. No se veía nada; el polvo impedía saber dónde estábamos, a qué distancia de los turcos. El silbido de las balas nos rozaba. Tropezábamos con los heridos o los muertos. Daba igual lo que fuese. Algo me arrastraba como poseído, hacia adelante. Oí entrechocar de aceros. Debía de estar en la primera línea. El polvo se levantó y me vi de cara a un turco que me atacaba con la bayoneta calada. Le descerrajé un tiro entre los ojos. Una mano cortada vino como volando y me dio en el pecho. Vi a Auda, cerca de mí; había descabalgado -luego me enteré de que un disparo había matado a su camella- y con un revólver en una mano y la espada en la otra era una máquina de matar. Abu el Lissan fue una carnicería. Pero aquella guerra era en carne viva, una guerra de hombres, con el fragor de la *Iliada*. Fue mi primera batalla «grande», y oí la sangre. Al terminar, una gran extensión de terreno estaba llena de cadáveres mutilados y sin botas. Los pequeños edificios ardían y el olor a quemado se mezclaba con el de la sangre y la putrefacción. Ordené que se dispusiera a los muertos en fila, como un ejército en parada. Recuerdo esa imagen, el brillo de los muertos bajo la Luna. Lo hice pensando en aquella página de Chateaubriand que tanto me había emocionado, cuando describe en sus *Memorias de*

ultratumba la formación de muertos sobre la estepa helada.

Después de Abu el Lissan, liquidamos también una pequeña resistencia en las fuentes de Kethira y las defensas de las cañadas de Ithm. Y por fin, a primeros de Julio, nos dispusimos frente a Aqaba.

¿Por qué estoy escribiendo todo esto? ¿Para quién? ¿Qué es lo que quiero contar, o justificar quizá? No, justificar no. Detesto a la gente que intenta defender sus actos. He hecho lo que he querido, y sin duda fui grande. Sé que muchos ojos en el futuro me mirarán con envidia. Acabe como acabe. Es igual.

El relato de la matanza de Abu el Lissan había atemorizado a los defensores de Aqaba, casi todos, además, soldados muy jóvenes y recién llegados. El comandante turco, pensando que quizá, si evitaba una resistencia, por otra parte inútil, conseguiría despertar nuestra piedad y salvar a su tropa de ser pasadas a cuchillo, nos envió un parlamentario. Acordamos que tras un simulacro de escaramuza, para «salvar el honor», se rendiría. Así entramos en Aqaba, sin combate -era el 6 de Julio, una tarde de una belleza extraordinaria-, y tocamos el mar. Me bañé en esas aguas y ordené que se levantara el campamento junto a sus orillas. Mientras tanto, los árabes se habían entregado a su acostumbrada rapiña. Pero en Aqaba -y yo fui el primer sorprendido- no había nada. Lo único que teníamos, además de la gloria de su conquista y del inmenso valor estratégico de la misma, eran setecientos prisioneros y entre ellos un barbilampiño y angelical oficial alemán de Ingenieros, que no entendía nada de lo que estaba sucediendo. Pero el valor estratégico y la gloria -si la gloria no era acompañada de riquezas- era algo que Auda no terminaba de comprender.

Me sacó de mi plácido baño y me increpó:

-¿Para qué nos has traído hasta aquí, inglés? No hay oro.

La mirada de Auda no era nada tranquilizadora.

-Hay algo más importante que el oro -repliqué-. Es vuestro destino.

-Mi destino está en manos de Alá -me contestó-. En las mías debe haber oro. Oro para mi pueblo.

-No luchamos sólo por oro. Luchamos para ser libres.

-Yo ya soy libre -me dijo.

Yo me encontraba como aquellos americanos, después del fracaso de la expedición contra Quebec. No se me ocurrió otra cosa que sustituir ese oro por pagarés.

-Te firmaré un pagaré por orden del Rey de Inglaterra y te traeré oro de Egipto.

-Un papel no vale nada, inglés. El viento se lo lleva. El oro pesa. Y es comida, y camellos, y regalos para nuestras mujeres, y armas.

-No creas en ese papel. Cree en mí.

-Feysal tiene oro. Nuri Shalaam ha cobrado en oro. Auda abu Tayi no volverá a Uadi Rumm con las manos vacías.

-Te doy mi palabra -le dije- de que tendrás el doble que Nuri Shalaam.

Eso pareció calmarlo.

-Bien -dijo-. Pero si tu palabra es como las huellas en la arena, te cortaré la lengua con mi gumía.

Volvimos al campamento. Los soldados habían sacrificado unos camellos y se disponían a celebrar la victoria con una gran comida. Después de cenar los recitadores celebraron con hermosos versos el combate de aquel día. Se recordó la carga de Aud en Abu el Lissan y eso pareció complacerle mucho y devolverle el buen humor. Después nos fuimos dormir.

No había forma de avisar a El Cairo. No teníamos radio ni existía un tendido telefónico. Decidí ir yo -pues sabía que nadie en el Alto Mando creería aquella noticia a menos que «un inglés» diera cuenta de ella personalmente-. Me dirigí a Shatt. El viaje

fue espantoso. El sol calcinaba las piedras del Sinaí y era como avanzar en una inasible telaraña espesa de calor. Además, aquel *samm* siempre abrasando, ese viento emponzoñado. La luz era cegadora. Como las dunas del Sinaí se mueven muy visiblemente, era como si un animal reptara bajo esa piel. Una desolación fantástica.

Cuando por fin, muy agotado, llegué a Shatt, desde allí pude hablar por teléfono con Suez, y el comandante Lyttleton me envió una lancha a recogerme. Desde Suez tomé el tren a El Cairo.

La noticia de la toma de Aqaba reavivó el «entusiasmo» de nuestros mandos. Se mostraron favorables a incrementar, aunque siempre dentro de unos límites «no peligrosos», la ayuda para «mis» árabes. Mucho le debo al almirante Wemyss, que apoyó mis peticiones. Conseguí suministros para Aqaba y dinero. En El Cairo me enteré del cambio habido en jefatura. Ahora era el general Allenby⁴⁴, al que yo admiraba no sólo como militar sino por sus notables conocimientos sobre Grecia y las Cruzadas, quien ostentaba el mando supremo.

Allenby era un hombre de fascinante aspecto. Irradiaba fortaleza y fe en sus decisiones. Había luchado en Bechuanalandia en la expedición de 1881 y en Zululandia en 1888, y también tomó parte destacada en las operaciones de caballería de la guerra en Sudáfrica, en la batalla de Paardeberg y en el avance hacia Pretoria. Había estado al mando del 5º de Lanceros. Era hombre que conocía el viento en la cara. Cuando me lo encontré en El Cairo, acababa de ser nombrado en sustitución de sir Archibald Murray, y venía de la jefatura del III Ejército, en Francia, donde había tomado parte en los hechos de Mons, la defensa de la línea sur de Ypres y sobre todo en Arras había sido un héroe. Era hombre, además, que, como yo, aborrecía las maquinaciones de los políticos, y jamás se mezcló en ellas ni para bien ni para mal. Me reuní con Allenby y le expliqué la situación de El Higaz y las aspiraciones árabes, y lo puse al corriente de mis planes. Le dije que él debería hacerse cargo de todo el frente al Oeste del Jordán y el mar Muerto, y dejar que los árabes, con mi mando, se ocuparan de Arabia, Siria y el este de Palestina. Me presenté a él vestido con ropas árabes, lo que, por su gesto, aunque no hizo comentario alguno (ya lo haría al despedirnos), no me pareció que le agradase mucho.

-¿No querrá usted -me dijo sonriendo- hacer como Abu Ubaidah ibn al-Jarrah, que se convirtió en una tormenta del desierto y derrotó a los bizantinos en Yarmuk? Usted no es uno de los Diez Compañeros del Profeta, como era él.

¿Por qué no? -le respondí-. Puedo levantar tal tormenta que la arena ahogue al ejército turco.

Me miró.

-Señor -le dije-. La meta es Damasco.

Creo que lo entendió. O pensó que bien podía aprovecharse de mi valor y del de mis guerreros. Ordenó que se me entregaran suministros y oro en monedas y que el *Euryalus* permaneciera fondeado cerca de Aqaba para apoyar, si era preciso, mis acciones.

-Ah, Lawrence... -me dijo al despedirnos-. He decidido recomendarle para la Cruz Victoria. Supongo... -dijo después de una pausa, mientras, apartando la vista de mí, volvía a los expedientes que tenía sobre su mesa-. Supongo que se cambiará usted de ropa si ese honor prospera.

Clayton también se entusiasmó con la victoria en Aqaba. Y noté cómo aquello, tan ajeno a sus conductas habituales, galvanizaba a la oficialidad británica. Magnífico. Mi crédito ganaba puntos. Me comunicaron que Allenby había dado órdenes para que se

⁴⁴ Mariscal Edmund Henry Hynman Allenby (1861-1936).

facilitasen dinero y municiones, aunque la precaución sobre el envío de artillería seguía manteniéndose. Clayton me dijo también que las informaciones recibidas de Medina, donde estaba destacado Galand, así como las de Newcombe, no eran tan optimistas como las mías, y que no sabía hasta qué punto era bueno un excesivo triunfo de Feysal por encima de lo conseguido por su padre el Jerife.

Volví a Aqaba, donde fui recibido con entusiasmo. Auda tuvo su oro y me regaló a cambio su gumía.

-Ya no eres «el inglés» -me dijo-. Se te cantará por tu nombre. Aurens. Sí, desde hoy eres «el Aurens». Uno como yo.

Mandé correos para avisar a Feysal, aunque suponía que ya estaba al corriente de todo, pero le pedí que viniera y que entrase victorioso en Aqaba. A los pocos días llegó. Se puso al frente del ejército y desfiló majestuosamente por la ciudad. Aquella noche, después de cenar, al despedirnos -la Luna bañaba con su luz el palmeral junto al mar- me dijo:

-Tú no pretendes darme una victoria. Quieres darme un Mundo. Lo que el destino nos traiga está en las manos de Alá. Pero tu nombre ya nunca será olvidado.

Y llamó a su esclavo, que trajo un paquete, y me lo ofreció.

-Éste de quien aquí se habla, también lo arrastraba un viento de gloria.

Abrí el paquete. Era una edición de Virgilio, con la traducción de 1512 de Gawain Douglas. No me impresionó que Feysal hubiera podido conseguir aquel inapreciable tesoro, sino que precisamente eligiera esa traducción y no la famosa de Dryden; que hubiera adivinado que yo prefería ésta, de Douglas, mucho mejor, con su aliento medieval y fantástico.

Una vez conquistada Aqaba, pensé que nuestro ejército debía abandonar ya Wejh y concentrarse allí. Cada vez se nos hacía más necesario -a Feysal, a mí- el avance sobre Siria, y Aqaba era el punto de partida perfecto, donde podía abastecerse al ejército. Desde Aqaba atacaríamos formando columnas de penetración donde lucharan juntos los beduinos y los sedentarios de Siria. Pese a las advertencias de Clayton, estaba claro que era Feysal quien debía encabezar nuestras tropas. Pedí a El Cairo un aumento de las provisiones y doscientos mil soberanos de oro.

Aqaba significó el fin de la guerra en El Higaz. Ya podíamos dirigirnos hacia Siria. Quweira y Rumm se convirtieron en nuestras bases siguientes. Run era un lugar muy hermoso, un valle encerrado en montañas que parecían arcos escarzanos, macizos, pétreos. Se alzaban sobre una tierra solitaria y seca en la que apenas brotaba algún árbol perdido. Pero había algo hermoso en la inmovilidad planetaria de aquel lugar. El calor era insoportable. Afortunadamente había un diminuto estanque de agua fresca donde podía refrescarme. En ese estanque me sucedió algo mágico. Estaba yo bañándome. El agua, qué bendición, me devolvía la vida con su frescor. Era muy agradable sentir el cuerpo en aquel líquido mientras el viento tórrido me azotaba la cara. De pronto, vi que se acercaba un anciano. Lucía una barba larga y blanca. Se sentó en la tierra y me miró.

-No serás Rey. Ni tronco de reyes. Pero oirás crecer la hierba de la Historia.

Pronunció estas palabras como si recitase unos versos. El sol era plomo derretido. El rostro del anciano se desdibujó como en un espejismo. Cerré los ojos cegados, y al abrirlos, ya no estaba. Salí del estanque y desde aquella altura contemplé la extensión desértica. Un silencio mineral se pegaba al mundo. Era fantástico. Aquel viejo había repetido las palabras que también soñó Shakespeare. Sellaban mi derrota. Sí, pero ese «oirás crecer la hierba de la Historia» no podía ser en vano. Todo lo que allí estaba pasando, y lo que iba a suceder. Todo eso no podía morir. El rostro de Auda, Feysal en Wejh, a la cabeza de su ejército, aquel día... el sueño que nos había arrastrado a todos como un huracán, el Yunque del Sol... Entonces supe que yo estaba destinado a

contarlo. Escribiría esa leyenda. El destino me había hecho escuchar el bramido de la Rebelión, beber su agua, respirarla, hacerla mía, para que pudiera levantar con esa experiencia un libro que cantase a los tiempos por venir la grandeza de aquella gesta. Siempre había querido un libro así, que pudiera brillar junto a esos otros que tanto admiro, junto a *Moby Dick*, junto a *La isla del tesoro*, junto a Homero, Virgilio, Dante, Tácito, junto a mi amado Shakespeare, y sacudido por la misma vitalidad a borbotones, el mismo nervio, y era lo mismo que lo que misteriosamente me arrastraba en aquellas horas de violencia para apostar todo a la rebelión árabe: poder tocar la gloria, sentir la vida convertida en arte.

Qué iluso era yo entonces. Acaso sea preciso esa ceguera para ser capaz de hechos extraordinarios, ese ardor, ese ímpetu. Y la lucidez lo mate. Pero no se elige. Yo no elegí entonces la capacidad que tuve para hacer mío el vendaval de los acontecimientos, el latido de la Historia. Pasó ante mí, y lo agarré. Después no he elegido ir dejando de «creérmelo». Simplemente, ha ido no siendo suficiente. Pero esto no es mejor. La lucidez no conduce a la dicha, sino a la desesperación. Daría lo que fuera por sentir como entonces. Porque aquello era la vida, y esto son las paredes de amianto de la locura.

Me cago en esta época me cago en todos los reyes todos los presidentes en todas las naciones me cago en los árabes me cago en la RAF me cago en Dios y en su puta madre me cago en Shakespeare y en este barco y me cago en Inglaterra y en el Imperio y me cago en cada uno de los días de mi vida y en cada una de las cosas que he hecho y en cada ilusión que he tenido ME CAGO EN TODO, en el pasado y en el futuro

Estoy cansado. No de escribir, sino de pensar, de recordar. Si me gustase beber, me emborracharía para perder la conciencia. Cuanto más escribo, menos entiendo para qué. Supongo que es para no aburrirme aquí encerrado. Por las mañanas, traduzco a Homero, pero no puedo estar todo el día ocupado en ese trabajo, terminaría por ofuscar me.

En fin...

Las jornadas de Rumm permanecen en mi memoria como una quemadura. Por las noches, alrededor de una hoguera, los beduinos entonaban cánticos que eran lo mismo que esas *mu'allaqát* con que yo tanto gozaba. Algunos cantos eran recreaciones mil veces repetidas de los viejos aires tribales; como si permaneciesen casi inalterables de padre a hijo a través de los siglos, y cada vez que se repetían volvían a vivir como el primer día, la misma melancolía, y hasta me pareció reconocer estrofas de 'Antara, inmenso poeta y legendario caballero, y alguna del que yo más estimaba, aquel Imru' al Qais que tanto gustaba a Dahum y que él me había dado a conocer; cuántas noches en Karkemish, mientras nos refrescábamos de la fatiga del día a la luz de la noche, me recitaba esos largos poemas que a él le había transmitido su padre, y a éste el suyo. Ah, esos versos: «Mis entrañas no olvidan tu pasión», «Mi montura late como mi corazón». Los días de Rumm me hicieron entender el sentido de esa vieja frase: el reposo del guerrero. Reponíamos fuerzas y endurecíamos nuestra carne y nuestro espíritu, como quería Montaigne, al mismo tiempo. Me acostumbré a fumar la *shishad*, que es la pipa de agua concebida para poder fumarla mientras se cabalga. En las horas de sol abrasador que teníamos que pasar al amparo de las tiendas, releía una vez más a Homero. A veces subía a las rocas más altas, y desde allí gritaba sus versos sobre la inmensidad del desierto:

*¿Y era ésta la esposa de Héctor, campeón
sumo de los troyanos domadores de potros,
que desaparecieron luchando con nosotros
allá cuando el asedio de la murada Ilión?*

*Que la hora es venida
de sojuzgar a Troya, la espaciosa ciudad.*

*El hopo de crines como fuego al viento
sobre el casco de Héctor.*

Me exaltaba imaginarme como uno de aquellos héroes. La rebelión árabe, por sus especiales características, reproducía formas de vida, un mundo que era extraordinariamente próximo a aquél. Veía a Auda y lo comparaba con Aquiles, su furia, su resolución, su valor. ¿No era también Feysal, como Agamemnon, un Rey de Hombres? Hombres libres, que podían abandonar la guerra si querían, como los aqueos, guiados como ellos por un sueño de oro. Las reglas eran las mismas, y el código de honor -los desafíos de cada hombre- como el que regía las conductas ante Troya. Fue en Rumm, iluminado por aquella lectura de la *Ilíada*, donde empecé a escribir la leyenda - más que la historia- de esa Rebelión. Yo era carne de ella. Quería escribir con la intensidad de la prosa de De Quincey. Una prosa poseída del encantamiento de Stevenson, ese poder de sumergirnos en lo maravilloso. Pero estaba demasiado “en” los acontecimientos, no había capacidad de evocación. Además, lo que yo quería no podía ser un relato frío de la campaña. Necesitaba contar ese viento en la cara, eso que se siente al cargar contra las trincheras del enemigo, al matar o saber que en cualquier instante puedes morir y acaso entre atroces sufrimientos. ¿Podría una página reflejar la grandeza de Feysal o el coraje de Auda? ¿El calor que salía de la tierra? No hace mucho he leído un libro de un alemán, un tal Jünger, *Tempestades de acero*, que refleja esa fiebre.

No contar si estuvimos aquí o allá -o no sólo eso-, si volamos este tren, si saqueamos aquella aldea. Lo que yo quería era que el posible lector respirase aquel aire ardiente, oliese la sangre, sintiera en su carne el mismo escalofrío. Lo que debe quedar - como el polvo que levanta el cuerpo arrastrado de Héctor- es eso. Un libro que fuera mi tumba, la que pedía Tucídides: no la del lugar donde se yace, sino la que queda a perpetuidad como memoria de gloria en el corazón de los hombres en el momento de la acción.

Desde Rumm hicimos algunas salidas para cortar el tendido ferroviario. Feysal estaba muy interesado en que nuestra presencia se hiciera notar, en que protagonizásemos el mayor número posible de acciones de guerra. Supe que había ciertos problemas que así lo aconsejaban. Ibn Seud, aunque aliado nuestro en la lucha contra Turquía, colaboraba muy poco y, por el contrario, estaba dedicado a pactar con tribus de su entorno y a consolidar su poder, que pretendía -astutamente, sin demostrarlo mucho- rivalizar con Hussein. El Jerife estaba muy molesto, porque tenía constancia de cierto apoyo británico, a través de nuestras fuerzas en la India, a Ibn Seud. La Meca no quería presentar quejas que pudieran enturbiar sus relaciones con El Cairo, pero ordenó que nuestras tropas atacasen sin cesar, que alcanzaran notoriedad, «supremacía militar». Por eso Feysal me aconsejó que incrementase el número y el efecto de mis incursiones, con el fin de llamar la atención sobre los verdaderos protagonistas de la campaña: él -

yo-Hussein y las tribus que habían jurado lealtad a su bandera.

Volamos con gelatina muchos kilómetros de vía férrea y atacamos muchos trenes. Hubo un ataque especialmente trágico. Estábamos cerca de Muddouwarah, y mis espías me informaron de que un tren con aprovisionamiento para Ma'an pasaría en las próximas horas. En realidad se trataba de un tren lleno de civiles, hombres, mujeres y niños turcos que volvían al Norte precisamente huyendo de la guerra de El Higaz. Me pareció buena presa. Inmediatamente hicimos los preparativos para su voladura, se colocaron las cargas y dispusimos el cerco, desde unas dunas cercanas, a doscientos metros, donde emplazamos dos ametralladoras y se apostaron mis guerreros. Aguardamos durante más de cinco horas; afortunadamente el sol era soportable. Muchos dormían arrebujados en sus *jaiques*, otros hablaban en pequeños corros, junto a sus rifles, y yo aproveché para leer un rato; recuerdo que llevaba en la mochila los *Ensayos* de Montaigne y que en aquella hora, como en tantas otras de mi vida, mucho me encantaron. Era como conversar con un amigo íntimo, con el que estás siempre de acuerdo, que es la única posibilidad de poder discutir.

Fue Alí ibn Hussein quien nos puso en guardia -hacía como he leído de los indios de Norteamérica: pegaba su oreja al raíl- de la inmediata llegada del tren. Nos preparamos, cargamos las armas y esperamos excitados. A poco escuchamos en la lejanía el fragor de la locomotora y divisamos el humo. Después apareció entre las dunas. Los techos de los vagones iban llenos de soldados turcos parapetados tras sacos de arena. Cuando la locomotora avanzó hacia el punto donde habíamos colocado las cargas, di orden de hacerlas estallar. Un ruido ensordecedor llenó el desierto y una nube de polvo y hierros se levantó hacia el cielo. Después hubo un silencio absoluto.

Cuando el polvo empezó a disiparse, vimos que dos vagones estaban completamente destrozados y la locomotora, descarrilada, sin las ruedas delanteras, parecía un monstruo bufando en la arena. De pronto empezó el fuego. Los soldados turcos disparaban como locos y mis hombres hacían lo mismo. En medio de aquel Infierno de disparos cruzados, vi que muchas personas, que no vestían uniforme, y mujeres, y niños, salían del tren hasta por las ventanillas y corrían gritando horrorizados. Ordené un alto el fuego, pero nadie me obedeció. Los cristales saltaban sobre aquella pobre gente. Fue terrible. El fuego de las armas, los gritos, el polvo. Muchos de los viajeros pedían perdón de rodillas instantes antes de caer acibillados. Yo no podía hacer nada. Poco a poco, todos murieron, los soldados que los custodiaban y ellos. Di entonces orden de avanzar. Mis árabes se lanzaron como enloquecidos en busca de botín; asaltaron los vagones y salían cargados con los más peregrinos objetos, desde alfombras a utensilios de cocina, ropas, cualquier cosa. Me acerqué a uno de los últimos vagones, del que partían gemidos, y me encontré con que era un vagón de heridos; me miraban espantados, algunos de ellos sin poder moverse, mutilados; el aire era irrespirable. Salí del vagón y entonces vi que mis guerreros entraban en él, los oí reír, gritar, escuché algún disparo, y después salieron enarbolando ufanos, como el mejor trofeo, botas, guerreras, pantalones. No pude impedir que prendieran fuego al vagón. Me tapé los oídos para no escuchar los alaridos que salían de aquel incendio. Pero peor era el olor a carne quemada.

Me alejé del tren y dejé que mis guerreros diesen fin a aquel ritual de sangre y rapiña que era el nervio de sus costumbres. Me senté de nuevo tras una duna y volví a Montaigne. «Vivo en una época pródiga en ejemplos increíbles de crueldad...», leí.

Cuando supuse que ya se habían calmado, volví al tren. El sol se ponía hacia Aqaba. El desierto estaba lleno de cadáveres y objetos y el vagón de los heridos era un montón de tablas quemadas. Tropecé con algo, y era una niña, de cinco a seis años, con un balazo en el pecho y a la que le faltaba parte de un hombro.

Le ordené a Alí ibn Hussein que agrupase a los hombres y mandara el regreso a Rumm. Yo los seguí a cierta distancia.

Vinieron a verme Hogarth y Clayton para informarme de la gran ofensiva que se planeaba para el Otoño. Allenby pensaba atacar con todas sus fuerzas obligando a los turcos a replegarse y liberando Mesopotamia. Para esa ofensiva era importante que mi ejército se hiciera con Deraa, que era un nudo ferroviario fundamental. Pensé que nuestro avance –en todo cuanto pudiéramos «ganarle» a Allenby- acaso lograría para Feysal unos territorios que, después, costaría más arrebatarse por parte de Francia. La verdad es que yo no tenía mucha fe en ello, pero también es cierto que es más fácil impedir el paso de alguien a una casa que echarlo de la misma si ya está dentro y armado, o al menos la posesión efectiva de Siria podría ser para Feysal una fuerza que le permitiría mayores contrapartidas en cualquier negociación.

Entonces empezó a plantearse un problema que, aunque venía de lejos, nunca había ocasionado demasiadas dificultades; pero entonces comenzó a afilar sus uñas: las colonias judías. Feysal estaba dispuesto a no molestar a los asentados –llevaban árabes y judíos mucho tiempo conviviendo en paz-, pero por una parte el temor judío a que un aumento del poder árabe mudase esa coexistencia a las limitaciones que suelen afectar a todas las minorías, y por otra las pretensiones sionistas a un establecimiento mayor, que abarcase toda Palestina, desde Gaza a Haifa, fue llevando a una radicalización de las demandas de todas las partes. Yo tenía pocas dudas del triunfo de las exigencias judías, sobre todo teniendo en cuenta su enorme influencia en los medios financieros internacionales. Y también estaba seguro de que los árabes no aceptarían asentamientos que podían prefigurar una nación, que era lo que estaba en la mente -y quizá más que en la mente- de los colonos. Conocí a varios miembros importantes de la comunidad judía, y verdaderamente había una diferencia profundísima entre los judíos palestinos, que incluso hablaban árabe, y los que habían ido constituyendo colonias de asentamiento, los cuales, como signo diferenciador, incluso mantenían el *yidish*; llegué también a mediar con Feysal para evitar algún ataque ¡combinado! de árabes y judíos palestinos contra los judíos de las colonias. Era una situación muy confusa y donde estaba madurando un problema de gran envergadura.

Porque una cosa era absolutamente clara: los árabes no cederían jamás, y desde luego no sin una muy cruenta lucha, sus territorios, para el establecimiento en ellos de una «nación» judía; y las pretensiones sionistas -sobre todo después del Primer Congreso de 1897- dejaban no menos claro que su meta no era la coexistencia con los árabes en un mundo árabe, sino precisamente la instauración de una nación separada y como mínimo –así me lo dijo Aronson en El Cairo- ocupando todo el territorio de Palestina. Me comentaría el viaje de Balfour a Washington para lograr que EE.UU entrase en la guerra, y que del Tribunal Supremo, Brandeis, que era judío y tenía mucho ascendiente sobre Wilson, le aseguró su apoyo siempre que Inglaterra asintiera a la creación del Hogar Nacional Judío en Palestina. Hablé de ello con Feysal y se mostró apesadumbrado.

-Hemos vivido juntos mucho tiempo. ¿Será posible que no haya nacido vínculo alguno que nos permita resolver esta situación con cordura?

Auda fue mucho más tajante:

-Más sangre. El desierto puede empapar mucha.

En la Conferencia de París -esa caja de Pandora- confirmaría desgraciadamente mis impresiones. El poder sionista fue tan pujante, más allá del sueño de Chaim Weizmann, que toda duda que aún pudiera alimentar sobre esa «resolución con cordura» que decía Feysal, desapareció ante la certidumbre de que, en unos años, las colonias adquirirían el suficiente poder como para plantear militarmente sus intereses. Y

eso sólo tenía una salida: la guerra civil, el «más sangre» de Auda.

Empezamos la campaña hacia el Norte. Las escaramuzas fueron constantes, pero no demasiado importantes. Al sur de Ma'an sí hubo una verdadera batalla, muy sangrienta. Ma'an estaba defendido por más de seis mil soldados de infantería al mando del Superintendente del Sinaí, Behjjet, y a esa guarnición se había unido un regimiento de Caballería e Infantería Montada. Acabar con ellos se convirtió en nuestra necesidad, porque si los turcos habían concentrado allí esas fuerzas -y nuestros espías nos avisaron de que se preparaban envíos de artillería y más regimientos- era porque preparaban una operación mayor, y ésa no podía ser otra que intentar la reconquista de Aqaba. Y no tardamos en comprobar que ésas eran realmente sus intenciones, porque una brigada -que no pudimos detener- reconquistó Abu el Lissan. La situación era crítica, y Allenby, que vio muy claramente el peligro, ordenó que se nos apoyara de inmediato con artillería -aquellos viejos Lewis-, más ametralladoras y, lo más importante, aviación. El general Salmond vino con su escuadrilla y bombardeó varias veces Ma'an, lo que fue demoledor para los turcos. Yo, por mi parte, volé el tendido ferroviario, para aislar la ciudad. Pero de todas formas, no conseguimos más que inmovilizar al ejército de Behjjet, frenar su posible avance -lo que ya era muchísimo- y causarle bajas que no podrían sustituir. Pero no pudimos tomar Ma'an.

Entonces, Allenby me pidió que trazase un plan para volar algunos puentes del Yarmuk, sobre todo uno que sobre un espantoso precipicio unía el lago de Galilea con Deraa, para que el ejército turco quedase partido y las tropas de Siria no encontraran el apoyo de las de Palestina, porque Allenby iba a atacar Beersheva y le venía bien. Convoqué a Alí ibn Hussein, que ya era un experto en voladuras, y fuimos juntos a Jefe, donde acampaba Auda, pues precisaba su ayuda. Con Auda mantuve una entrevista difícil; como en su idea de las cosas «no veía oro», estaba tratando de vender su no-participación a los turcos, a través de un primo suyo, Mohamed El Dheilán. Le dije que me parecía indigno de un hombre como él aquella actitud. Al principio trató de disimular, aseguró que no era cierto. Le dije que tenía motivos para pensarlo.

-Tomas tus pulgas por gacelas -me dijo.

Traté de explicarle lo que íbamos a hacer, cómo Damasco ya estaba cerca.

-Escucha, Aurens -me dijo-. Hemos luchado muchas veces juntos. Combatíamos para ganar riqueza para los nuestros.

-Y por nuestro señor Feysal -le dije.

-Sí. Y por nuestro señor Feysal, que Alá bendiga. Pero ahora están aquí tus ingleses. Y ellos sí que tienen cañones. Si los turcos se van, se quedarán ellos. Se queda el que tiene más cañones. Yo moriría defendiendo Uadi Rumm. Moriría defendiendo uno de mis pozos. Pero no lucharé para que los ingleses tomen el lugar de los turcos. El oro no tiene tribu. Lo mismo me da que sea oro turco que oro inglés.

-Llevas razón -le dije-. El oro no tiene tribu. Te traeré más oro inglés. Pero ahora no te pido que vengas conmigo por oro. Te pido que vengas conmigo, por mí. Por amistad.

Auda me miró con extremada seriedad.

-Iré -dijo-. Por ti. Auda irá al combate porque se lo pide su amigo Aurens.

Y entonces se echó a reír. Una carcajada larga, estruendosa.

-Y porque estás loco. Y Alá ama a los locos. He conocido de niño algún otro loco como tú, rubio. Sus huesos están bajo las arenas.

Solucionado todo, cenamos. El atardecer era de tono rojizo suave. Después de cenar nos tumbamos al raso a beber café. Cayó la noche y el firmamento resplandecía de estrellas. Auda las contemplaba ensimismado.

-¡Qué belleza! -exclamó de pronto.

-Sí. Es un espectáculo hermosísimo –convine yo.

-Es más que un espectáculo -dijo-. Se ve a Dios.

A la mañana siguiente nos pusimos en camino. Desde Jefer nos encaminamos al Oasis Azul de Azraq, un lugar perdido que jamás he podido olvidar. El antiguo castillo aún alzaba sus murallas de piedra volcánica y sus torres sobre un amasijo de bloques sobre los que hería el sol. Ruinas sombrías y melancólicas, pero admirables. La desolación del desierto de lava se fundía con el verde de algunos cultivos, y las palmerales parecían extraños pájaros en el viento del sol; había arroyos de agua cristalina, y sobre todo ello se alzaban, impresionantes, las ruinas de lo que fue fortaleza de los antiguos Reyes Pastores. A la sombra de lo que quedaba de sus murallas releí una tarde imborrable las *Rubayyatas* que había compuesto Edward Fitzgerald sobre las de Khayyam. Las leí -qué nítido es el recuerdo- apoyado en una losa que cubría la tumba de un legionario romano, aún con las letras perfectamente conservadas en la superficie de piedra. En Azraq había acampado el emperador Heraclio cuando consagró su ejército a Dios -él fue en realidad el primer cruzado- para derrotar a los persas en Nínive y trasladar de nuevo la Santa Cruz a Jerusalem, esa cruz que había guardado la reina Meryem.

Vino a verme Abd el Kader,⁴⁵ con órdenes de Feysal de que lo incorporase, lo que me pareció una decisión equivocada, pues tenía las peores referencias, pero me vi obligado a obedecer. Auda sentía aún menos aprecio por él que yo. Y no nos equivocamos: no tardó en abandonarnos y delatar nuestros planes a los turcos.

Siento hambre. No hambre exactamente; náuseas, sensación de estómago vacío. Y no tengo ganas de seguir escribiendo. Pero aún me exaspera más dejar de hacerlo, doblegarme ante las coacciones de mi cuerpo. He perdido poder sobre él. Antes era más fuerte mi voluntad, o mi capacidad de sufrir para obligarlo a obedecerme. Ahora, como con el resto del mundo, también es como si hubiese ido cortando hilos que nos unían. Ahora es algo que está ahí, que me jode, pero que no me interesa. Acabaremos juntos, pero no me interesa. Me aburre. Anoche no me dejó dormir con un dolor muy desagradable en la rodilla. Ahora me fastidia con estas náuseas. Siento debilidad en mi carne, laxitud. Bostezo sin parar y eso me llena los ojos de lágrimas. Quizá me haya bajado la tensión. ¿Sabéis qué es de verdad una tentación? La imbecilidad.

Miro el mundo y es como si contemplara un espasmo del vacío.

⁴⁵ Abd el Kader era un argelino que tenía mucho poder sobre algunas tribus de Palestina y el Jordán, y que llevó durante toda su actividad una doble conducta, siendo muchas veces espía y agente doble. Como se verá, en la toma de Damasco realizó importantes actividades contra la causa de Feysal. Su hermano, Mohammed Said, también agente de los turcos, fue el gobernador nombrado por Jemal Bajá antes de abandonar Damasco.

Pienso en lo que estoy escribiendo. Qué bien funciona la memoria, como un narrador de talento. Elimina lo superfluo; los huesos de la Historia brillan mundos. La campaña de Palestina fue mucho más importante militarmente, y mucho más larga y compleja que las operaciones iniciales en El Higaz y la expedición a Aqaba. Pero en mi memoria ocupa mucho más espacio el paso del Yunque del Sol, y creo que también perdurará en la memoria de los hombres durante mucho más tiempo. Porque en Palestina los «árabes» no fuimos más que el ala derecha de Allenby. Y cuando hicimos restallar en el aire del desierto el látigo de luz de la Rebelión, éramos Dioses. Y a los pueblos sólo los arrastran los sueños.

La campaña de Palestina -y no sólo porque para mí ya fuera la consagración de mi impostura- será olvidada. La bandera de seda roja de Feysal avanzando en la desesperación bajo el sol del desierto, el valor y la dignidad de Auda, la última carga de Talhal, el camino hacia Aqaba, todo eso no morirá. Yo no moriré ahí.

En fin... Volviendo a las operaciones militares. Estuvimos también cerca de Sephoria, y vi en la distancia los Cuernos de Hattin, que ya había visitado cuando era un joven arqueólogo. Allí había vencido Saladino a los cristianos de Raimundo. Pensé en los vencidos, que locos por la sed se lanzaron hacia las aguas del Tiberiades que brillaban a lo lejos. Acampamos allí. El lago resplandecía a la luz de la Luna. Me hizo recordar los versos que le inspiró a Mutanabbi: «En pleno día parece una Luna ceñida por la verde obscuridad de los huertos.» Nada había cambiado. Volvimos sobre nuestros pasos para recoger a un grupo de guerreros de Auda que nos aguardaba con municiones en las ruinas de Jerash, y después nos dirigimos al Yarmuk. No fue una expedición afortunada; en una escaramuza perdimos por el camino los sacos de gelatina, y no pudimos volar el puente. Decidí entonces, para no volver con las manos vacías, atacar un tren. Pero no funcionó el detonador de la carga. Era como si una maldición pesara sobre nosotros. Estuvimos escondidos un día, mientras aguardábamos otro tren. Esta vez funcionó la mina, pero no causó muchos daños.

Tras la expedición al Yarmuk llegó la temporada de lluvias, que duraba más de un mes. Regresé a Azraq y dediqué ese tiempo a descansar y a leer. Releí día y noche a Stendhal. Lo he leído toda mi vida. Nunca ha dejado de darme, cada vez más. Aquella lectura fue fiebre pura. Aproveché también para recibir a muchos jefes beduinos y a sirios que trabajaban para nosotros en las zonas ocupadas por Turquía. Escuchaba sus inquietudes y consejos y trataba de fortalecer su ánimo dibujándoles un futuro de libertad e independencia bajo el gobierno de Feysal. Esto es: mintiéndoles.

Como me había sucedido en Jobba, entre la inacción y esa sensación de vivir en la mentira se me hacía insoportable continuar; y además, aquella lluvia insistente, que convertía en un fangal apestoso el campamento. Necesitaba salir de allí. Y decidí realizar un viaje de inspección a Deraa. Ojalá nunca lo hubiera hecho.

Disfrazado de beduino y en compañía de algunos guerreros, me puse en camino. Deraa es una ciudad grande y fea; poco había cambiado desde que había estado allí, con Hogarth. Ahora estaba llena de soldados turcos y numerosas patrullas vigilaban sus calles. Tomé nota de las defensas y de los regimientos que la mantenían, y ya nos disponíamos a regresar cuando una patrulla me detuvo. Fui conducido de inmediato a

presencia del gobernador, Hajim Bey⁴⁶ y tuve la suerte de que no me reconociese -lo que siempre me ha extrañado, porque entonces los turcos ofrecían veinte mil libras por mi cabeza- y me tomara por un desertor circasiano.

Hajim Bey era un maricón asqueroso. Igual que hay cuerpos de un hedor insoportable, hay almas como pústulas. Y aquel Hajim Bey era una de esas almas. Cada atardecer se hacía llevar por sus soldados algún mozo que detuvieran por las calles, para que eligiese entre varios con quien compartir su lecho aquella noche. La patrulla debió pensar que uno de piel tan blanca como la mía sería de su agrado. Me llevaron a su despacho. Era un tipo repugnante, en pijama, sudoroso, con una boca de rictus bovino.

Le dijo a sus soldados que me desnudaran. Aún estoy viendo sus ojos miserables recorriendo mi desnudez. Dijo que me llevaran a sus habitaciones. Entonces le escupí. La repugnancia fue tanta que no pensé en las consecuencias. Le escupí en aquella faz grasienta y salivosa. Uno de los soldados me derribó de un culatazo en el bajo vientre. Miré hacia arriba, tratando de no demostrar dolor, y vi a Hajim Bey que se limpiaba mi escupitajo con un pañuelo; sus ojos eran dos pedazos de hielo.

-Para vosotros -dijo.

Los soldados de la guardia me arrastraron desde el despacho hasta su cuarto de servicio. Me sujetaron y atándome a un banco me azotaron. Después fueron violándome uno tras otro. El dolor era insoportable. Sentía hilillos de sangre y mierda entre mis muslos. Pero creo que no despegué los labios. Cuando aquellas bestias se hubieron saciado, me arrastraron fuera del cuerpo de guardia y me llevaron de nuevo ante Hajim Bey, supongo que pensando que, domado, ya no me negaría a satisfacer sus deseos. Pero cuando el gobernador me vio en aquel miserable estado, abofeteó al cabo y le ordenó que se deshiciera de mí. Entonces me llevaron a rastras hasta un cuartucho fuera del edificio, y me arrojaron allí lanzándome luego mis ropas. Sentía como si me quemasen en la espalda, de los varazos, y el dolor en el ano me llegaba hasta las tripas. Pero de pronto sentí miedo de mí: como lo había sentido aquella noche terrible en Uadi Qitan cuando maté a aquel desgraciado. Porque lo que se abría paso en mi alma, desde dónde, de qué abismo de mí mismo, amasado con ese dolor y con el odio que me tensaba, era una profunda, avasalladora sensación de gusto, de saciedad. Me refocilaba en ese dolor y esa humillación. Podía interrogarlo como los antiguos a las vísceras de los animales.

El hecho real, lo que había sucedido, la vejación, el sufrimiento, ese cuerpo grotesco de piernas ridículas⁴⁷. atado a un banco y al que siete turcos miserables le habían dado por el culo uno tras otro, se convertía, en la lucidez alumbrada por esa tortura, en raíz de la vida, algo que se clavaba en la tierra, indestructible, seguro. La custodia del mundo. Inviolable. En el fondo de la angustia había algo donde asirme. La embriaguez de lo monstruoso me hacía libre, como nunca. Esa abyección no necesitaba a Dios. Era suficiente por sí misma para darle sentido a todo. Una alegría inhumana me poseyó. Y me amé, y amé el horror. Porque vi que más allá ya no había nada. Había tocado los límites. No había «saber» más allá.

Logré salir de Deraa, me reuní con mis hombres y me llevaron al campamento. Tardé varios días en poder estar en condiciones aceptables; el calor y las moscas hicieron que algunas heridas se infectasen. Procuré que nadie supiera la verdadera naturaleza de lo sucedido en Deraa, les dije que se había tratado de un interrogatorio, pero silenció la violación. Quizá sólo Auda se dio cuenta de mi desesperación abierta en

⁴⁶Sobre este complejísimo tema, véase el Apéndice.

⁴⁷ Lawrence medía menos de 1,65 m. Sus piernas eran muy corta~ como consecuencia de un accidente que sufrió a los dieciséis años. El desprecio con que aquí se refiere a su propio cuerpo acaso merezca una reflexión más extensa, y aclarase aspectos oscuros de su carácter, entre otros su odio a la desnudez y al contacto sexual con otras personas.

canal. No podía soportar su mirada. En cuanto pude montar, lo dejé todo en sus manos y fui a Aqaba.

Allí me enteré de que Allenby estaba a punto de tomar Jerusalem, y que deseaba que yo entrase junto a él en el desfile de la victoria. Me indicó por medio de Clayton que «lo hiciera como oficial británico», lo que significaba una orden de abandonar mis ropas árabes. Algunos oficiales me prestaron las suyas y así -no dejaba de ser otro «disfraz»- no desentiné en aquella apoteosis imperial en la puerta de Jaffa, «supremo monumento de la guerra» como se ha escrito. Mientras sonaban las marchas yo pensaba en Tito, cuando fue enviado por su padre para aplastar a los judíos. Ante esas murallas estuvieron la Quinta Legión, y la Décima y la Decimoquinta, toda la vieja soldadesca de su padre, como dice Tácito. Con ellas y con la Tercera de Alejandría y la Duodécima de Siria, arrasó al enemigo. En el banquete de celebración, Allenby se enfrentó violentamente al Alto Comisario de Francia, Georges Picot, quien cometió el error de decir que, puesto que Jerusalem caía bajo influencia francesa, iba a establecer allí su gobierno civil. Allenby no parecía estar al día del «reparto» entre Inglaterra y Francia, o lo disimulaba con su aire de hallarse por encima de todo lo que no fuese militar.

-¿Y a usted qué le parece? -me preguntó Picot.

-Me he limitado a ser el ala derecha del avance hacia el Norte -le dije-. Jamás he tenido preocupaciones políticas.

-Creo que en algunos momentos ha hecho usted algo más que aplastar a los turcos -dijo Picot con una sonrisa gélida.

-Sí -le respondí-. He aplastado a los árabes.

Allenby se apresuró a llevar la conversación hacia otros campos. Al finalizar el banquete, me dijo que le acompañase a su despacho. Allí me informó de las medidas adoptadas para el avance hacia Damasco. Creía que «mi ejército» árabe debía ir ocupando el valle del Jordán, lo que a mí me pareció una idea conveniente para los intereses de Feysal.

-Ah... -me dijo Allenby al despedirme-. Le comunico, para su personal envejecimiento, que los turcos acaban de subir su cabeza a treinta mil libras.

Volví lo antes posible a Aqaba para entrevistarme con Feysal. Le puse al corriente de los planes de Allenby y le sugerí que llevase la penetración árabe más allá incluso de las líneas establecidas.

-Es vuestra bandera la que debe tomar Damasco. Y defenderla a cualquier precio.

-Se acerca una hora que no es hermosa me dijo-. La hora de los políticos.

-Sois como aquel que cantaba Mutanabbi, señor de los caballeros, de la noche y del desierto. Y en ninguno de los tres espacios hay lugar para la política.

-Amigo mío -me dijo Feysal-, mucho te debo, y nunca podré recompensarte con lo único verdaderamente grande: la paz del alma.

-Yo he luchado -le dije- por esa bandera de seda roja, por verla dominar sobre las arenas.

Feysal me miró. Creo que había piedad en sus ojos.

-Enfrentarse rígidamente al viento derriba el árbol. Pero el junco sobrevive al huracán.

Sí, esa bandera de seda roja sobre las arenas... Qué hermosa causa perdida. ¿Y qué iba a hacer yo ahora? Había apostado todos mis sueños a esa rebelión. Lo único que me interesaba en el mundo eran gestos, acciones, instantes como los que allí habían devorado mi alma, como los que allí se me había dado contemplar: la gloria y la majestad de Feysal, el sueño de oro de Auda, el coraje y la lealtad de Alí ibn Hussein, la amistad de tantos guerreros, y Dahum. Y sentir en las manos el latido, la crepitación de la Historia aunque fuese un instante, que sólo durante un instante fuese posible

sentirse Dios. En aquel mundo de sol y de arenas, lo que verdaderamente somos, «eso» donde tocamos la plenitud de estar vivos: el valor, la resistencia física, la admiración por las grandes obras artísticas, la limpieza de la conducta, la jerarquía de cualidades, eran la única medida. Y sobre ella, flotando como aquella bandera de seda roja, el anhelo de fama que incendia el alma, como dice Virgilio, esa fama donde no morir.

Y ahora perdería esa mi única tierra habitable.

¿Qué haría después? ¿Volver a Oxford? ¿Enrolarme como mercenario... dónde? Yo había pisado un temblor terrenal vasto como la Creación. Lo único equivalente era la nada. ¿Por qué no Brasil? Allí, decían, un hombre decidido podía levantar su propio imperio. También sería un mundo limpio. Inmenso. Libre.

De todas formas, ¿qué más da?

Feyssal decía que había llegado la hora de la política. Y acaso llevara razón. Pero yo no servía para eso; ese «cubileteo» me repugnaba. Sobre todo porque no era el limpio discutir de intereses enfrentados y la busca de un acuerdo equilibrado entre hombres honorables, sino la rapiña sobre montones de cadáveres de una riqueza ajena. Imaginar a mi señor Feyssal sentado a la mesa con un montón de fulleros que jamás habían pisado un campo de batalla, me revolvía las tripas. Porque yo era cómplice de esa vileza.

Mi alma era una úlcera. El odio crecía en mi carne, podía sentido como sentía el calor del sol. Me hice de una guardia de corps que garantizara mi protección, y algo más que mi protección: que me revistiera de ferocidad, que alejara de mí incluso a mis amigos. Conseguí noventa ageylish de la peor catadura, la mayoría de ellos conocidos en las tribus por su carácter sanguinario. Puse al frente al peor de ellos, Abdullah el Rahabi, asesino y salteador; su rostro picado de viruela y la frialdad de sus ojos eran mi mejor bandera. Abdullah me trajo a otro desalmado, un tal Zaagy. El conjunto resultó tan vistoso y la ralea tan evidente, que pronto fueron conocidos como «los degolladores». Eran obedientes -me obedecían a mí- mientras les pagara bien, y no había problemas de dinero. Me servirían hasta la muerte.

El abastecimiento de nuestro ejército había mejorado. Aqaba se convirtió en un centro de suministros e instrucción. Allenby nos envió varios Rolls blindados y unos Talbot con cañones de montaña, y ordenó que la base de Quweira nos apoyara con sus aviones. Las tropas jerifianas se pusieron bajo el mando de Nuri Said y se armaron suficientemente, incluso con ametralladoras. Militarmente todo parecía funcionar y sin duda todos sentíamos que la victoria estaba cerca.

Pensé volver a Azraq, pero el tiempo empeoraba y allí nevaba y había borrascas continuas. Decidí entonces ir a Jefer, con Auda. A punto de ponerme en camino, me comunicaron que Alí, mi joven criado, había muerto en Azraq; aquel muchacho maravilloso había muerto de frío.

Volvió a mi memoria como aquella noche en Jobba, desnudo, magnífico, y sus suspiros de placer, sus ojos amorosos cuando volvió la cabeza, esa cabeza preciosa, hacia mí, en el instante que yo me corría dentro de él. Pobre muchacho...

Ese mismo día llegaron a Aqaba, Lowell Thomas y el fotógrafo Harry Chase.

Basta por hoy. Es mi hora de subir a cubierta.

Esta noche es un poco más fresca. Se puede respirar. Las luces de Bombay parecen en la lluvia como luciérnagas. No tengo sueño. Voy a seguir escribiendo.

Me había quedado en que llegaron a Aqaba Lowell Thomas y su fotógrafo. Lowell habría de tener una considerable influencia, negativa, en mi vida. Pero aquel día abrasador en el puerto, cuando se acercó y me hizo la primera fotografía, yo no lo sabía.

Era corresponsal de prensa y había venido para «contar» la rebelión árabe. Lo que por cierto hizo, con tonos lo suficientemente comerciales. Thomas me siguió en algunas expediciones y se inventó otras. Pero tuve que sufrir su presencia durante algún tiempo.

El problema de Lowell Thomas era el mismo de nuestra sociedad actual, la mediocridad de sus gustos, la mezquindad de sus metas y la ramplonería de su forma de entender el mundo y la vida; incapacidad para un pensamiento profundo y una facilidad de deslumbramiento por los aspectos más triviales de los acontecimientos, que además de impedir una comprensión más honda, aplebeya el sentido de cuanto toca.

No entendió nada de la Rebelión y escribió páginas y páginas de una consistente vulgaridad; no entendió jamás qué estaba sucediendo allí. Los árabes eran para él un mundo impenetrable, del que le sorprendía su suciedad y a veces su crueldad, y al que medía con criterios democráticos norteamericanos. Tampoco sus lectores hubieran admitido otra versión de los hechos que la romántica descripción de paisajes y tribus exóticas, y en mí vió un filón para crear un personaje más romántico, si cabe, que satisficiera los sueños baratos del lector medio de periódicos. En Hussein y Feysal veía unos libertadores que, según él, se sacudían siglos de la dominación tiránica de los turcos. No comprendía el profundo respeto que latía por Constantinopla en el alma de los árabes.

-Luchan por la libertad -me dijo en una ocasión-. Por salir de una vida primitiva bajo el yugo turco y alcanzar sus derechos, como todo hombre

-Luchan por una libertad que usted no entendería -repliqué-. Por un mundo propio que nada tiene que ver con lo que usted considera «derechos políticos». Crean en el derecho de la inteligencia, de la astucia, del valor personal; la religión es la columna vertebral de su existencia, tanto individual como tribal; creen en leyes sancionadas por siglos de uso.

-No hay hombre que no quiera ser libre, me dijo, malhumorado.

-Sin duda -le contesté-. Pero le aseguro que el sentido de esa libertad varía mucho según los pueblos.

Lowell Thomas no es que fuese tonto, es que era un convencido demócrata de la más firme raíz norteamericana. Y le resultaba muy difícil comprender que pudieran existir en el mundo formas de vida diferentes de esa ramplona igualdad que su nación había consagrado como modelo de vida para todos. Ha sido el único occidental invitado por Feysal a una cena de jefes de tribus al que he visto ¡pedir una cuchara, ya que le resultaba repulsivo utilizar sus dedos!

Lowell Thomas, aunque obviamente no se lo propusiera, me ha hecho mucho daño. Sus artículos de prensa y, sobre todo, las conferencias con que acompañaba la proyección de películas sobre la guerra de Palestina, me llevaron a ocupar un papel en la iconografía popular que me resultaba muy incómodo. No solamente porque mi momento de mayor exaltación en ese delirio -«el romántico caudillo de la rebelión»- coincidió con el de mayor depresión personal por mi conciencia de haber sido cómplice de la canallesca estafa del tratado Sykes-Picot, sino porque me convirtió. de ese «ser legendario» que yo amaba en un «superhombre» populachero y me robó la intimidad, el anonimato, que era ya el último paraíso en este mundo donde ocultarme y rumiar, al menos en paz, mi ruina y mi soledad. Y lo peor de todo es que sirvió para tergiversar el sentido de mi obra, lo que yo quería contar en *Las siete columnas*.

Lowell Thomas me elevó a una fama que yo nunca he deseado, que siempre aborrecí. Me convirtió en la criatura de un culto que me ha impedido vivir; un culto insano, barato, fácil de consumir.

Recuerdo un día que estábamos descansando en Petra, donde yo había luchado meses antes. Estábamos recostados en las gradas del anfiteatro, Lowell Thomas, Nuri,

Auda y yo. Thomas, henchido de democráticas fraternidades, me dijo:

-Dígale a Auda que todos los esfuerzos y el sufrimiento de esta guerra se verán recompensados. Que vamos a darles un gobierno legítimo y su libertad.

Se lo transmití a Auda. Auda ni lo miró, y me dijo:

-Que Alá le conserve su bondad. Dile que en lo que a mí respecta, con que no lo vea haciéndome una fotografía me conformo.

-Lo que acaba de decirme Auda resume mejor que yo pueda hacerlo, lo que aquí significan esas buenas intenciones políticas que usted proclama, Lowell -le dije-. Y si intentase comprenderlo, a lo mejor lo consigue. El recetario político que usted le propone, ni lo roza. La fotografía que no quiere, y que si usted le hace sin su consentimiento, sin duda le costará el cuello, choca de frente con sus creencias. Con lo que él es.

-Una forma tan primitiva de vida no puede sobrevivir a los avances de nuestra época.

-¿ Y qué razones le dan a usted derecho -le dije- a considerar primitiva la idea de que una fotografía roba el alma, y no lo contrario, que lo tosco es considerar que las consecuencias de esa fotografía no modifiquen nuestra suerte?

Diez años después de esa conversación, puedo asegurar que si yo me hubiera negado, como Auda, a ser fotografiado y a dejar que Lowell Thomas propagase su pintoresca visión de mi actuación en Arabia, muy otro hubiera sido mi futuro. Fui yo quien debió cortarle el cuello.

De todas formas, Thomas no era sino uno más -y no personalmente perverso- de los servidores de esa nefasta concepción de la sociedad que ha ido extendiéndose como una enfermedad desde hace poco más de cien años. El final, no es preciso ser muy listo para suponerlo.

-¿Sabe usted lo más hermoso de esta guerra? -intenté explicarle un día-. Que no tiene metas materiales. La bandera jerifiana sobre Damasco no será la consagración de ningún derecho ni ninguna constitución occidentales. Será, simplemente, eso: la bandera roja al viento de Damasco. Un sueño.

La primera batalla después de la toma de Jerusalem donde tuve que intervenir fue en Tafileh, una aldea al sur del mar Muerto cuya posesión interesaba mucho a Allenby. Instalé un campamento de agrupamiento al amparo de las sagradas cimas de Edom, cerca del Uadi Mussa, donde Moisés había hecho brotar el agua de una roca. Empezamos el ataque por la estación de Jurff, y le asigné el mando a Nasir. Nasir consiguió una victoria rápida y avanzamos hacia Tafileh. Pero empezó a nevar y el viento del Cáucaso que azotaba aquella meseta fue especialmente frío; no había intendencia ni el Estado Mayor de Allenby nos había provisto de ropa adecuada, ni botas para la nieve. Las *abayaas* de oveja con que nos envolvíamos no eran suficientes. O tomábamos Tafileh o corríamos el riesgo de perecer. Cercamos el pueblo -lo que pudimos lograr porque de pronto apareció Auda con sus guerreros- y después de pedirles la rendición, que no aceptaron, atacamos. La lucha fue dura, porque el frío congelaba a los heridos antes de que pudiéramos hacer nada por ellos, pero conquistamos Tafileh y la fortificamos. Pronto hubo un contraataque turco con fuerzas superiores -era la 48ª División de Hammid Bajá- y faltó muy poco para que nos desbordasen. Se salvó la situación gracias al avance de las fuerzas del Emir Zaid y la llegada de refuerzos con el Emir Abdullah, que incluía dos viejos Hotchkiss. Fue un combate muy sangriento y desesperado. Pero conseguimos cercar a los turcos y Mohamad el Ghasib, un ageylish muy valeroso, acabó rompiendo su línea con una carga casi suicida. Tafileh era el cierre de la tenaza de las divisiones de Allenby y el ejército árabe. Ya podíamos tocar las puertas de Damasco.

Lowell Thomas escribió desmesurados reportajes y Chase tomó las fotografías que quiso. Procuré ofrecerles todo el exotismo que buscaban para felicidad de sus lectores.

Después de Tafiéh le pedí a Allenby que me trasladara destinándome a algún puesto lejos de todo aquello, donde no tuviera responsabilidades con nadie, donde no tuviera que unir mi nombre a ninguna mentira. Allenby me dijo que mi tarea había sido muy importante, que pronto accedería a mis deseos, y me regaló -creo que lo hizo de su propio peculio- un volumen con los poemas de Ropert Brooke, quien por cierto había muerto a poco de empezar la guerra, en Sciros. Allenby me dijo que estaba a punto de comenzar una gran ofensiva, acaso la última, que con el general Smuts había planeado para primeros de Mayo -ya era 1918- y que yo debía seguir de enlace con Feysal hasta su terminación.

Fui a Aqaba y me puse de nuevo a las órdenes de Feysal. Vi que se había dotado -aunque con moderación- de más artillería, blindados y aviación, al ejército árabe. Los blindados llevaban ametralladoras Vickers, muy prácticas en el desierto, y los aviones eran unos Bristol, un DH 9 y un Handley-Page. Mi puesto de mando se transfirió a Shobek, unas ruinas de una antigua fortaleza de los cruzados. Y mi misión, por el momento, debía consistir en volar trenes en el área de Minifar.

Estábamos cerca de Faraifra cuando tuvimos un encontronazo con una patrulla turca. Nos sorprendieron y obligaron a dispersarnos. Cuando por fin logramos acabar con ellos, tratamos de reagruparnos, pero algunos de los nuestros no vinieron, y entre ellos, mi fiel y querido Othman. Salí a buscado y pronto lo encontré. Estaba tendido junto a un turco muerto, y lo vi muy malherido. No podíamos trasladarlo y me pareció evidente que no viviría mucho, y si caía aún vivo en poder de los turcos, su final sería espeluznante. Othman lo sabía. No dijo nada. Tomé su cabeza entre mis manos y lo besé en la frente. Él sonrió y sus bellos ojos me miraron con dulzura.

-Voy a ver a Alí -me dijo.

-Salúdalo de mi parte -le dije. Y le disparé un tiro en la cabeza.

Quizá yo tampoco debería dejar que me rematasen los tiempos. Es un segundo. Un movimiento del dedo sobre el gatillo. Tengo cuarenta y un años. Cuanto puede venir no es sino masticar mierda.

No sé por qué estoy escribiendo todo esto. Más carne para el perro. Recordar aquel tiro -¿pero lo he dejado de oír retumbando en mi cabeza un solo día de mi vida desde entonces?- me ha producido una extraña convulsión. He visto cara a cara el horror de mí mismo. Me encuentro demasiado mal para seguir. En mi interior estalla tanta violencia que siento como si fuera a reventar mi cuerpo. No es violencia: es odio. Sí, odio. Os odio. Os desprecio. Os maldigo.

Pero a nadie desprecio tanto como a mí mismo. En el fondo he aceptado la domesticación. Si no, no estaría aquí, hozando en mis propias babas. Tomaría este revólver y me abriría paso hasta el puerto. Pero no. Voy a dejar -mientras aúllo, mientras me lamo las úlceras- que hagan conmigo lo que quieran. Que me lleven a Inglaterra, que me exhiban. Puedo inventarme cualquier excusa -es como pasar la mano por el lomo de la abyección-; oh, Lawrence, querido, Aurens, sí, Aurens, querido, oh admirado Aurens, oh rey sin corona del desierto, ya convertido en una piedra, por fin sin sentir nada, casi transparente, pueden hacer contigo lo que quieran, estás más allá, lo que imaginas que es la superioridad máxima, sí, más allá, donde ya nada te toca. Pero es mentira. Sí que te tocan esas manos. No estás más allá, estás aquí, en esta pocilga caliente, pudriéndote con tus recuerdos. Y lo único que eres es un cobarde que no se atreve a abrirse paso a tiros. ¿Una mentira más? Engañaste a Auda, a Feysal, a todos; ahora intentas engañarte a ti mismo.

He intentado dormir. Pero no puedo. Sigo. Aquel Invierno de 1918 fue el más terrible que recuerdo. El frío era insoportable. Los árabes, sin ropas de abrigo, se congelaban. Yo los veía aprovechar el más pequeño hueco, ni siquiera una cueva, en las rocas, y allí se agazapaban junto a una pequeña hoguera de ajenjo. Pero muchos dedos se helaron y las amputaciones se multiplicaban. Los turcos parecían, además, reanimarse, no sólo aumentaban sus efectivos sino que luchaban con más fiereza. Trasladamos nuestro campamento –si es que aquel desperdigado hormiguero de guerreros ateridos era un campamento- a Uadi Jinz, y después a Uheddía, donde se encontraba Feysal. Feysal estaba muy preocupado, me dijo que detectaba un gran desánimo entre los suyos y que necesitábamos una victoria. Pero la resistencia turca la convertía en algo muy difícil. Levantó un poco nuestras ilusiones que unos mensajeros nos comunicaran la toma de Amman, por Allenby. Pero teníamos la sensación de encontrarnos atrapados por aquel Invierno ante unas líneas de defensa infranqueables.

Fui a El Cairo y le pedí a Allenby refuerzos, dinero y «estímulos militares. Me dijo que la situación era delicada, pero en Otoño se lanzaría una ofensiva definitiva. Que era conveniente engañar a los turcos y a los alemanes haciéndoles creer que nos concentraríamos en el valle del Jordán, mientras él llevaba sus tropas hacia los olivares y naranjales de Ramleh. Quería concentrar allí todos los efectivos para mediados de Septiembre, y me encomendó el apoyo a la ofensiva, dividido en dos líneas de penetración: Joyce y los blindados deberían atacar Muddouwarah, y yo con mis árabes, Ma'an. Prometió una coordinación con la RAF y el suficiente soporte artillero.

Entonces sucedió algo que por unos días puso en peligro toda la estrategia decidida para aquella campaña. Los bolcheviques se habían hecho con Rusia e hicieron públicos los acuerdos Sykes-Picot. El Jerife Hussein se enfureció y amenazó con retirar su apoyo a la guerra, aprovechando de paso para amenazar a su hijo Feysal por el nombramiento de Jaafar Bajá como comandante de sus tropas. Jaafar presentó su dimisión a Feysal para evitar enfrentamientos, pero Feysal no la aceptó. Allenby dijo que apoyaría a Feysal si desobedecía a su padre en el caso de una defección de éste. Por fin, La Meca rectificó y la situación pudo recomponerse. Allenby envió al teniente coronel Alan Dawnay como enlace entre los ejércitos árabe y británico, lo que sí fue considerable ayuda, porque Dawnay entendía muy bien las características de la Rebelión. Yo regresé a El Cairo; Allenby me dio las últimas instrucciones sobre las operaciones de Otoño, pero me aseguró que los acuerdos Sykes-Picot iban a ser indiscutibles.

-Es un error, señor -le dije-. Los árabes no se conformarán.

-Los árabes no tienen artillería -me respondió.

-Los acuerdos son una infamia.

-Yo no sé de infamias -exclamó, malhumorado-. Sólo sé hacer mi trabajo Como usted debería saber hacer el suyo. La política no es asunto nuestro. Somos militares. Nuestra misión es combatir y ganar, no discutir lo que los gobiernos acuerdan.

-Pero les hemos prometido a los árabes... -intenté argumentar.

-Yo no. Usted lo ha prometido.

No pude responderle. Me dijo que fuese a Jefer a explicarles de la mejor manera a los árabes lo que iba a pasar, y que disfrazase en lo posible el alcance de los tratados. Volé desde allí a Quweira y luego a Jefer, donde me esperaban Nuri Shalaam y Feysal. Deseé que el avión se estrellase.

Feysal y Nuri eran conscientes de esos tratados, pero mantenían una última esperanza de que no se pudieran llevar a la práctica en su totalidad si ellos ocupaban el territorio con la fuerza suficiente. Yo apoyé esa teoría.

-Debéis entrar el primero en Damasco -le dije a Feissal-. Y crear de inmediato un

gobierno árabe independiente sobre toda Siria.

-Siempre has puesto mi honor por encima del tuyo -me contestó-. Te lo agradezco. Pero hay un problema que no debes olvidar. Siria no ama a los beduinos. Podrán acaso respetarme a mí, pero, salvo los que ya me pertenecen, la mayoría de los hombres relevantes de Damasco preferirían antes a los turcos que a nuestros hombres.

-Pues gobernaréis con sirios.

-Todo está en las manos de Alá -me dijo-. Y de lo que el juego de fuerzas reales me permita -añadió con una sonrisa.

-Sin contar a Abd el-Kader -dijo Nuri Shalaam, y muy acertadamente, como los acontecimientos posteriores evidenciarían.

Pasé aquellas semanas volando trenes, intentando aislar al máximo Ma'an, frente a cuya resistencia se estrellaban una y otra vez todas nuestras tentativas. Jaafar luchó con un heroísmo inigualable y Auda multiplicó su legendaria bravura. Pero no pudimos tomarla. No se podía hacer otra cosa que ir cercándola, impedir sus abastecimientos, aislarla del resto del ejército turco. Chase pudo hacer montones de fotografías y Lowell Thomas siguió escribiendo sus inflamados artículos sobre mí. Conseguí que Allenby nos cediera un resto de camellos de la Brigada Imperial, tres Rolls blindados y algunos desechos de su artillería. Aun siendo tan importante la artillería, fueron esos dos mil camellos los que constituyeron la columna vertebral de nuestra victoria. También nos reforzó con un destacamento francés. Y con ese ejército multicolor continuamos el cerco de Ma'an y nos dispusimos a integrarnos en la gran ofensiva prometida por Allenby.

Como preparación de la ofensiva de Otoño, nuestras tropas árabes debían presionar hacia el Norte. A nuestro ejército jerifiano, mandado por Nuri Said se unieron los gukhas y los regulares británicos con los zapadores del capitán Peakey. También vinieron Auda y Nasir, y algunos blindados. En Azra nos concentramos para atacar Deraa. En Deraa había ahora, junto a los turcos, tropas alemanas, y éstas eran más duras. Decidimos cercar la ciudad cortando el ferrocarril y situando nuestras tropas árabes al Norte, en Shiekh Saad, la infantería al Sur la 4a Brigada de Caballería que mandaba Barrow al Oeste. Pedimos apoyo de aviación, pero no podían auxiliarnos. Entonces empezamos el ataque por estación de Nezerib. Los combates eran encarnizados, sin cuartel. Como si un rosario de sangre y degolladuras señalara el camino de Damasco. El 4º Ejército turco empezó a ceder en la línea Ma'an-Dera; pero Ma'an continuaba imbatible, aunque ya no podían ni evacuar los heridos. Logramos romper su frente por encima de Deraa, y se replegaron atrincherándose en Tafas.

Lo que sucedió en Tafas es la historia más trágica que recuerdo de aquella guerra. Allí toqué el fondo de la abyección humana, del horror, pero también en Tafas contemplé la más hermosa estampa de gloria de que tengo memoria.

Los turcos iban arrasándolo todo en su retirada matando y violando y sometiendo las aldeas al pillaje más atroz. Tafas, a cuatro kilómetros, era la puerta de Deraa. El Regimiento de Lanceros de Yem Bajá nos esperaba allí. Ordené que los rualia, al mando de Khalid, y Auda y sus hoveitah, se desplegasen por los flancos; yo avancé por el centro con el resto de las tropas. Los turcos decidieron no presentar batalla -supongo que atemorizados por los relatos de nuestra ferocidad-, y empezaron a retirarse. A mi lado cabalgaba Talhal, uno de mis capitanes más valerosos; era hijo de esa aldea y estaba ansioso por liberarla.

A partir de ese momento, todo transcurre en mi memoria a un ritmo muy lento, como si fuesen pasando fotografías. Cuando los lanceros rebasaron las últimas casas de Tafas, (y también esa retirada está envuelta en un silencio sobrecogedor silencio y una espesa nube de polvo) no apreciamos ningún movimiento en la aldea. Ni siquiera vimos

moverse una cabra o un perro. Algunas casas ardían. Aguardamos durante un rato. Yo miraba las manos de Talhal que se aferraban a las riendas de su yegua, crispadas; tenía los ojos muy abiertos, sin parpadear, fijos en Tafas. De pronto vi acercarse al galope, a Auda. Su rostro estaba desencajado. Llegó hasta donde yo estaba.

-¡Cerdos! -dijo-. Los han matado a todos.

Talhal se estremeció en su montura. Sentí cómo se apretaban las filas de mis guerreros, impacientes, tensos.

Ordené avanzar lentamente. Conforme íbamos acercándonos a la aldea, un hedor terrible fue envolviéndonos. Nos acercamos a las murallas de arcilla y empezamos a ver cadáveres y cadáveres, medio desnudos, cubiertos de sangre. Vi un perro clavado contra una puerta. La matanza que habían perpetrado allí los turcos era escalofriante. Nunca he visto nada igual. Habían asesinado a bayonetazos, a lanzadas, a cuchillo, a toda la población, después de violar -las posturas y las desnudeces lo manifestaban- a mujeres, niñas, niños, hombres... Por todas partes había cadáveres. Un anciano tenía su vientre abierto como un baúl y todos los intestinos sobre los muslos. Vi a una mujer, de espaldas, desnuda, con una bayoneta clavada en su ano. Todas las criaturas -niñas de siete, de ocho años- tenían señales de violencia sexual. Hay una imagen que no he podido apartar jamás de mis pensamientos, y que aún, a veces, me despierta en la noche helándome de horror. De aquel silencio que hedía a sangre corrompida, a cenizas y a cadaverina, avanzó hacia nosotros una niña, desnuda, bañada en sangre, con los brazos extendidos. Nos pedía perdón.

Todos estábamos paralizados. Vi los ojos de Auda -¡de Auda!- brillantes de lágrimas. Ni un movimiento. Como si todo el ejército se hubiera petrificado. De pronto, Talhal avanzó unos metros, sin mirarnos. Me di cuenta de que estaba asistiendo a un hecho mítico, como haber contemplado a Aquiles, a Milcíades en Maratón, a Alejandro. Durante unos segundos -como horas- todo se detuvo. También los turcos detuvieron su retirada. El paisaje estaba muerto. Hasta pareció cesar el viento. Talhal clavó sus ojos en los turcos. Se cubrió despacio su rostro con la *quffiyah*, se afianzó en su silla, sacó su espada, y con un alarido que aún resuena en mis oídos, clavó espuelas y se lanzó de cabeza contra los turcos.

El galope desesperado de Talhal sucede en el silencio del mundo. Talhal cargaba como un rayo, con su espada por delante y gritando su nombre: «¡Talhal! ¡Talhal! ¡Talhal! ¡Talhal! ¡Talhal!» Esos gritos, como rugidos, estallan en mi cabeza. Cuando ya se hallaba a poca distancia de las filas turcas, una descarga lo abatió y su cuerpo cayó sobre las lanzas de la primera formación.

Entonces todos nos lanzamos a una carga salvaje.

-¡Ni un prisionero! ¡Ni un prisionero! -me di cuenta que gritaba yo, arrastrado por aquella locura.

-¡Ni un prisionero! -gritaba Auda, que cabalgaba a mi lado-. ¡Oro al que mate más turcos! ¡Matad! ¡Matad!

Luchamos durante horas, como nunca he visto luchar ni veré jamás. Matábamos y matábamos, como poseídos de una furia incontenible, más allá de la demencia misma, destrozando los cuerpos, descuartizándolos, asesinando hasta a los heridos. El sudor nos cubría mezclado a la sangre. Nuestras ropas pesaban por la sangre que las empapaba. No sé cuántos hombres maté en Tafas. Heridos que me imploraban perdón. Vi a Auda segar con su espada las manos de un soldado moribundo que las alzaba suplicándole. Maté y maté. Con mi pistola, con mi rifle, con mi gumía. Matamos hasta a los animales. Me sacié de horror. Cuando cayó el sol, la llanura estaba cubierta de cuerpos ensangrentados y destazados y el olor a muerte lo impregnaba todo.

Era la materialización de aquel pensamiento de Schopenhauer: El hombre, esa

bestia carnicera.

¿Pero por qué en el alarido de esa bestia hay grandeza? Acaso porque en la repetición de ese ceremonial de sangre y violencia se toca el cometa de la fuerza vital, ésa que sólo avanza ciega y sin otra meta que sobrevivir. La hemos sofocado con la Civilización, pero también a ésta la sustenta, aunque más o menos sometida. Es brutal, pero es hermosa, como lo es la explosión de un volcán. Y en ciertos momentos en que se le abren las puertas, contemplamos ese lado nuestro, y nos satisface. Por eso en el fondo del horror de la matanza, de la carga como un alarido de la sensación de existir en estado puro, junto al miedo que nos ha hecho concebir la Civilización, y más allá de la piedad con que las religiones nos han templado, galopa por un instante, libre, centelleante, la bestia de la libertad, el animal del instinto. Y locos en esa furia contemplamos el hermosísimo amanecer del mundo, somos felices como lo es rayo, o el terremoto o la marea. En ese segundo el que sólo somos la furia de la especie. Quizá por eso decía Cleómenes que el daño que en la guerra se inflige al enemigo está más allá de la justicia.

(Somos seres extraños, muy extraños. De pronto, el recuerdo de Tafas se ha desvanecido en mi memoria, y la ha ocupado por entero una imagen: el Cherubino de Amelita Galli-Curci aquella noche en Londres. «*Non so piu...*», ah... Qué... Qué... Ese hilo de cristal que jamás se rompe, entre la dicha y la melancolía.)

Después de Tafas, atacamos Deraa. La resistencia alemana, como su retirada, fue un ejemplo dignidad y honor militar. Nasir ocupó la ciudad y yo entré en ella -esa ciudad de mi herida- bajo la luz del amanecer.

E14°. Ejército turco -cuya última resistencia había sido arrasada por la Caballería de Allenby en llanura de Esdrelón- estaba destruido. Teníamos más de diez mil prisioneros e incontables muertos. Ya nada impedía el avance sobre Damasco.

Feyssal vino hasta nuestras posiciones. Había cambiado su camella por un lujoso Vauxhall. Le dije que preparara su entrada triunfal en la ciudad. Al día siguiente, acompañado por mi guardia, fui a Kiswe, donde me aguardaban Auda, Nasir, Nuri Shalaam y el general Chauvel⁴⁸. Nuri me dijo que acababan de derrotar a una columna turca de más de seis mil hombres, pero que aún quedaban fuerzas interpuestas entre nosotros y Damasco. Les aconsejé -cuando pude zafarme de Chauvel- que no perdieran tiempo, que los regimientos de Barrow nos pisaban los talones y que debíamos adelantarnos. Para entretener un poco más a Barrow envié mensajeros a su vanguardia diciéndole que acabasen ellos con la resistencia turca.

Habíamos llegado al final de nuestro camino. El sueño de aquel día ya lejano, se había hecho realidad. No sabía lo que podía suceder, aunque lo presentía. Era mi leyenda y mi fracaso. Pero allí estaba Damasco. La Damasco de oro de Ibn Jubair, brillando como el halo que envuelve la Luna. Íbamos a conquistarla y a intentar que resultara muy difícil arrebatárnosla. Eso al menos se lo debía a Feyssal, a Auda, a tantos valientes que habían empezado conmigo esa guerra y que ahora eran arena del desierto.

Ah, aquel último amanecer antes de Damasco. Como si en la blancura de la mañana las vetas rojizas fueran un homenaje a toda la sangre vertida en el combate, al valor de mis guerreros. *Mis* guerreros. Sí, eran míos, yo los había encauzado hacia aquella ciudad como un huracán. En esa luz que se levantaba, al ponerse restallarían la seda roja de Feyssal. Subí a la cima de una colina desde donde se veía, entre el polvo que el viento levantaba en la llanura, polvo como cristal triturado por su brillo, la ciudad deseada. El campo era un espacio de piedras negras volcánicas que resplandecían.

-¡Vamos! -les dije.

⁴⁸ General Henry Chauvel.. Comandante en jefe del Cuerpo Montado del Desierto, tropas australianas.

Y subí al Rolls y nos pusimos en marcha. A mitad de camino, un jinete se nos acercó volando en su montura. De su mano colgaba un racimo de uvas como el oro.

-Para ti, Aurens -me las ofreció riendo-. Recién cortadas en las puertas de Damasco.

Me invadió la tristeza. Sabía qué poco era lo que íbamos a conseguir en realidad. Me sentí como el que está a punto de ser desenmascarado. La gran mentira, «mi» gran mentira, estaba a punto de saltar por los aires. Ni siquiera iba a poder darles a mis árabes la virginidad de Damasco. Yo ya había imaginado que Allenby intentaría lo imposible para conseguir que no fuésemos los primeros en entrar en la ciudad; y lo había logrado. Estábamos a menos de tres kilómetros cuando Auda, desfigurado por la furia, vino cabalgando hasta el coche y me dijo que el Décimo de Caballería Ligera Australiana, a las órdenes del comandante Olden, había ocupado el ayuntamiento y había recibido la rendición de Mohammed Said, que era un lacayo de los turcos a quien Jemal Bajá había nombrado gobernador la tarde antes; y junto a Said, el inescrutable y traicionero Abd el-Kader. Nos habían ganado la mano por unas horas.

-No importa -le dije a Auda, aunque también a mí me devoraba la rabia y la impotencia-. Ocupad otros edificios. Y la central eléctrica. Los depósitos de agua. Ocupad cuando podáis. Y constituíos en gobierno.

En ese instante estuvo a punto de tener lugar una formidable broma de la Historia -casi justicia poética-: una patrulla de lanceros de Bengala nos detuvo y, a causa de mis ropas árabes, estuvo a punto de ejecutarme al tomarme por un espía. No hubiera sido mal final tampoco, caer allí fusilado por los nuestros, por error, casi tocando ya las puertas de Damasco.

Por fin -era el 1 de Octubre- crucé esas puertas. Amanecía. Por el Este el sol surgía rasgando los jirones de bruma de la madrugada. Todo parecía fundirse en un espejo de púrpura y oro. Los palmerales y los huertos verde esmeralda se llenaban de luz. Miré a los cielos, y vi un buitre, un cuervo y un cernícalo, peleando entre sí; era como una premonición. También los árabes se pelearían. Vi un urogallo sobre un tejado. Me volví hacia Nasir y Nuri Shalaam, los abracé y los besé.

-Es lo que veíamos ya en Medina, Aurens -me dijo Nasir.

-Sí, Aurens -añadió Nuri-. Desde Medina. Desde siempre.

Y entramos en Damasco. Las calles reventaban de gente. Las mujeres arrojaban flores sobre nosotros. Me vi a mí mismo como Ibn Suhayd decía de Mutanabbi: «Enhiesto como una palmera sobre la duna. Cubría su cabeza un turbante rojo del que pendía flotando un cabo amarillo. Llevaba la lanza apoyada en el hombro. Iba montado sobre una yegua blanca.» ¡Qué farsante! Pero me gustaba. Algo en mí necesitaba aquello. No sé si de verdad aquella multitud entusiasmada nos anhelaba, o nos temía; o si era sencillamente la expresión de su alegría por el fin de la guerra. Pero nos abrazaban, sus ojos brillaban. Casi llevados por ellos llegamos al ayuntamiento. Allí me encontré, ya «sentado», al venal Said, defendido por la guardia marroquí de Abd el-Kader. Yo odiaba a Abd el-Kader. Me había traicionado cuando los ataques en el Yarmuk. Y allí estaba ahora, frente a mí, retador, en medio de aquella confusión inenarrable. Intenté poner orden. Pero la sala de sesiones bullía como un hormiguero furioso: quienes pretendían agarrar la última tajada de los provechos de la guerra, los advenedizos, los traidores, los corros de drusos, muchos de ellos gente que había sido fiel a Turquía. Y los héroes. Auda alzaba su noble figura frente a los grupos que chillaban. Auda odiaba a los drusos, y de pronto en medio del griterío, lo vi sacar su espada y empuñar con la otra su pistola. Me costó apartar a Auda y llevarlo a otra sala. Recuerdo su rostro, descompuesto, cubierto de sudor, sus gritos: «¿Lo ves? ¿Lo ves? Era para esto. Todo ha sido para esto. No hay oro. No hay gloria. Nos has mentado,

Aurens.»

Era imposible poner de acuerdo a todos aquellos partidos enfrentados. Hice uso de la autoridad que me confería mi nombre, y el de Feysal, para intentar organizar el gobierno de la ciudad. Nombré gobernador militar a Shukri el Ayubi, que nos era muy favorable, y salí a recorrer las calles. La multitud seguía enloquecida, ondeando banderas rojas y gritando con delirio el nombre de Feysal. Y a ese nombre amado, unían el mío: «¡Aurens! ¡Aurens! ¡Aurens! ¡Aurens!..»

Las horas que siguieron, qué extraño, permanecen casi borradas en mi memoria. Sé que estaba muy cansado, y ni aquella excitación del momento me prestaba aliento. Tuve que ir a un hospital, donde cientos de turcos heridos se pudrían sin agua, sin auxilio médico, comidos por las moscas, los piojos y las ratas. Algo sucedió, pues un oficial inglés me abofeteó, supongo que tomándome por un árabe y culpando a éstos de la miseria de aquel hospital. No pude sino reírme. Me propinó otra bofetada mientras gritaba «¡Maldito seas!», pero yo seguí riendo. Luego casi me desvanecí. Tuve que retirarme a descansar, encontré un camastro viejo y me dormí.

Me sacó de ese sueño la mano de Nasir.

-Ven -me dijo-. Hay problemas.

Le acompañé y me encontré con un grupo de rualias que me comunicaron que los soldados de Abd el-Kader no aceptaban los nombramientos que yo había ordenado. Fui a hablar con él. Vino conmigo Auda, dispuesto a degollar al cabecilla argelino. Y de nuevo la reunión en el ayuntamiento se convirtió en una vorágine de resentimientos. Para completar el cuadro, el general Chauvel me hizo llegar un mensaje con sus intenciones de ocupar la ciudad con tropas inglesas, en nombre de Allenby. Le dije que el propio Allenby me había prometido que los árabes mantendrían el derecho de permitir o no esa ocupación, innecesaria en todo caso si ellos conseguían un gobierno sólido. Chauvel se mostró terco y tuve que amenazarlo con la respuesta violenta de los árabes en el caso de que sus tropas atravesaran las puertas de la ciudad y que, en todo caso, de entrar, deberían rendir honores a la bandera del Jefe. Esto pareció convencer a Chauvel de la conveniencia de mantener sus posiciones por el momento fuera de Damasco.

El nombramiento de un gobierno árabe fue lo peor de todo. El mejor razonamiento se perdía en aquel pandemónium de insultos, gritos, amenazas, alianzas y traiciones... Como si el puño que había unido a las tribus y a los clanes, como si el juramento sobre el Corán de aquella lejana noche, como si el sueño de conquista que había borrado toda aversión entre ellos, de pronto se hubiera abierto derramando la ferocidad y el egoísmo de cada bandera; los viejos odios renacían, los enfrentamientos se aceraban. Habían dejado de ser «árabes»; ahora volvían a ser Ateibash y Rualia y Haritz y Hoveitah y Jujeina y burgueses de Siria que casi se lamentaban por el turco vencido, y ninguno pensaba sino en su propio botín de guerra. Hubo incluso disparos y vi brillar alguna guma. Yo mismo tuve que disparar en pie sobre una mesa para hacerme oír. Pero mis promesas de soluciones justas y equilibradas en una unidad bajo el nombre de Feysal, les hacía reír. Los beduinos, además, no entendían la gravedad de los problemas con que nos enfrentábamos -no entendían ni siquiera el problema mismo-. El suministro de agua había dejado de funcionar, y los cadáveres de hombres y animales se pudrían en las conducciones y desatarían las más espantosas epidemias. La luz era otro problema. No disponíamos de nadie en el servicio de bomberos, en una ciudad amenazada con arder entera. Y había que restablecer telégrafos, teléfonos, radios, policía. Y el alucinante e irresoluble caos de los hospitales, donde montones de heridos agonizaban -turcos casi todos- en las peores condiciones. Y todo era como un haz que convergiera en mí.

No logré poner orden. Recuerdo mi segundo día en Damasco. Había caído rendido y dormí un par de horas. Me despertaron unos disparos. Salí y Auda me dijo que los drusos se habían sublevado comandados por Abd el-Kader. Ordené inmediatamente a Nuri Said que acordonase a los drusos y que emplazara las ametralladoras en las bocacalles. Por fin logramos acabar con ellos y apresar a Mohammed Said, pero se nos escapó Abd el-Kader; me hubiera gustado pillado y ejecutado. Tuve que matar a otros. Poco después, el ejército de Allenby -aquel río inmenso y abigarrado donde tantas nacionalidades se mixturaban, desde Australia hasta la India, todos con sus enseñas y sus uniformes- entró en la ciudad y la ocuparon. Fue una ocupación total, a cuyo lado, la entrada de mis guerreros parecía disolverse como una huella en el desierto. Sí. Pero esa huella había dado a luz ese caudal.

Pero ahora llegaba la hora del reparto. Las potencias adjudicándose su botín. Y en ese botín, poco íbamos a contar nosotros. El mundo que por un instante yo había visto restallar, se hundía ahora en la componenda política. Todo el coraje, la limpieza viril de nuestra lucha iba a pudrirse como aquellos moribundos del hospital turco, en aquel hedor. Sobre nuestras heridas de hombre, se extendían las vendas sucias de la política. Todas las ilusiones se pudrirían, destilando qué líquidos atroces.

Mi última orden en Damasco fue la de cavar enormes zanjas para enterrar sin nombre a todos los cadáveres. Después entregué el poder a Allenby. Le aconsejé que nombrase gobernador militar a Alí Riza, que bien merecido se lo tenía por su larga tarea, tantas veces al filo del patíbulo, como agente de Fyssal.

Se anunció la llegada de Feysal, que venía en tren desde Deraa. Fue hermosa su entrada en Damasco. Siempre tras él su viejo servidor abisinio, aquel negro gigantesco. Feysal entró en Damasco montado en un caballo y seguido de su guardia. Fue la primera vez que Feysal y Allenby se encontraron frente a frente. Feysal agradeció a Allenby la victoria. Allenby le respondió -qué terrible momento -que Siria quedaba según el Tratado Sykes-Pic, como protectorado francés y que todos los territorios al Oeste del Jordán y la costa quedarían fuera del poder árabe. Feysal protestó y dijo que sus tropas habían tomado el día anterior Beirut, pero se le conminó a que arriase su bandera pues el Líbano pasaba a estar totalmente bajo el poder de Francia. Después de una protesta inútil, Feysal abandonó el ayuntamiento. Allenby me dijo entonces que yo debería permanecer junto a Feysal como representante de Gran Bretaña. Me negué a aceptar ese cargo.

-Es usted un soldado. Debe obedecer -me dijo

-Ya no soy nadie, señor -le contesté-. Estoy agotado y no tengo condiciones para el mando. Le ruego que me traslade.

En el mar de Arabia, 15 de Enero

Hemos zarpado al alba. He pasado la mañana -salvo un rato, cuando me han permitido subir a cubierta; ah, qué hermosura la de esta mar- repasando el canto VI. No termina de convencerme cómo he traducido el encuentro con Nausica. Le falta «temple», deslumbramiento. No es digno de Homero.

Tampoco nuestra vida lo es.

Sigo:

Allenby me concedió su permiso, y regresé a El Cairo. Mis últimas horas en Damasco las pasé admirando los mosaicos hermosísimos de la Gran Mezquita. Pensé en cuando esa ciudad fue modelo de arte y tolerancia, a finales del siglo VII, bajo los Omeya. Después me fui y ni siquiera volví la cabeza para contemplarla. Había sido la meta de mis sueños, de los sueños árabes, en los últimos años. Pero ya no era nada. Asunto acabado. Sólo ansiaba alejarme. ¿Volver a Inglaterra? Qué más daba.

En El Cairo me ascendieron a coronel, lo que acepté porque aparejaba el uso de coche-cama en Europa, y siempre es de agradecer el estar solo. Le regalé a lady Allenby una alfombra preciosa que había sido la de oración de Ayesha, recogí mis pocas pertenencias, unos cuantos libros amados y mi Lee Enfield con incrustaciones de oro que me había regalado Feysal; en su culata había muescas de los turcos que yo había matado con aquella arma. También de allí me fui sin volver la cabeza. Durante el viaje – casi huída- el capitán del barco me informó de que se habían producido levantamientos árabes en Siria, porque no aceptaban el reparto Sykes-Picot y que se organizaban guerrillas, tanto contra los turcos -el armisticio tardó en firmarse, hasta el 30 de Octubre, en el *Agamenón*, en el puerto de Lemnos- como contra las tropas de ocupación.

No me interesaba. Lo único que deseaba era tomar el sol en cubierta y leer a Píndaro.

Mi vida, para la que todo había perdido su significado, era una continua e inútil escenificación del parlamento de Hamlet en el acto tercero. Hasta me sorprendía muchas veces declamándolo en voz alta. Era un cadáver que tanteaba en un vacío inmenso. Yo podía, como escribió Mutanabbi, «aceptar el encuentro de la muerte sombría, pero no el de la vileza».

Cuando fui llamado al Congreso de la Paz en París, a principios de 1919, acudí con el ánimo de quien va a cavar la tumba de un camarada. Íbamos a enterrar la independencia de los árabes. Feysal había decidido mostrarse firme en sus exigencias, pero Inglaterra tenía sentenciada la colonización de Mesopotamia, y si en algunos aspectos se mostraba proclive a las aspiraciones de Feysal en Siria, era sólo por trabar la influencia de Francia. Pero París no estaba dispuesto a renunciar a Siria ni a la Cilicia. Las sesiones de trabajo serían interminables y aburridísimas; menos mal que en previsión de esa inútil tabarra, yo llevaba siempre encima la *Antología griega* que hacía dos o tres años había publicado Loeb, y me entretenía con esos espléndidos epitafios. Alguno de ellos bien me convenía. Trabajé mucho durante esos meses en *Las siete columnas de la sabiduría*, sobre todo por las noches; pude redactar siete capítulos.

También me acompañaron mucho la *Anatomía de la melancolía* de Burton, los versos de Yeats, que siempre me han emocionado, Conrad, Flavio Josefo y, siempre, Melville.

Ya había presentado antes de ir a París un resumen de mis puntos de vista -y supongo que «la fama» me daba autoridad ante aquellos caballeros en la reunión especial de la Comisión Oriental del gabinete. Les dije que lo mejor sería la existencia de cuatro Estados, desde El Higaz, bajo el poder de Hussein, al reparto de Mesopotamia en dos, el Norte para Zeid, el Sur para Abdullah, dejando Siria entera para Feysal. Me dijeron que podía considerarse la idea, pero acudiendo a un plebiscito, plebiscito que yo sabía sería manipulado por nuestros gobiernos. El Jerife Hussein dijo que no aceptaba en forma alguna que se cuestionara su poder, y que además la soberanía de Arabia había sido prometida por Inglaterra a cambio del apoyo árabe en la guerra contra Turquía.

Como preparación para el congreso, Feysal vino a Inglaterra, acompañado de Nuri Said. Desembarcaron antes en Marsella, y allí los esperé. Como afirmación de mi lealtad -lo que hice durante toda aquella época, incluso en las sesiones del congreso- me presenté vestido de árabe, lo que complació mucho a Feysal; creo que entendió que mi afecto y mi respeto por él y su causa eran superiores a los que estaba obligado a manifestar por Inglaterra. Quise que todos lo supieran. Feysal me trajo como regalo la magnífica *Historia de la guerra* de Delbriik. Traté de conducirlos directamente a Londres, pero las autoridades francesas, imagino que para poder hacer ante él un «despliegue de poder», establecieron un largo itinerario con todo tipo de demostraciones, sociales y militares. Era como decirle: todo esto está detrás de nuestras aspiraciones en Siria. Feysal se dejaba cortejar, pero permaneció inescrutable. Por fin conseguimos dejar atrás aquel interminable desfile de prepotencia y subimos en Boulogne a un crucero británico que nos condujo hasta Inglaterra.

El rey recibió a Feysal en el palacio de Buckingham y yo permanecí a su lado, ataviado con mi *jaiqe* de seda blanco y mi *quffiya* con *aqal* de oro.

Acudí a París con muy pocas esperanzas. Pero me había propuesto dejar al menos orgullosamente enarbolada la bandera de los derechos árabes. Los franceses no se mostraron muy complacidos con mi presencia en las sesiones. Pero tanto Feysal como el gobierno inglés -Inglaterra, por lo que yo pudiera servir para reducir la influencia francesa -me impusieron. Me hospedé en el hotel Continental, cercano al Majestic y al Astoria, que eran los alojamientos de la delegación británica. Pedí -y obtuve- permiso para que mi intervención en el Congreso se estableciese como miembro de la delegación de El Higaz. Como aquella imagen -mi ropa árabe, la gumiya que siempre llevé al cinto, mi asiento junto a Feysal- era lo más llamativo para la prensa, no me daban descanso solicitando incontables entrevistas, que yo aprovechaba para defender la causa de Feysal.

Propuse al gobierno de Su Majestad que se permitiera la total libertad de El Higaz, que Mesopotamia -en caso de resultar imposible establecer lo que era mi opinión: reinos libres bajo Abdullah y Zeid, los hijos del Jerife-- quedase bajo mandato inglés, y que para contentar a Francia se le dejase el mínimo aceptable de Siria, entregando el resto a Feysal, a quien también se le concedería una salida al mar por Alejandreta. A cambio los árabes debían reconocer un Hogar Judío, aunque éste quedase bajo “control” británico. Esto, que al principio parecía factible dada la moderación de Feysal, y también sin duda la de Chaim Weizmann, entró luego en un callejón sin salida debido a la intransigencia creciente de unos y de otros en lo referente a los territorios palestinos.

Ni que decir tiene que tanto Woodrow Wilson como Lloyd George y, sobre todo, Clemenceau, que fue el mayor responsable de los despropósitos inconcebibles que se apañaron lo mismo en nuestras sesiones que en el monstruoso Tratado de Versalles, no

estaban dispuestos a aceptar mi criterio. Es curioso que el único que sí entendió mis advertencias fue un miembro de la delegación británica en la conferencia, un ex alumno del King's College de Cambridge muy interesado por la economía, John Maynard Keynes. Hablamos varias veces durante aquellos meses. También él consideraba un error -«Peor que un error: un crimen», me dijo invirtiendo la célebre frase de Talleyrand- las cláusulas de reparaciones que se impondrían a Alemania. Coincidió conmigo en considerar nefasto a Woodrow Wilson, del que nos burlábamos dudando si sería más sordo que ciego, y veía el futuro con el mismo pesimismo. Estaba casado con una dama encantadora, bailarina, Lydia Lopokova, y una noche que estábamos cenando los tres juntos, me dijo:

-No le dé más vueltas, amigo Lawrence. De una paz cartaginesa no ha salido jamás sino el horror. El huevo de la serpiente.

En aquella conferencia, aparte de la lectura de la *Antología griega* o de Burton, lo único fascinante fueron las intervenciones de Feysal. Era el Rey, el ser más noble de aquel Consejo de los Diez. Cómo resplandecía. Hermoso, físicamente hermoso, orgulloso, sabio, refinado, con la autoridad de la cultura y del valor probados.

Cuando tuve que intervenir yo -y en contra de las muy poderosas presiones que estaba recibiendo de la delegación inglesa-, defendí sin ambages la independencia de los territorios al Sur de la línea Alejandría-Diarrbakir, y afirmé que aun tratándose de tribus diferenciadas y Estados en ocasiones enemigos, constituían tanto geográfica como económica, religiosa y culturalmente, una unidad. Esa unidad se había probado en la Rebelión, y de ella era natural que emergiese un mundo independiente. El presidente Wilson me preguntó qué tenían en común el Yemen y Siria. Le contesté que el haber muerto sus hijos juntos por una bandera. Se echó a reír. Clemenceau afirmó que Francia no renunciaría a sus derechos. Feysal replicó preguntando qué derechos eran éstos, y Clemenceau respondió: « ¡las Cruzadas!» Entonces nos echamos a reír nosotros y Feysal le cortó:

-Señor presidente, creo que olvida quién ganó cuando las Cruzadas.

Pero todo era inútil. Francia se negó a reconocer a Feysal como rey de Siria. Informes que nos llegaban secretamente nos confirmaron que todo estaba ya decidido. Feysal regresó a Damasco en Primavera. Yo continué durante algún tiempo en París, pero, como gesto de repulsa ante aquella componenda política, me negué a aceptar la Orden del Baño que Su Majestad me había concedido por la toma de Aqaba y que ahora deseaba imponerme en un acto con notoriedad.

-No puede usted negarse -me dijo Lloyd George-. Es una cuestión de honor.

Fue la gota que colmó el vaso de mi paciencia.

-¿El honor, señor Primer Ministro? Mientras nuestros hombres y los alemanes caían como moscas en Francia, los franceses les vendían carne a los alemanes y los alemanes nos vendían a nosotros obuses que matarían a sus propios soldados. Nuestro algodón y nuestro cacao terminaba en Berlín, de lo que se sacaba buen rendimiento económico. Cuando a Inglaterra le faltaba aceite y cemento, se lo estaban vendiendo a Alemania, para sus blocaos, y la gasolina. ¿De dónde sacó Alemania la glicerina para los explosivos sino de las ventas inglesas? Le diré dónde he visto el honor, señor Primer Ministro. He visto el honor en los hombres que caían en el campo de batalla. Y he visto morir en ese campo a muchos árabes, árabes que creían en la palabra de Inglaterra. Si Su Majestad desea imponer la Orden del Baño, que la imponga en las arenas del Yunque del Sol.

Estaba tan asqueado de la Conferencia, que llegué a pensar por un instante -¡ah, si aún pudiera sentir en mi alma ese latigazo!- en abandonarlo todo, regresar a Arabia y ponerme a la cabeza de una nueva insurrección, esta vez contra Inglaterra y Francia.

Qué imbécil.

Pero esos casi cinco meses fueron extraordinariamente provechosos para ir construyendo mi libro, esas *Siete columnas* que me obsesionaban. Mi vida estaba ya liquidada por nuestro mundo. Lo más terrible de la democracia moderna es que se ha impuesto como jamás poder alguno imaginó siquiera: como la última fase, la única, la mejor, del discurso humano. Y no deja espacio a otras formas, que no son ya «otras», sino lo demente, el mal, lo que «no ha entendido». Pero mi libro podría salvar las barreras de mi vida, pasar a ese ámbito sagrado, el río de la inteligencia humana, y allí no perecería lo que habíamos hecho.

París, además, me gustaba. Era una ciudad donde me sentía bien. Aprovechaba para pasear todos los ratos que me dejaba libre el maldito congreso.

Aquellas horas recorriendo sus calles, los innumerables bouquinista con libros viejos y grabados que flanquean el Sena por la Tournelle, Montebello, Saint-Michel, Grands-Augustins... esos cafés del Barrio Latino y Montparnasse, demorándome bajo sus espléndidos castaños de Indias. En una de las primeras escapadas hice una peregrinación sentimental hasta la rue de Capucines, cerca de la place Vendôme, donde Stendhal había caído fulminado por la apoplejía. Sentí que «tocaba» algo inviolable; allí había sucedido y «allí» estaba yo ahora. También había cientos de personas, pero yo era yo, y era como si un dardo disparado en la muerte de Stendhal cayera a mis pies aquella mañana de Febrero. Al comienzo de los Campos, esos casi dos kilómetros de sólida belleza burguesa, imaginaba el día en que allí cayeron las cabezas de Luis XVI, de la dulce María Antonieta, del canalla de Robespierre... Me gustaba especialmente la vida que palpitaba en ese espacio entre Saint-Michel, Saint-Germain, el río y la rue de Saints Peres, un poco más, hasta d'Orsay, con sus tiendas siempre abiertas, su gente tan singular, de todos los países, consumidos por sueños, hambrientos de gloria; pintores, escultores, poetas, bailarinas, locos, anarquistas incendiarios, actores, exiliados de mil patrias imposibles, timadores, ladrones, proxenetes, putas y novelistas, desesperados y suicidas, todos con ojos como ascuas a imagen de aquel Pauwels que se lanzó con su bomba contra la puerta de la Madeleine.

Con frecuencia me resultaba difícil alargar esas salidas, porque la gente me reconocía -habían visto muchas fotografías en los periódicos- y me paraban. Pero en general procuraban dejarme en paz, como si supieran lo intolerable que me era cualquier contacto humano. En cambio los lugares empezaban a «anidar» en mi alma, me daba cuenta de esa simplicidad: iban siendo «míos». Ya no eran plazas, calles, rincones, con el deslumbramiento de la primera vez, sino parajes a los que volvía eligiéndolos, sintiéndolos fundirse con mi vida, con mi memoria porque algunas de mis emociones iban ya unidas a dos.

Me gustaba mucho sentarme en la place du Carousel y contemplar el Louvre. O en los atardeceres, acostado en los pretilos del río, contemplar el crepúsculo envolviendo los puentes, la ciudad. Cuánto amé -ahora, de pronto, me gustaría volver a verla, sentirme allí (no sería mal lugar para volarme la tapa de los sesos)-la placita de Furstenberg, verla cerrarse como una urna al atardecer en su tonalidad ocre perfecta. Y aquella noche cuando anduve buscando el número 17 de la rue des Marais, tan estrecha, tan sombría, entre Saint-Germain y el quai Malaquais, donde Balzac montó -cómo están sus reflejos en *Ilusiones perdidas*, en *La casa del gato...*,- aquella imprenta con Barbier. Ah. Una mañana, ante Notre Dame, rodeado de azaleas, creí ver los equilibros de Quasimodo a los ojos del amor imposible de Esmeralda. También me gustaba mucho acercarme hasta la rue de Mouffetard y dejar que su alegría me colmase.

Si mi corazón cedía demasiado a la amargura de mis pensamientos, paseaba o me sentaba en el Luxemburgo; en su orden de estatuas y jardines, ante la belleza de la

fuente de Medicis, mirando jugar a los niños, mi humor encontraba cierta calma.

Pero iba debilitándome. Los trabajos en las sesiones, los paseos, las noches en vela escribiendo *Las siete columnas*, la crispación ante la miseria política, la falta de apetito... Una tarde, en el puente de Austerlitz, mientras evocaba con orgullo a los soldados que vivieron aquella jornada, sentí que me desvanecía. Durante algunos minutos, perdida la noción de lugar, sentí un miedo frío como el mador. El pulso era alarmante. En cuanto pude reaccionar; me acerqué a un café y bebí -nunca lo había hecho- un cognac. Me repugnó. Volví al hotel y caí en la cama como un moribundo.

Mi padre murió a principios de esa Primavera. Era un buen hombre, con el que jamás había tenido enfrentamientos. Inteligente, tolerante; cuando ya no pude agradecerse me enteré de cuánto había sacrificado por nosotros. Supe entonces que yo era hijo ilegítimo y que por amor a mi madre había abandonado otra familia y una notable posición⁴⁹. Mi madre me dijo que, una vez enterrado, pensaba abandonar Inglaterra y consagrarse, junto a mi hermano, el médico, a las misiones en Extremo Oriente.

Volví a París. La conferencia ya no me interesaba en absoluto. Sentí la necesidad -un estertor- de volver con Feysal. Y regresé a Egipto. Mi avión -un viejo Handley-Page- se estrelló al aterrizar en Centocelle; pero las heridas fueron de poca consideración. Después de mil peripecias y un largo retraso, que aproveché para revisar el comienzo de *Las siete columnas*, llegué a El Cairo. Allenby había recibido órdenes de vigilarme e impedir que me dirigiese a Siria. Para tenerme más controlado quiso que me instalase en la Residencia, pero yo preferí, como siempre, mi querido Shepheard's. Supongo que intentaba-revivir algunas sensaciones del que allí había sido, cuando Arabia era un incendio en mi alma, cuando aún miraba el mundo con ojos anhelantes. Pero el mundo que me encontré -hasta en las calles- parecía distinto, otro. La vida discurría por caminos que ya no eran los míos. Y regresé a Inglaterra. Yo ya era un fantasma, sin rumbo, sin interés en nada, salvo, acaso, sí, eso sí, terminar mi libro. Además, el accidente de aviación me había dejado algo extraño en mis pulmones, y me fatigaba excesivamente. Me instalé primero en Londres y a las pocas semanas, volví a Oxford donde el All Souls College me ofrecía una beca de doscientas libras y residencia en su edificio.

En Oxford trabé amistad con Robert Graves, un buen escritor y hombre muy interesado por la mitología; le fascinaba mucho lo que yo había hecho durante la guerra y anduvo dándole vueltas a la idea de escribir un libro con mis «hazañas». Él me presentó a un tipo muy curioso, que me facilitó mucho la adquisición de ciertos libros raros, David Gamett, estudioso de la botánica y ser extraño, que había abierto una librería en Garrard Street, en el Soho. En Oxford pude trabajar con cierta paz. Desgraciadamente apareció el fantasioso Lowell Thomas; tenía buenos contactos con los empresarios londinenses, y empezó una gira de conferencias y proyecciones cinematográficas sobre la Rebelión árabe que me convirtieron de inmediato, no ya en el personaje conocido que era, sino en un «héroe» popular. Sus conferencias, artículos en la prensa y el maldito «circo» que montó -sólo en Londres contemplaron el espectáculo más de un millón de personas- hicieron que el libro, no menos maldito, que escribí sobre mí, vendiera en poco tiempo cerca de trescientas mil copias. Algo inaudito. Además era grotesco: Thomas se sentaba para repetir su conferencia ante un decorado de claro de Luna sobre el Nilo que le había prestado sir Thomas Beecham de la ópera *Jesús y sus Hermanos*. Como es lógico, volcó a la prensa sobre mí y convirtió mi vida

⁴⁹ Véase el Apéndice.

en un desastre. Tuve que huir, me escondí en Oxford y durante el otoño escribí el capítulo octavo de *Las siete columnas* y -no salía a la calle- volví a mis antiguos estudios sobre las Cruzadas. Eso me distraía y a veces llegaba a olvidarme durante algunos ratos de la mierda de mi vida. Pero era consciente de que salvo algunas páginas de mi libro, todo lo demás, Cruzadas incluidas, flotaba en un espacio que era el del oficio, no el del talento.

Se me está ocurriendo una idea. Quizá fuera tema para un poema, pero no estoy dotado para la poesía. Pero es una imagen hermosa. Veo a Ulises, atado al mástil, pasando ante las espantosas sirenas. No navega por la densidad de sus graznidos. Las sirenas están calladas, aferradas a las rocas, quietas. Ulises atraviesa el silencio de las sirenas. Es mucho más horrible.

Si a alguien le sirve esta imagen, se la regalo.

Cerca ya de Navidades, para acabar de alegrarme la vida, perdí todo el manuscrito de *Las siete columnas* durante un cambio de tren en Reading. Es curioso: eso, que debió haber constituido para mí un golpe terrible, resbaló por mis nervios como el contratiempo más ajeno. Quizá la pesadumbre que me causaba todo el absurdo montaje de Lowell Thomas me obsesionaba tanto que no me dejaba considerar otra cosa. Herber Baker, el arquitecto, me «ofreció asilo» en su estudio de Westminster; allí me encerré y entre Enero y Febrero volví a escribirlo de nuevo.

Mientras tanto, como era lógico esperar, todo el edificio de la política en Oriente Medio se vino abajo. Los árabes se sublevaron contra Inglaterra, y los sirios contra Francia. Siria proclamó rey a Feysal, y consideraron parte de ese reino hasta Palestina. Tanto Londres como París rechazaron la proclamación. La situación no sólo era muy confusa, sino peligrosísima. Tuve que romper mi aislamiento para empezar una campaña de prensa explicando qué era lo que realmente estaba sucediendo, pero no sirvió para nada y al final Feysal fue derrotado por las tropas francesas en Meysalun - donde murió el heroico Azmi Bey- y tuvo que huir a Palestina bajo protección inglesa.

¡Dios! ¿Cómo es posible? ¡Otra rata! Pero ésta no tiene aspecto de apreciar a Homero.

Se ha organizado un jaleo enorme. He disparado contra la rata, que ha quedado partida en dos. El camarote se ha llenado de marineros. El capitán me ha ordenado que le entregue mi revólver. Me he negado. No estoy dispuesto a quedarme sin mi único salvaconducto. Por fin se han ido, pero me ha dicho que lo comunicaría a Londres para recibir instrucciones. Que haga lo que quiera. Y Londres, lo mismo. No entregué el revólver jamás.

Estaba diciendo que Feysal tuvo que escapar de Siria, pero eso no resolvió las incertidumbres en Oriente Medio. A finales de 1920 Churchill se encargó del Ministerio de Colonias, y me pidió que me uniese a su grupo de colaboradores. Me dijo que mi trabajo sería de la mayor importancia, porque había muy serios preparativos de guerra: Abdullah había tomado Ma'an y estaba reclutando un ejército para entrar en Siria y devolverle el trono a Feysal. Churchill estaba convencido de que yo era quien mejor podía tratar con el Emir y apaciguar los ánimos. A mí, realmente, me daba ya igual lo que pudiera suceder. Estaba mucho más inquieto entonces por mi vieja y querida amiga de la infancia, Janet Laurie, de quien supe que, casada en bastante mala condición, estaba pasando por penurias indignas. Me acordé de cuánto la había amado mi hermano Will, y cuánto había representado también para mí. Y le cedí las tres mil libras que me correspondían por herencia de Will⁵⁰. Así que, hasta con los bolsillos limpios, de nuevo me encaminé hacia Siria.

Abdullah cruzó la frontera de El Higaz en Marzo y entró en Amman. Fui a Transjordania y mantuve una entrevista con él. Luego, juntos, fuimos a Jerusalem a parlamentar con Churchill; éste le prometió ayuda para su desarrollo económico a cambio de que paralizase sus movimientos militares contra Francia. Abdullah aceptó, pero se decidió abrir una conferencia en El Cairo para tratar de ordenar una vez más el complicado rompecabezas territorial. Cuando fui a Amman para ver a Abdullah, sucedió algo extraordinario. Al verme, los árabes, muchos de ellos guerreros que habían combatido junto a mí, me rodearon y, disparando sus rifles, empezaron a gritar:

-¡Aurens! ¡Aurens! ¡Aurens! ¡Llévanos otra vez a Damasco!

En esa conferencia repetí mi vieja tesis: devolución de Siria a Feysal -que ahora se llamaría Iraq- y reconocimiento de los derechos árabes.

Acabada la conferencia, Churchill me ofreció nuevos altos cargos, pero no pude sino rehusar. De aceptar no hubiera sido ya tan sólo un embaucador, sino un verdadero hijo de puta. El sueño árabe estaba liquidado, Inglaterra ni siquiera intentaría impedir el desmoronamiento del poder de Hussein ante los repetidos ataques -ya armados- de Ibn Seud, quien tres años después incluso conquistaría La Meca constituyendo la gran Arabia Saudí, más ventajosa para los intereses occidentales, y con respecto a Feysal estaba claro que no podría hacer más de lo que se le permitiera. En cuanto al movimiento sionista, pude descubrir planes ya muy avanzados para la ocupación de Palestina y la futura creación allí de una comunidad judía que la gobernase. Decidí alejarme para siempre de aquella tierra y como brindis de despedida -por sentir por última vez el fragor del combate, a ver si estimulaba mis muy deprimidas sensaciones- encabecé, bajo la bandera de Abdullah, una expedición de castigo en Mafraq. Terminada ésta, regresé a Inglaterra.

Volví a encerrarme para corregir el nuevo manuscrito de *Las siete columnas*, estudié mucho los tratados chinos de arte militar de Se-ma, Sun Tzu y U-Tzu, que había traducido el padre Amiot al francés, me fastidió encontrar un hermoso libro de poemas,

⁵⁰ Teniendo en cuenta que sus únicos ingresos en 1920-1921 fueron las doscientas libras anuales del Al! Souls y las ciento cincuenta que le rentaban las cinco mil legadas por su padre al morir, esa donación a Janet Laurie representa prácticamente la totalidad de la fortuna de Lawrence.

Antología de Spoon River, de un norteamericano llamado Lee Masters, porque había ideado una estructura que era igual a la que yo llevaba tiempo madurando: una serie de muertos que cuentan su historia -yo pensaba hacerlo con mis árabes, los caídos en la campaña- y entremezclando esas memorias. Después de *Spoon River* no tenía ya sentido. Trabajé mucho, malcomía, salía a pasear durante la noche, cuando ya nadie pisaba las calles, de forma mecánica. El desierto -pero de hielo- del desasimiento iba apoderándose, o ya había dominado, mi voluntad. Me costaba demasiado concentrarme. Perdí el apetito por completo y adelgacé brutalmente. Ni siquiera correr con mi motocicleta me producía placer. A veces dormía donde me pillaban mis caminatas, o en cualquier hotelucho infame. Llegué a quedarme sin dinero, como por cierto también estaban tantos miles de ex combatientes que como yo llenaban las aceras, algunos mostrando sus muñones; se emborrachaban intentando olvidar que habían vuelto a un mundo donde nadie los esperaba ya. Sentía asco de mí mismo por estar vivo.

Me instalé por unas semanas en Cambridge, una ciudad que siempre he amado. Fueron días apacibles, y además conocí a dos hombres apasionantes, uno de ellos, el general Fuller, con quien pasé muchas horas discutiendo sobre estrategia -él preparaba por entonces un libro sobre batallas-, y otro un ruso exilado, feroz anticomunista y de una inteligencia tan luminosa como su trato, un tal Navonov⁵¹, del que he perdido el rastro; quería ser escritor y me parece que se ha publicado algún libro en Alemania. Hablamos muchas veces sobre lo que estaba sucediendo en Italia. Sentíamos cierta simpatía por la actuación de Mussolini, por otra parte tan engarzada con el sentir de aquél pueblo; había evitado la guerra civil, y estábamos convencidos de que lograría -lo que nos parecía un avance en la civilización- liquidar los sindicatos y los partidos políticos. Había algo en él, excesivo, ridículo, pero era listo y acaso ese "exceso" que a nosotros nos repugnaba fuera la fachada conveniente para los italianos. A mí me interesaba más Italo Balbo -y ni decir que D'Annunzio, éste por otros motivos-, pero Mussolini era el más capacitado para las tareas de gobierno. Unos meses después, cuando yo acababa de ingresar en la RAF, tuvo lugar la "famosa" -y muy teatral- Marcha sobre Roma.

Durante aquella estancia en Cambridge reflexioné mucho sobre mi futuro. Había algo muy claro para mí: no deseaba seguir viviendo así. El mundo me repugnaba en las formas que había ido adquiriendo su vida social. Consagrarme -una momificación como otra- a cualquier estudio de los que me han interesado siempre, y olvidar en esa urna insonorizada los estragos de la época, no era algo que funcionara en un temperamento como el mío. Siempre vería en los ojos de los oyentes clavados sobre mí al grotesco personaje de Lowell Thomas, claro de Luna incluido. *Las siete columnas de la sabiduría* estaba en imprenta, para una edición especial con ilustraciones, lujosa; sería un éxito precisamente porque lo firmaba ese árabe de opereta que yo había sido. No. Nada donde aún quedasen hilos, por muy remotos que fuesen, que me uniesen al sentir de la inmensa mayoría de mis contemporáneos me producía sino angustia, sopor, aborrecimiento, asco. No. Sólo vi un camino posible: salir de ese mundo. Y nada mejor para escapar de esa tela de araña, que ser otro. Otro, sin pasado, en un ambiente donde difícilmente pudiera ser reconocido, y sin responsabilidades, dependiendo en todo de otros, y cuanto más tonto, mejor. Enrolarme como soldado raso, manteniendo mi incógnito. La vida cuartelera me mantendría en un orden. No tener que tomar nunca más una decisión. Como desde hacía mucho me interesaban los aviones, pensé que lo mejor sería ingresar en la RAF.

⁵¹ Debe referirse a Vladimir Navokov, quien por entonces estaba en Cambridge.

Estaba a punto de alistarme –Trenchard⁵² y el vicemariscal del Aire sir Oliver Swann comprendieron muy bien (o se compadecieron) las dificultades por las que yo pasaba, y me facilitaron el alistamiento bajo nombre falso- cuando recibí las pruebas de la edición por suscripción de mi libro. Había esperado ese momento con ansiedad; cuando tuve una ejemplar en la mano, lo hojeé, no me gustó demasiado, y lo dejé sobre una mesa sin especial emoción. Otra cosa más, muerta. Muerta.

En la oficina de reclutamiento de Henrietta Street me sucedió algo bastante desagradable. El oficial encargado me envió a reconocimiento médico; el doctor, un escocés gordo, grasiento y de enrojecidas mejillas, me ordenó que me desnudara. Cuando vió las cicatrices de mi espalda, hizo un gesto de repulsa. Me ordenó algunos ejercicios. Su dictamen fue inapelable: mi cuerpo era una ruina, incapacitado para enrolarme en la RAF.

Tuve que rogarle a Trenchard que me facilitase las cosas. Lo hizo y me inscribí bajo el nombre de John Hume Rosse. Me mandaron a Uxbridge para la instrucción. Probablemente sí que estaba convertido en una ruina, porque los ejercicios me resultaron muy duros, yo que había vivido infatigablemente la guerra del desierto. Mi “desasimiento” de los últimos tiempos me había agotado. Pasaba los días ocupado en miles de tareas estúpidas, y procuraba aislarme para leer. Volví a leer a Plutarco, que siempre ha sido un lenitivo para mi alma, y descubrí, pues acababa de publicarse, un poema fascinante, *El yermo*, de Thomas Stearns Eliot. No. Lei a Eliot después, en Farnborough. *El yermo* fue para mí una revelación, algo que me conmocionó vivamente, con la intensidad que en mi niñez me había, impresionado aquellos libros sobre las Cruzadas. Esos versos alucinantes. Recordé que yo había conocido a su autor, una noche, un par de años atrás, en casa de Virginia Woolf, en Recichmond. Y aquel hombre silencioso, con aspecto de funcionario, era quien había soñado esos versos que ahora me quemaban en mi imaginación.

Pero no pasó mucho tiempo sin que la prensa –aquellos malditos reporteros del *Daly Mail*- me descubriera. La situación se hizo muy confusa y sobre todo insoportable para mis oficiales, que no se atrevían a mandarme. Menos mal que al poco tiempo me destinaron a Farnboroug, a la Escuela de Fotografía.

Entonces conocí a Guy, Guy era muy joven, parecía el ángel de *La Virgen de las rocas* de Leonardo. Fue una amistad intensa, en la que se mezclaba la atracción sexual. Pero jamás tuve ninguna relación con Guy.

Ahora -qué fantástico, es como un pinchazo con una aguja en una carne muerta, que por un segundo se estremece- su recuerdo me excita. Vuelvo a verle como la primera vez que se desnudó delante de mí en las duchas del campo de instrucción. Su aire lánguido, su cuerpo fino, esbelto, el sexo que le caía entre los muslos... Y su mirada; mientras se enjabonaba me miraba. Pero me había jurado no volver a permitir que nadie se adueñara de mí. Guy intentó en algunas ocasiones una aproximación íntima, incluso una noche se deslizó en mi cama «para hablar», decía. Pero ni siquiera me permití con él placeres que había tenido con Dahum, como leerle poemas eróticos. Lo que sí sucedió es que la turbación que me producía... Ahora mismo vuelvo a excitarme, la polla se me ha endurecido tanto que casi duele. Voy a masturbarme

Ha sido magnífico. Me he hecho una paja pensando en Guy, imginando que hacía con él lo que nunca me permití. Ha sido una paja larga, lenta, saboreándola, reteniendo varias veces la eyaculación. Ha sido formidable. Estoy exhausto.

⁵² Hugh Montague, primer vizconde Trenchard. Mariscal del Aire Había organizado y mandado la aviación de bombardeo inglesa en la gran guerra, en Francia. En febrero de 1919, Churchill lo nombró jefe del Estado Mayor del Aire. A su lucidez y tozudez se debe la supervivencia y desarrollo de la RAF.

Guy era una imagen amorosa que me excitaba. Pero a la que jamás llegué a rozar. Eso me producía un desasosiego continuo. Por otra parte, el viejo y cruel fantasma de Deraa se apoderó de mi alma. Revivía continuamente aquel momento terrible, sí, terrible, pero donde había tocado el fondo de algo monstruoso y bello, la bestialidad del deseo, su beso a la muerte. Me enloquecía la idea de volver a sentir dentro de mí el dolor y la voluptuosidad de una polla. Pero lo que se constituía en objeto de mi deseo no era una relación tierna, dulce, artística, como hubiera podido tenerla con Guy, sino algo mucho más primitivo, tosco, brutal, salvaje. No era una relación con un hombre lo que deseaba; me repugna siquiera pensar en ello: era eso sólo, como si la polla no tuviera un cuerpo, sólo ese pedazo de carne tesa y caliente hundiéndose en mi culo, haciéndome daño, cuanto más dolor, mejor.

Eso me llevó -nunca antes hubiera podido ni imaginarlo, ni después he vuelto a poder soportar el contacto de nadie- durante algunas semanas a buscar los abismos de la perversión sexual. Aproveché algunos permisos y medio disfrazado, con una horrenda peluca y bigote pegado, busqué por las tabernas del puerto de Londres gentuza que me sirviera, marineros, cargadores, maleantes. Por menos que costaba una mala comida lograba de ellos lo que quería; eran malas bestias dispuestas a lo que fuera. Aquellos despojos de urinarios me envolvían con su peste a sudor rancio y en cuartuchos inmundos reproducíamos una y otra vez la tortura de Deraa. Eran experiencias horribles pero embriagadoras, fantásticas; el animal que emergía del fondo del yo como un monstruo misterioso, la voluptuosidad del horror. Al menos en la degradación toqué una certidumbre.

Pero esos descensos a los infiernos, más Guy, fueron complicando mucho mi vida en la RAF. Y el teniente coronel Guilfoyle, que llegó a Famborough, no tardó en reconocermé. Me vi obligado a abandonar el servicio, y tuve que pedir una vez más a Trenchard que me ayudase y me proporcionara otro destino. En Marzo de 1923 consiguió que pudiera alistarme en el Cuerpo de Tanques; lo hice como T. S. Shaw y me destinaron a Bovington, cerca de Wool-in-Dorset. Esa nueva vida cortó de raíz mis sórdidas aventuras sexuales londinenses. Tampoco quería continuar con ellas, me había dado cuenta de que era caminar por un espacio que no tenía más salida que la locura o la muerte, y no era una muerte digna. En Bovington me dediqué a leer, a traducir, a seguir corrigiendo *Las siete columnas*, que, incluso publicado, le encontraba cada día más páginas que me desagradaban. Y, sobre todo, volví a correr con mi Broug: ahí sí podía encontrar un final digno. Descubrí a otro poeta, amigo de Eliot, un americano asombroso, Ezra Pound. Trabajé mucho sobre *Las mil y una noches* de Mardrus, porque Jonathan Cape me encargó su traducción, pero descubrimos que estaba a punto de publicarse otra versión, de un tal Powys Mathers, y cancelamos el contrato.

En esa época pensé mucho -y leí sobre él- en una figura a la que cada vez encontraba más parecido con lo que había sido mi vida. Sería fantástico que después de todo yo no haya sido más que un dandy. Brummell, sí, el extraordinario George Bryan Brummell. ¿Acaso la vida, para él como para mí, no había sido sino representación? Los dos somos hijos de Oxford; los dos hemos hecho un culto de la soledad, de la indiferencia; y ni para él ni para mí hay mujeres en nuestra memoria. Si en la cima helada del desprecio, él había presidido la Inglaterra elegante de los primeros quince años del siglo pasado, yo he hecho soñar el orgullo novelesco de mi tiempo. Mi príncipe de Gales ha sido la realidad no menos grotesca de este tiempo, y como Brummell, he preferido el exilio a estrechar esa mano. Hasta su despedida: aquella noche en la Ópera el 16 de Mayo de 1816 ¿no es como mi aparición vestido de árabe junto a Feysal en la Conferencia de París? Falta el último capítulo, Brummell se volvió loco. Algo sí sé: no

habrá un Bon Sauveur⁵³ para mí. Me lo garantiza mi revolver.

La gente como Brummell o como yo “suceden”, como decía Whistler del Arte. Algo nos arrastra más allá incluso de nuestra propia voluntad, algo más sabio que la propia inteligencia, porque llega más lejos. Hasta tocar este inmenso silencio final. Yo no he elegido lo que irrado y fascina a la gente. Y eso es Arte. Soy de esos que, como dice un verso de la Luna, “salimos solos”. He exhibido mi excepcionalidad ante los ojos de un mundo que ya no es capaz de concebir esa bandera orgullosa. Auda sí la veía, como yo. Y la muerte de gestos como el mío –como el abandono final de Brummell– prefigura, más aún ratifica, la extinción del “artista” a la que estamos asistiendo.

¿Por qué ni en los momentos de mayor abatimiento he dudado de mi superioridad? La he sentido como algo natural. Cuando marchábamos por el desierto, yo sabía que era mi sola presencia la que atraía a las tribus. ¿Por qué? Morían por mí. Y yo aceptaba esa entrega como algo natural, como si en mí continuara una herencia radiante y que yo exhibía, fríamente, como un ave solitaria, más allá de los planes de los gobernantes de este mundo y de los dictadores de nuestra conducta moderna.

De pronto me acuerdo de Janet Laurie. Yo la amé. La deseé. Me acuerdo de aquellos labios gruesos, de su nuca, que me excitaba; su mirada centelleante.

Joder. Me estoy empalmando otra vez. No hace ni media hora que me he hecho una paja, y otra vez la tengo tiesa. Debe de ser el calor. Pero recordar a Janet me está poniendo caliente. Nunca la toqué. Cómo me gustaría ahora. Dios, cómo la quería. O cómo, quizá, la quiero todavía. La adoraba. Si la tuviera aquí ahora, la arrodillaría entre mis piernas y le haría que me la chupase.

Una tarde le dije que la quería, que nos casáramos. Pese a su afecto, ¡qué repulsión vi en sus ojos!

¡Fuera este tema para siempre!

Mis días transcurrían lentamente. El tedio. Sobre todo, la sensación de haber perdido mi vida. La Rebelión había sido un error. Me había proporcionado momentos de emoción, me había hecho sentirme vivo, pero nada más. La situación mundial iba de mal en peor, y acaso yo les había hecho flaco favor los árabes. Mi obra me abrumaba, *Las siete columnas* era algo que ya lamentaba haber escrito; no me gustaba, pero me sentía incapaz de rehacerlo. El personaje creado por Lowell Thomas me perseguía. Estaba solo. Una soledad atroz. Me veía a veces solo ante la inmensidad del tiempo, del Universo. Sin sentido.

La Historia es siempre igual, y jamás aprende. La guerra había sido un inmenso y carnicero error, pero el tratado de paz de Versalles era un nido serpientes. ¿Quién podía imaginar que sometiendo a Alemania al ultraje de Versalles no iba a alimentar algo terrible, que engordaría sus rencores, que la llevaría a la ruína y al enfrentamiento social? ¿Y qué saldría de todo esto? Por lo que sé, han sucedido cosas que no permiten presagiar nada bueno. Liddell Hart me escribió diciéndome que los Cuerpos Francos de Noske habían acabado con los spartakistas, pero noticias que he recibido recientemente hablan de brutalidad, de un nacionalismo exacerbado, de persecuciones desmesuradas, de una exaltación absoluta de lo peor que hay en nosotros. ¿Pero acaso no ha parido ese monstruo la “virtuosa” democracia? Cuando se ha permitido que América imponga a culturas muy superiores su mediocre visión del mundo, todo puede suceder. Me acuerdo de lo que me dijo Feysal en París: “Una cultura que acaba de rezumar Rilke, sometida por los salchicheros de Chicago...” Yo había leído *La decadencia de Occidente* de Spengler, con el que coincidía en muchos puntos de vista, pero no es ya Spengler quien

⁵³ Manicomio donde fue asilado Brummenll.

está detrás de las Secciones de Asalto nacionalsocialistas, sino mentes mucho más torpes y ruines; la única cabeza considerable es la del jurista Carl Schmitt.

La vida en el campamento de Bovington, al menos en los primeros meses, fue apacible. Nadie me reconoció, para todos era un soldado más. Participaba de sus diversiones, disfrutaba anulándome en aquella atmósfera mediocre, y hasta dejé de leer. Como tenía bastante tiempo libre, me dediqué a recorrer Dorset con mi Brough, lo que me hizo muy popular entre la tropa; me pusieron el apodo de *Broughie*, que casi me gustaba más que el de *Aurens*. Cerca de Bovington vivía Thomas Hardy. Le escribí y fui a visitarle varias veces; su pesimismo iba muy bien con el mío. Le dije que lo visitaría “en secreto”, pues no quería que nadie supiera que estaba allí, y lo comprendió perfectamente. Es lo mismo que les había pedido a mis pocos amigos, a Hart⁵⁴, a Graves, a los altos mandos que conocían mi destino, a Bernard Shaw y su esposa. Había alcanzado una total indiferencia y por fin era Nadie. Tampoco tenía ya lazos familiares. La sociedad y todos sus espejismos podían desfilar ante mis ojos indolentes. La obsesión del suicidio parecía abandonarme. Gozaba una misteriosa libertad. Mis llagas cicatrizaban. Incluso me desprendí de la gumiá de oro que me había acompañado durante toda la guerra. En una de mis escapadas en motocicleta, había visto una casa en el campo, en Clouds Hill; la alquilé y con el dinero obtenido por la venta de ese fantasma del pasado, empecé a restaurada. Otro cadáver menos.

Continué trabajando con las pruebas de la edición «lujosa» de *Las siete columnas* -que realizaba disimulando la tarea con otras rutinarias de oficina-. Me agotaba. Pensé en destruir el libro. Cada vez me parecía peor. Correr con mi Brough volvió a convertirse en lo que más me apasionaba -quemé en esos años cinco motocicletas, cada una un modelo mejor que la anterior, y más veloz.

(Me he puesto a calcular por encima, y veo que entre 1922 y 1926 corrí más de ciento sesenta mil kilómetros; una media de seiscientos kilómetros semanales. Qué fantástica locura.)

Voy a mear y vuelvo.

Mientras meaba he meditado sobre la polla. Pendía de mi mano como una cosa absurda. ¿Quién será?

Ah, para el interés de mis «posibles biógrafos”: en el Cuerpo de Tanques tuve oscuras relaciones con otro soldado, un animal llamado John Bruce –apunten bien. John B r u c e-. De ven en cuando me pegaba. Y fuerte. Auténticas palizas. Y me gustaba. Disfrutaba. Ahí tienen ustedes materia para escarbar. Que aproveche lo que deduzcan. Por mí, todos ustedes, del primero al último, pueden chuparme los cojones.

Me habría quedado allí para siempre. A nadie le imporaba ni nadie me importaba a mí. Sin tener que pensar, que elegir. La comida a sus horas, la paga en su fecha, y todo sin exigirme la menor responsabilidad. La estupidez envolviendo el mundo como una tela de araña, pero que permitía respirar a través de ella. Y quizás la idiotez es la meta perfecta.

Pero, como siempre, la prensa –el dinero que se ganaba con mi nombre- terminó por descubrir mi escondite en la persona de un periodista del *Daily Express*. Apelé de nuevo a Trenchard y éste lo trató con el vicemariscal del Aire Geoffrey Salmond; conseguí –consiguieron- que se me realistsen en la RAF. Me trasladaron a Cranwell y allí repetí la experiencia del anonimato de Bovington. Y fue aún mejor. Los Bristol

⁵⁴ Liddell Hart.

sustituyeron a las Brough; me fascinaba volar, aunque no pilotase yo. Siempre me había gustado la aviación: es el futuro. Es curioso que nadie en Inglaterra se dé cuenta de esto. Y no digo ya solamente lo que correspondería al arte, sino a la potencia militar; me refiero al aspecto puramente ofensivo y defensivo. Nadie quiere darse cuenta de la importancia de la aviación. Desde el fin de la guerra, no ha pasado un día sin que se pretenda disolver a la RAF, o desplazarla convirtiéndola en “auxiliar” de la Armada del Ejército. Si no hubiera sido por Trenchard y por Churchill, ya lo habrían conseguido. Y es el “escudo” del futuro.

Pero lo que a mí me fascina no eran las consideraciones militares: era lo que volar tenía de aventura magnífica, y solitaria. Cuando uno cruzaba los cielos en aquellos Bristol, el aire silbando sobre la madera del fuselaje, siendo parte del aire... Era como en el desierto, solo, sentir tan intensamente la soledad, pero una soledad limpia, donde el propio cuerpo se disuelve y sólo queda el estremecimiento de la intuición, más rápida que el pensamiento, que guía nuestras acciones. Yo miraba a los pilotos y me daba cuenta de que habían dejado de ser un cuerpo humano, para convertirse en una masa de instinto con unas conexiones con los mandos del avión, casi fundidos a éstos. La misma sensación que yo he tenido siempre al correr en motocicleta: un solo cuerpo invulnerable lanzado por un agujero de velocidad, fuera del mundo y de lo que somos. Pero en los aviones esa sensación era superior. Abríamos el cielo, nos dejábamos devorar por esa luz.

Acabo de recordar algo magnífico que decía William Hazlitt: que la fama no es sino lo mismo que el amor por lo excelente.

Pude trabajar sin problemas en la corrección de pruebas de *Las siete columnas*, que conseguí terminar, y además preparé -fue una idea de Jonathan Cape- en unos días una versión abreviada, que con el título *Rebelión en el desierto*, Cape pensaba comercializar a gran escala en Inglaterra y Estados Unidos. Me aseguró que los beneficios serían enormes, por lo que sin pensarlo más legué todos los derechos al fondo benéfico de la RAF, para pagar estudios de hijos de oficiales caídos en la guerra.

Me trasladaron -ahora hace exactamente dos años- a Karachi. Me alegró abandonar Europa; con suerte, para siempre. En la India sí iba a ser muy difícil que nadie me reconociese. Me traje mis libros más queridos -mi Virgilio, mi Tácito, mi Stevenson, mi Montaigne, mi Shakespeare, mi Stendhal, mi Plutarco, mi Melville-. Iba destinado a talleres, pero ya conseguiría formar parte de las tripulaciones. ¡Y volar! Estando en Karachi salió en Inglaterra *Rebelión en el desierto*. El éxito fue descomunal; se vendieron más de cuarenta mil ejemplares en menos de tres semanas. Qué dicha estar lejos. Mis únicos contactos con Londres eran la mujer de Shaw, Charlotte, Hart y Hogarth. Durante dos años no he hecho sino volar de vez en cuando -menos de lo que me hubiera gustado-, algún trabajo que no me interesaba nada pero que tampoco me daba problema alguno, y leer, leer. Todos mis viejos libros, una y otra vez, y los que me hice enviar, y los que me han ido regalando los Shaw. Recibí -por mediación de Hart- una carta de un italiano, Malaparte, con unos escritos suyos inéditos, que me interesaron mucho: un escritor de raza. Volví a leer todos los libros de Conrad -ah, *El corazón de las tinieblas*, *Victoria*, *La línea de sombra*, *Lord Jim*, ah-, Virginia Woolf me mandó su espléndido *Orlando*. Me había hecho con un gramófono y algunas placas. Creo que he escuchado más de doscientas veces el *O patria mia* de Rosa Ponselle. Insuperable. Recibí también una carta «muy educada» de Allenby, felicitándome por *Rebelión en el desierto* y sobre todo por *Las siete columnas de la sabiduría*, que yo había sugerido que se le enviase. Me alegró; yo respetaba a Allenby, aunque hubiésemos tenido diferencias, pero siempre fue un verdadero militar alejado de los trapicheos de la política. Churchill me escribió -también lo dijo públicamente en Inglaterra- contándome que le había

emocionado y que la altura literaria de mi texto convertía sus propias memorias en periodismo. Cape me comunicó que se empezaban a hacer traducciones a diversas lenguas, y que el interés del público aconsejaba lanzar al mercado una biografía mía, que le había ofrecido a Graves -desde la época de Oxford Graves había tomado muchas notas en conversaciones conmigo y estaba muy interesado en ello-. Le dije que decidiera lo que quisiera, siempre que yo no tuviese que aparecer en parte alguna.

Ah... Qué bien se está ahora. El fresco de la noche entra por la portilla. Todo el día ha hecho un calor angustioso.

En noviembre recibí una noticia que me conmocionó: Hogarth había muerto. Me di cuenta de que ese hilo era el único que aún no había cortado con el pasado. Hogarth era mi juventud, el hombre que acaso hizo posible todo, y siempre estuvo cerca de mí con sus consejos y su apoyo. Ahora sí estaba y a solo, absolutamente solo.

Y de repente, el vértigo de esa soledad fue como si cebase al animal del suicidio que durante los últimos tiempos se había mantenido apartado de mi cabeza. Ahora salía de su cubil, reptaba de nuevo por mis nervios. Porque hay muertes que son «lo que le sucede a otro», pero hay muertes que se llevan pedazos de uno mismo, en que parte de uno mismo muere con ella. Y Hogarth era un pedazo de mi vida que desaparecía tan brutalmente como si me hubiesen amputado un brazo, una pierna. Algo que no me había sucedido ni con mis hermanos ni con mi padre.

Pasé ese Invierno sumido en una depresión que me impedía concentrarme en nada. Da igual, de todas formas, porque no hay nada que merezca la pena; pero la sensación física era desagradable. Me sumergí en mis recuerdos de los campamentos por donde había arrastrado mis varios yo falsarios. Contar esa sensación de «indiferencia» que allí me había hecho rozar la felicidad, me pareció un tema interesante. Empecé a escribir fragmentos sueltos que poco a poco fueron creciendo hasta convertirse en una novela⁵⁵. Después volví a leer *Bartleby* de Melville, y lo rompí todo: el texto de Melville convertía en vulgar cuanto pretendiera internarse por ese camino. Era como lo que había leído de ese austríaco del que me han dicho que ha muerto hace tres o cuatro años, Kafka, Franz Kafka. Pocas veces una prosa me ha impresionado tanto; a su lado parecían inanes obras magníficas. Sin embargo, la idea no me abandonó, quizá como autodefensa inconsciente, como forma de agarrarme a algo que me impidiera dar cada día un paso más hacia el suicidio. Redacté de nuevo el libro, y se lo envié a Bernard Shaw. Al menos podía ser un documento sobre el caldo de cultivo de esa «indiferencia» que tanto me apasionaba. A Shaw no le gustó. Entonces se lo envié a Trenchard; me pareció obligado, ya que al tratar los aspectos -para ellos- más sórdidos de la vida militar, la más exigua lealtad a quien tanto había hecho por mí llevaba a someterle el original. Trenchard, como yo esperaba, me dijo que no lo encontraba «conveniente».

Karachi empezó a hastiarme -no tengo recuerdos de mi estancia allí-. Es una ciudad de medio millón de habitantes, creciendo a un ritmo frenético, comercial en el peor sentido de la palabra, donde nadie tenía otro interés que no fueran las ganancias derivadas del trigo del Punjab o el algodón de Sind. Quizá en otros momentos de mi vida hubiese bendecido la posibilidad de tener a mano, de poder estudiar los restos de las colonias griegas, lo que queda del reino indogriego de Demetrio. Pero no pisé un museo ni prácticamente salía de mi oficina. El tráfico que se sentía en el aire -toda la India es un disparate- me molestaba. Solicité el traslado; y me enviaron a Miranshad, muy cerca de la frontera de Afganistán, a un destacamento donde no éramos más de veintiséis hombres. Contento de dejar Karachi, empaqueté mis libros y me dispuse a

⁵⁵ EL TROQUEL.

disolverme en la soledad. El único recuerdo agradable que me llevé fue la sonrisa, el rostro dichoso de la hija⁵⁶ de una de nuestras cocineras; Asha tenía once años maravillosos.

Si Miranshad se hubiera detenido para siempre... Me he sentido tan bien allí, tan en armonía con no sé qué -como si hubiera firmado la paz con mis fantasmas- que decidí prorrogar mi período de alistamiento -que termina el año que viene- y no volver nunca a Inglaterra. No volver ya nunca a ningún sitio.

Pero en Septiembre pasado, y no llevaba allí más que cuatro meses, los hijos de puta del *Evening News* impulsaron una campaña contra mí, acusándome de realizar labores de espionaje. «El rey sin corona del desierto» me llamaban. No me disgustó el apelativo. Al principio pensé que las informaciones desaparecerían progresivamente. Pero como era una noticia que aumentaba la venta de periódicos, otros muchos, incluso de Estados Unidos, continuaron inventando conspiraciones. Cretinos. Y lo han conseguido. Londres me repatría. Hace dos semanas que recibí la orden de abandonar Miranshad y no he tenido tiempo siquiera de empaquetar mis libros. Espero que le sirvan a alguien. Este camarote de mierda es ahora mi paraíso y supongo que en Inglaterra me esperan multitudes enardecidas a las que deberé distraer por un rato.

Creo que no.

¿Me espera un final semejante al de mi admirado Brummell? ¿Haré como él, en Calais, cuando cada noche, ya pobre y solo y mirándose en el espejo de la locura, se engalanaba para recibir en una cena imposible a la Inglaterra muerta, los días de su esplendor?

No.

El mundo que viene estará cada vez más hecho a la medida de los mediocres, de los cretinos, de los vividores baratos; ideas de saldo y metas ramplonas. Vivir obligará a un pacto de no agresión con esa zafiedad -cuando no a dejarse poseer por ella- que estoy muy lejos de poder aceptar.

No.

Que le den por el culo a todo.

⁵⁶ Un año más tarde, cuando estuvo destinado en Cattewater, otro «rostro dichoso» merecería sus atenciones: la hijita de su comandante de vuelo, Sidney Smith, a la que cariñosamente llamaba *Squeak*.

En el mar Rojo, frente a Wejh, 19 de Enero

Veo en la lejanía, brumosa, como amasada con sol, la línea de la costa de Wejh. Fue ahí.

¿Estuve yo ahí? ¿Soy yo el que partió desde ahí hacia el Yunque del Sol y hacia Aqaba?

Toda mi vida es tan absurda como aquella música que escuchamos una vez en Jiddah, cuando el Jerife Hussein llamó por teléfono y nos dijo que tenía una banda -eran turcos capturados en Taif- y se empeñó en que la escuchásemos. Fuimos cogiendo por turno el aparato y lo que ahí sonaba ¡eran Haydn, Mozart, Strauss! El director de la banda debió ser un oficial alemán, y el repertorio era el frecuente en las bandas imperiales. ¡Pero Mozart por una banda de turcos por teléfono y desde La Meca! Hace poco me escribió Herbert Wells diciéndome que quiere escribir un relato que muestre cómo nuestra civilización acaba en la imbecilidad y el caos⁵⁷. Pienso en mi querido Schopenhauer. Lo último que contempló antes de morir, tumbado en aquel sofá de su despacho, el rostro de Goethe en un grabado que tenía siempre cerca. Yo no veré ese «orden».

He pasado al otro lado. Qué más me da ya regresar a Inglaterra, salir de este appestoso camarote, o volarme la cabeza aquí, dejar una carta diciendo que soy un espía, confundir a todos, hacer pedazos al gran *Aurens* inventándome cualquier abyección que me destruya en la memoria de los árabes. ¿O voy ser el Horacio que recuerde al mundo la historia de ese Hamlet que fui en la Rebelión? No. Ya todo da igual, y no sólo para mí. Creo que formo parte de nueva ogdóada que debe morir una vez organizado el mundo. He sido muchos: el místico en busca de apoteosis como decía, Radet de Alejandro Magno; un cínico; un farsante; un imbécil que no ha sabido qué hacer con su vida; un ser fulgurante de esos que los dioses envían de vez en cuando. A la mierda todo. He pasado al otro lado. Estoy viendo los ojos de ese ser desconocido que nos habita, las fuerzas misteriosas que nos conforman.

Mi lucha en Arabia -y supongo que toda vida, y quizá la vida de todos- es como el destino de las legiones de Aecio Galo, que después de no poder tomar Saba y sus tesoros, retrocedieron y se perdieron en el desierto. El sol fue calcinándolos y sus huellas eran un reguero de muertos. De pronto, sobre arenas -que alguna vez fueron el mar- vieron brillar conchas y soñaron que «eso» era el tesoro que debían llevar a Roma. Cargaron con ellas y siguieron avanzando hasta que el sol y la sed acabaron poco a poco con todos ellos. Durante siglos, las caravanas que atravesaron aquellas tierras contemplaron resplandor de cascos y corazas, armas y escudos, rodeados de un mar de conchas.

O quizá hay una historia que me explica más, mejor. Desde que la leí por vez primera me di cuenta de que ésa era la verdadera explicación de gente como yo. *Un artista del hambre*. En unas pocas, muy pocas páginas, Kafka cuenta la historia de un ayunanador, célebre al principio por esa práctica -un espectáculo que, aun

⁵⁷ Creemos que Lawrence se refiere a *ThecTroquet player*.

incomprensible, todos veneran- pero al que a poco los tiempos van relegando; pasan los años, y su gesto, que ya no tiene sentido para nadie, cae en el olvido. Un buen día un inspector del circo descubre la jaula abandonada donde aún está el ayunador. Preguntando por su dedicación, el ayunador responde que no tiene mérito alguno, que, simplemente, nunca encontró comida que la gustase. “Si la hubiera encontrado –díceme habría hartado como todos vosotros”.

Cuando la Conferencia de París, una noche, la esposa de Keynes me llevó a una cena en casa de Eugenia Errazuriz, donde se homenajeaba al pianista Rubinstein. Un hombre magnífico. Me lo presentó, conversamos un rato, y Rubinstein me dijo.

-A usted le sucede como a mí: sólo la inteligencia, lo excelente, nos tonifica. Y no somos indiferentes a la mediocridad, sino que nos hunde.

Creo que fue un extraordinario diagnóstico de mi caso.

¿Pero cuánto tiempo puede “durar” ese caso? Ya no me salva el desprecio, porque los despreciables no son conscientes de ese desprecio. No volveré a tener nunca entre las manos una situación tan formidable, tan magnífica, una exaltación como la guerra del desierto, donde fundirme con el viento de la vida, y, además, ya no soy capaz de embriagarme con esas acciones, como entonces. Escribir... ya no me interesa. ¿Para quién? No contemplo nada que no sea el horror insostenible, como la blancura de Moby Dick. ¿Es esa blancura mi destino, ese lomo con el que hundirme atrapado por mis propios arpones? He llegado a un punto terrible o admirable: la cualidad de las piedras. Es lo mismo que la imbecilidad. Repetir mecánicamente lo que me ordenen mis necesidades, confiar sólo en la salud. Sentimientos, reflexiones, Arte, la Historia, los sueños, la memoria, todo resbala como la mierda por la loza sanitaria, y deja algo liso, curado, sano. La materia de que se construye el olvido.

Me veo como ese ser aborrecible de *Troilo y Cressida* -que también Homero despreció-: Thersites. El mundo que Shakespeare nos cuenta es el mismo «sálvese quien pueda» que el nuestro. Y en ese reino de la destrucción, en ese sobrevivir a cualquier precio, ley y norma pasto de las llamas, donde todo, hasta el amor, está contaminado, la mirada helada, inapelable, desalmada, la abyección de Thersites es como la mía. Como él en la obra de Shakespeare, yo era -y ahora soy aún más- el ser más abyecto en mi obra, pues nada en mi corazón funde ya el hielo de mi convicción de que todo está acabado, que el horror se enseñorea de la vida. Ya ni siquiera puedo sentir el más pequeño latido de odio, o de repugnancia. Nada hay en mí de calor humano. Mi lucidez ha traspasado los límites, y más allá de ellos sólo está la vileza. Sigo viviendo, y con sarcástica complacencia en el fondo de mi desesperación, porque aún ese espanto me permite contemplar mi superioridad. Soy cómplice de la abyección. Mi alma es estéril y oscura como la noche en que se hunde la Civilización.

NOTA FINAL DE LOS EDITORES

El coronel Lawrence intentó suicidarse a bordo del Rajputana, en la noche del 20 de Enero de 1929. Se disparó un tiro en el corazón. Probablemente un bandazo del barco desvió el arma y la bala causó destrozos en el hombro izquierdo, pero no puso en peligro su vida. El intento de suicidio fue silenciado y se le mantuvo bajo vigilancia durante el resto de la travesía. Para evitar el contacto con la prensa, el Rajputana hizo una escala en Plymouth, el 2 de Febrero -su destino era Gravesend-, y Lawrence fue desembarcado en secreto. El teniente coronel de la RAF, Sydney Smith, se ocupó de la custodia -la recuperación duró más de un mes- y lo trasladó bajo sus órdenes al campamento de Cattewater.

Lawrence se integró de nuevo en la vida militar. Ya no intentó esconderse en el anonimato, sino que incluso explicó en el Parlamento a Ernest Thurtle, del Partido Laborista, las circunstancias de los acontecimientos de Afganistán donde la prensa lo había implicado. A partir de ese momento, no hay acontecimientos relevantes en su vida ni su comportamiento en la RAF planteó problema alguno. Adquirió Clouds Hill y decidió retirarse allí, dedicado a escribir, cuando se licenciase de Aviación. Sus amigos le regalaron una Brough SS-100, pero la pasión por las motocicletas parecía haberlo abandonado, y se limitaba a cortos paseos. Su antiguo interés por los aviones hizo que lo destinaran al servicio de hidroaviones y se le encargó la organización del Trofeo Schneider, famosa competición entre Solent y Ryde, en la isla de Wight.

Además de sus tareas con los hidroaviones, Lawrence empezó a ocuparse de las lanchas motoras de gran velocidad, ya que la RAF había decidido utilizarlas en misiones de salvamento.

Su traducción de la Odisea fue publicada con notable éxito. El mismo que siguió acompañando a Rebelión en el desierto y a Las siete columnas de la sabiduría. En 1933, el historiador militar Liddell Hart escribió la biografía «de guerra» de Lawrence. En Junio de ese año, volvió a encontrarse con el rey Feysal, que había acudido a Londres para consultas con renombrados cardiólogos, si bien moriría tres meses más tarde, en Suiza, de un ataque al corazón.

A lo largo de ese mismo año hubo intentos por parte del Partido Fascista de Inglaterra, y su presidente Oswald Mosley, con el fin de atraer a Lawrence a sus filas. Pero -y merece citarse su respuesta- éste le manifestó su profundo desinterés por la suerte del mundo, añadiendo que «sólo coincidimos en el deseo de bailar sobre la sentina donde se pudran los cadáveres del Daily Express, el Daily Chronicle y el Daily Herald».

La Universidad de Saint Andrews le ofreció un Doctorado honoris causa, pero lo rechazó.

En 1934 Alexander Korda inició la producción de una película, con el título de la obra: Rebelión en el desierto, sobre la vida de Lawrence durante la guerra. Pero en cuanto tuvo noticias del proyecto, Lawrence habló con Korda y logró convencerlo para que no lo realizase.

En Febrero de 1935, Lawrence fue licenciado de la RAF. Se dirigió a Clouds Hill,

pero la casa estaba rodeada de periodistas y fotógrafos, motivo por el cual renunció a instalarse y, disfrazado, marchó a Londres, donde se alojó con nombre supuesto -T. E. Smith- en un hotel de baja categoría. Cuando supuso que la expectación que despertaba se había reducido, volvió a Clouds Hill a finales de Abril.

El 13 de Mayo, cuando regresaba con su Brough de la oficina de correos de Bovington, al tratar de esquivar a dos ciclistas, derrapó y a consecuencia del choque sufrió una gravísima lesión cerebral. Estuvo en coma durante seis días, hasta su fallecimiento el 19 de mayo. El funeral de cuerpo presente tuvo lugar el 21, en la iglesia de San Nicolás de Moreton, en cuyo cementerio descansa al pie de un cedro blanco.

Pero sé que de todos los reyes, sólo Alejandro
se arrepintió de sus actos gracias a la nobleza
de su corazón.

ADRIANO

Más vale buena esperanza que ruin posesión.
MIGUEL DE CERVANTES

APÉNDICE

Página 9

Los viajes en bicicleta realizados por Lawrence constituyen en sí mismos verdaderas proezas. En 1906 recorrió la zona francesa entre Fougères y Saint-Maló. En 1907 se dedicó a los castillos de Gales y, junto a su padre, recorrió las regiones continentales de Andelys, Beauvais, Evreux y Gisors; después, en solitario, continuó por Anjou y la Bretaña, hasta el monte Saint-Michel. En el Verano de 1908 su viaje alcanzó los 3850 kilómetros -con medias de casi doscientos kilómetros por jornada-, con el siguiente itinerario: Le Havre - Rouen - Beauvais - Coucy - Compiègne Provins - Troyes - Montbard - Vézelay - Nevers - Moulins - Le Puy - Valence - Avignon - Tarascon - Arles - Nîmes Saint Gilles - Aigues Mortes - Béziers - Narbonne - Carcassonne - Toulouse - Albi - Cordes - Villefranche, Cahors - Fumel - Périgieux - Saint Yrieix - Chalus - Angoulême - Cognac - Saintes - Niort - Poitiers - Parthenay - Bressuire - Thours - Chinon - Loches - Tours, Montoire - Vendôme - Orléans - Étampes - Chartres, Dinan.

Página 10

La capacidad de lectura de Lawrence resultaba asombrosa hasta para sus profesores y compañeros. Si hacemos caso a Robert Graves, en los años de Oxford habría «devorado» casi los cincuenta mil volúmenes de la Biblioteca Oxford Union; parece exagerado, pero sí hay testimonios fidedignos que dan cuenta de su dedicación a la lectura en términos admirables: era capaz de estar leyendo dieciocho horas seguidas, y, a lo que parece, con provecho. Sin duda la Literatura obsesionó su vida, y viajaba -también en campañas de guerra, con varios libros en su mochila. Algunos de ellos -como Shakespeare, Montaigne, *La muerte de Arturo*, las *Comedias* de Aristófanes, el *Oxford book of English verse*, Schopenhauer y *Moby Dick*- no le abandonaron jamás. Su interés por los libros le llevó a intentar, a lo largo de su vida, varias veces -casi siempre teniendo como compañero a Vyvan Richards-, la edición.

Página 11

De la tribu Haritz

El mundo árabe se componía de numerosas tribus -tanto sedentarias (sobre todo en Siria) como nómadas, pacíficas y guerreras, hasta de diferentes credos, y generalmente entregadas a razzias y luchas territoriales. (Para mejor comprensión véase el mapa.), En ese mundo atomizado y enfrentado -los haritz, wahabitas, jujeinas, bishawis, billis, ateibash, ageylish, abu tayis, hoveitah (occidentales y orientales), rualia o harb- quedaba como un poso de nostalgia por el antiguo Califato, avivado por el odio a la dominación de Turquía, que tanto chocaba con el orgullo árabe en la defensa de la libertad de sus costumbres; y esa nostalgia concentraba sus vindicaciones en los pocos «grandes» jefes que podían asumir, por su fuerza espiritual, la soberanía de esa tendencia unitaria. De ellos, Hussein ibn Alí el Hachemita, Gran Jerife de La Meca, descendiente del Profeta, era la figura -hasta para los turcos- señera. Él fue -como

explican estas memorias quien dio la señal de la sublevación contra la Sublime Puerta, y su hijo el Emir Feysal-junto a Lawrence, quien acaudillaría la Rebelión.

Página 15

Para mejor comprensión de los hechos, véase el mapa. La rebelión se produjo en El Higaz, pero el corazón de ese “mundo árabe” que soñaban Lawrence y Feysal, el Califato, estaba en Siria, en Damasco. Si la rebelión se hubiera circunscrito a Arabia, ese sueño hubiera sido segado de raíz. De ahí la preocupación de Lawrence por tomar Aqaba y llevar el ejército de Feysal hacia el Norte. Además, la riqueza agrícola e industrial se encontraba en Siria, no en los desiertos del Sur.

Página 15

El Acuerdo Sykes-Picot -por sus redactores: sir Mark Sykes, miembro del Parlamento de Gran Bretaña, y François George Picot, delegado del gobierno francés- tuvo su primer borrador en Enero de 1916, que sería la base del tratado. En éste se determinaban las zonas que deberían quedar bajo la administración francesa en la costa y el Norte de Siria y bajo la administración británica desde Basara hasta Bagdad. Junto a estas zonas se precisaban las que quedarían bajo la «influencia» de uno y otro país (prácticamente todo el Próximo Oriente), menos Jerusalem que tendría administración internacional. El Higaz, en el sur, quedaba independiente. En realidad era un reparto del Imperio turco entre las dos grandes potencias, que dejaba de lado las aspiraciones árabes. Se mantuvo a éstos con obscuras promesas que nunca revelaron el alcance del tratado, con el fin de mantener su apoyo en la guerra. Precisamente los graves problemas de conciencia de Lawrence durante su intervención en la Rebelión provienen del temprano conocimiento que tuvo -quizá por Hogarth- de las cláusulas de dicho tratado, aunque durante algún tiempo consideró posible -y de ahí su empeño en llevar a las tropas jerifeñas todo lo posible hacia el Norte, ocupando Siria- obligar a su propio gobierno, a modificar ese tratado como resultado del dominio de hecho, por parte de Feysal, del territorio sirio.

Página 24

Es la segunda mención a funciones de espionaje. Se refiere al Sinaí. Pero numerosos comentaristas han relacionado a Lawrence con actividades anteriores, en las que se incluye también a Hogarth, durante la estancia en Karkemish, donde habrían disfrazado la labor de espionaje con tareas de arqueología. No hay documentación oficial que lo confirme. Casi todos los seguidores de esta teoría se basan en la cantidad de viajes que hizo y no siempre arqueológicamente justificados; pero teniendo en cuenta el carácter de Lawrence y sus intereses, no son tan extraños. Además, ¿por qué ocultar esa actividad? Es cierto que su conocimiento directo del Próximo Oriente parece excesivo, pero ¿qué no parece «excesivo» en Lawrence? Basta con el itinerario que cumplió en el Verano de 1909, en su primer viaje a Siria:

Primera etapa: Sidón - Nabatiye - Beaufort - Banias - Hunin - Tibnin - Safed - Chastellet - valle del Jordán -Mar de Galilea - Belvoir - Endor - Nazaret - Anthillt,

Haifa - Acre - Sidón - Tiro – Beirut.

Segunda etapa: Jebail- Batrun - Meselila – Enfeh, Trípoli - Krac des Chevaliers - Safita - Latakia - Sahyun - Alepo - Urfa - Seruj - Meyra - Alepo.

No hay ningún lugar que no esté vinculado a sus intereses -ya que no eran sólo arqueológicos- históricos, como las Cruzadas. Y de adjudicarse motivos que tengan que ver con el espionaje, la casi totalidad de los mismos carecen de valor para ello.

Página 37

En realidad toda la documentación consultada indica que el regreso de Lawrence como asesor del Emir Feysal, no se debió tanto al mismo Lawrence como a la insistencia -hasta extremos muy duros- del Emir, que presionó a El Cairo para conseguirlo. Esto es importante porque indica hasta qué punto, ya desde el principio, Feysal era consciente del poder de Lawrence.

Página 40

En cuanto narra sobre Aqaba hay una evidente exageración por parte de Lawrence. Era una plaza en realidad con muy poca guarnición y con fortificaciones dirigidas hacia el mar no tan peligrosas como hace suponer con su relato. Hubiera sido acaso fácil tomarla mediante un desembarco -existía un plan, de Brémond y sus senegaleses-, y desde luego la armada británica la había bombardeado. Es más lógico pensar que el plan de asartarla por el Este significaba en el fondo una forma de unificar el esfuerzo de guerra árabe. Y también cabe pensar que el Emir Feysal tuvo que ver en la decisión de la campaña tal como se realizó, tanto o más que el propio Lawrence, puesto que para sus planes convenía alejar toda posibilidad de una intervención «extranjera» y producir la impresión de que era el ejército árabe el que llevaba el peso de aquella misión. Lawrence, que tenía muchos y finos conocimientos de estrategia y táctica, debió de considerar también que si otras fuerzas que no fueran las de Feysal tomaban Aqaba, representarían un tapón para la expansión de la rebelión fuera de El Higaz.

En resumen: se habría podido conquistar Aqaba con un desembarco, pero eso hubiera significado dejar aparte al ejército árabe y reducir su influencia a Arabia. La necesidad de llevar la rebelión hacia el Norte es la verdadera causa de esa penosa campaña, y no la imposibilidad militar de un desembarco. En esto Lawrence no cuenta toda la verdad.

Página 87

Es extraño que con la precisión de la memoria de Lawrence, omita que fue visitado en Karkemish por su hermano Will, cuando éste iba camino de su destino en la India, en Octubre de 1913. Está documentado que Will pasó varios días en Karkemish.

Más interesante que lo que realmente sucedió en Deraa -la violación y los azotes que la precedieron, situaciones por desgracia no infrecuentes en condiciones de guerra; acaso fuera más peligroso para la salud de Lawrence el no haber atendido debidamente a las curas necesarias en los días siguientes, por no descubrir la naturaleza de la vejación- es contemplar de qué forma modifica su carácter, además de la reacción que experimentó en el momento del ultraje, que no fue de repulsa, sino -como él mismo explica con todo detalle de profunda satisfacción sexual.

Con respecto a lo primero, es obvio que acentuó la disposición de Lawrence al aislamiento, su repugnancia por el contacto físico con otras personas, agrió su carácter y potenció las aristas de crueldad y desasimio. En cuanto a lo segundo, confirma sus muy complejas complacencias sexuales, de las que Deraa no es el único capítulo en su vida, donde los componentes de humillación y dolor ocupan un considerable espacio.

Sobre lo sucedido en Deraa existen numerosas versiones, la última de las cuales - el libro de Lawrence James, *The golden warrior* (Weidenfeld and Nicolson, 1990)- lo niega, alegando que el 21 de Noviembre de 1917, Lawrence no podía encontrarse en Deraa porque, según el diario de servicios de la 10a Sección Motorizada de Artillería de Campaña, realizaba una misión en Uadi Itm junto al coronel Joyce. Pero esa anotación tiene menos valor (ya que muchas veces es mera obra de escribientes que registran a posteriori datos sin una rigurosa verificación) que los informes del Archivo del Ministerio de la Guerra -158/634- que sí lo ubican cerca de Deraa en esa fecha, aparte de lo que el mismo Lawrence confirma en *Las siete columnas de la sabiduría, Rebelión en el desierto* y estas Memorias del *Rajputana*, así como lo corroborado por otros muchos biógrafos.

Por el testimonio de Lawrence, no hay duda de que fue a Deraa en misión de reconocimiento -no puede descartarse, dado su carácter, cierto y peligroso «exhibicionismo»-, que fue detenido por una patrulla turca, entre cuyas actividades estaba conseguir hombres jóvenes para satisfacer los deseos homosexuales de Hajim Bey, y que una vez conducido a presencia de éste y requerido con algunas caricias, se negó violentamente, por lo que Hajim Bey ordenó que se le azotase; que después de este ultraje y dado su estado, Hajim Bey sintió repugnancia para un trato íntimo y que lo cedió a la guardia; que fue violado repetidas veces por los soldados, aunque es difícil saber cuántos eran -entre cinco y siete-; que después del ultraje fue abandonado en un cuarto contiguo, del que logró escapar (según Jeremy Wilson con la ayuda de un soldado turco compadecido, que le indicó una salida secreta).

En este relato están conformes Jeremy Wilson en su *Lawrence of Arabia*, que es muy detallada biografía, y Robert Payne, quien da a entender que acaso pudo ser reconocido por Hajim Bey, lo que el propio Lawrence había sugerido en una carta a un amigo oficial del ejército británico.

Hay una carta de Lawrence a Charlotte Shaw donde se trasluce que la facilidad de la huida pudiera deberse a haber accedido a las pretensiones sexuales de Hajim Bey, pero ningún otro documento del propio Lawrence lo corrobora.

No parece haber dudas sobre que fue violado -Liddell Hart cuenta que Lawrence le dijo que tras el ultraje «aún pude cabalgar», acción y adverbio que denotan laceraciones en el ano--. Lo que sin embargo ponen en duda tanto Jean Beraud Villars como Richard Aldington, quienes dicen que fue torturado, y con moderación, pero no violado. Robert Graves lleva al extremo este punto de vista, y en su *Lawrence and the arabs* pasa olímpicamente de lo sucedido en Deraa con un «fue castigado por negarse a obedecer una orden del gobernador».

Hajim Bey, que fue interrogado en ocasiones sobre aquel hecho a lo largo de su muy larga vida, ni siquiera recordaba ese día como especialmente memorable; había sido un cuerpo más -en aquella ocasión, no gozado- y desde luego, en caso de haber descubierto la identidad de Lawrence, lo habría detenido.

Se ha estudiado en ocasiones la presunta homosexualidad de Lawrence. Personalmente, no creo que ninguno de los episodios de su vida en este sentido permitan acreditarlo como tal.

Seguramente Lawrence fue un gran tímido -lo que sus defectos físicos (su estatura y la cortedad de sus piernas) agravarían- y, sin duda, un empedernido onanista. Sus relaciones con otros hombres en este sentido -siempre cortados por un similar patrón: adolescentes, de belleza ambigua, y con los que ni siquiera llega, salvo el episodio de Jabba, a relación física- no dejan de ser la expresión de su atracción por lo bello y el calor de la compañía, en un mundo donde no había mujeres. Las relaciones ya de otro carácter con John Bruce o los obreros portuarios pertenecen al dominio no de la homosexualidad sino a los abismos de la sexualidad.

Página 81

Hay testimonios que pretenden acreditar que, ya en su niñez, Lawrence era consciente de la irregular situación de sus padres; lo que, considerando la presión social en la Inglaterra de finales del siglo XIX, quizá colaborase a su tempranísima y contumaz misantropía. Sucedió que su padre, Thomas Robert Tighe Chapman -descendiente de los Chapman de Hinckley, con lejano parentesco con el gran Walter Raleigh, a quienes tanto la reina Elizabeth como el dictador Cromwell habían concedido grandes propiedades de tierra en Irlanda-, se casó en 1873 con la hija de un rico hacendado, con la que tuvo cuatro hijas. En 1881, Thomas Chapman se enamoró de la institutriz de sus hijas, Sarah Junner, mujer de gran belleza. Al principio de sus relaciones, la instaló en Dublín y la visitaba con frecuencia, pero no tardó mucho en abandonar a su familia -a la que dejó la posesión de toda su fortuna- y huir con su amante, cambiando su nombre por el de Lawrence y dando comienzo a una vida inicialmente erradiza, hasta que se instalaron en Oxford. Thomas y Sarah tuvieron cinco hijos, el segundo de los cuales fue Thomas Edward Lawrence, que nació en Tremadoc, Carnavonshire, el 15 de Agosto de 1888.

Todos los testimonios refieren que el padre de Lawrence fue hombre de notable simpatía, culto y feliz con su nueva familia. Ayudó mucho a su hijo en sus inquietudes literarias e históricas, y parece haber transmitido su pasión por los viajes en bicicleta, sobre las que también era capaz de recorrer distancias de doscientos kilómetros. Sarah, a su belleza unía un carácter retraído, disciplinado, y era mujer piadosa, incluso excesivamente puritana.

Las relaciones de Lawrence tanto con sus padres como con sus hermanos, siempre fueron excelentes. Pero sin duda -pues testimonios de sus últimos años así lo acreditan (como ha expuesto Liddell Hart)- durante toda su vida rumió el oprobio de su ilegitimidad.

BIBLIOGRAFÍA

Sobre la rebelión árabe, quizá lo más estimulante sea leer lo que el propio Lawrence escribió en su *Seven pillars of wisdom* –de la que hay edición española, aunque la traducción sea de juzgado de guardia- y en *Rebelión en el desierto*, con la que todos los lectores han conocido, con palabras de Borges referidas a otro libro, "la felicidad y el asombroso" desde 1941, cuando lo publico Editorial Juventud.

Sobre la experiencia de Lawrence en posteriores destinos, nada mejor que *El troquel*, en Alianza Editorial.

Los interesados en sus cartas, pueden acudir a varias ediciones inglesas de las mismas.

En cuanto a las biografías que pueden acudir a varias ediciones inglesas de las mismas.

En cuanto a las biografías que pueden –y, algunas de ellas, deben- leerse, recomendaría:

La magnífica de Liddell Hart, *T. E. Lawrence in Arabia and after*, de 1934, publicada por Cape,

lo que cuentan las *Memorias* del rey Abdullah, también en Cape, 1950,

Lawrence de Arabia, de Robert Payne, de la que existía edición española, en Bruguera,

la insufrible –pluma resentida- de Richard Aldington, *Lawrence de Arabia*, también de posible adquisición en España,

la apresurada *Lawrence y los árabes* de Robert Graves editada por Seix Barral,

la hermosa *Lawrence d'Arabia ou le Rêve fracassé* de Benoiss – Méchin,

el memorial de Winston Churchill en *Great contemporaries*, Butterworth, 1937,

The secret lives of Lawrence de Arabia (Nelson, 1969), de Phillip Knightley y Colin Simpson,

A prince of our disorder, de John E. Mak, en Weindenfeld & Nicolson,

Victoria Ocampo: *Lawrence de Arabia* (descatalogada),

el *Portrait of T.E. Lawrence de Arabia* de su buen amigo Vyvan Richards, editado por Cape en 1936,

el desmesurado *With Lawrence en Arabia* del fantasioso Lowel Thomas, editado hace muy poco tiempo en España, en Editorial Iberia, con el título de El Coronel Lawrence de Arabia, el rey sin corona,

la espléndida –además de bien documentada- biografía que le dedica Jeremy Wilson y cuya versión, algo reducida, ha sido publicada por Circe,

la reciente de John E-Mack, *Lawrence de Arabia* de Richard Perceval Graves (Salvat, 1984);

con determinados errores debido a su vocación de justificar en palpelo de Francia en lo que concierne a la rebelión, pero rigurosa y fundamentada, *El coronel Lawrence o la búsqueda de lo absoluto*, de Jean Beraud Villars, Sancla Ediciones, 1964, de la que sólo puede encontrarse algún ejemplar en librerías de viejo,

y *T.E Lawrence: an arab view*, de Suleiman Mousa, publicada en 1966 por Oxford University Press.

Hay otros textos muy interesantes: *Orientalisms* de Ronald Storr, *The young Lawrence of Arabia* de Paul J. Marrett, *The Palestine Campaigns of Colonel A.P. Wavell*, *Ornament of Honour* de E.H. R. Altouyan...etc., así como esos deleites de mitomaniaco –rebosantes de fotografías- que son *A touch of genius: the life of T. E. Lawrence* de Malcolm Brown y Julia Cave (J.M. Dent & Sons, Londres, 1988) y *Lawrence of Arabia* – no confundir con su posterior biografía- de Jeremy Wilson, en las publicaciones de la National Portrait Gallery.